

Amar sin contratos

Seren Dally



Amar sin contratos

por Seren Dally

Título: Amar sin contratos

Copyright © Seren Dally

Registro de la Propiedad Intelectual

Cubierta: Imagen utilizada con licencia – Unsplash by Thomas AE

<https://unsplash.com/photos/295NLwGdrKM>



Esta es una obra de ficción en su totalidad. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, acontecimientos y hecho que aparecen en la misma son producto de la imaginación o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas (vivas o muertas) o hechos reales es pura coincidencia.

Índice

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

Capítulo 1

En su habitación del hotel, Emma Reed miraba la pantalla de su tablet, conectada a la cámara de vigilancia de su hija Maddie. Su marido estaba tendido con ella en la cama, aunque despierto. Emma sabía que estaba nervioso, angustiado, por la forma en que se masajeaba la frente con sus dedos, con un codo en alto, en la oscuridad. A pesar del dolor que él le había causado, Emma Reed sintió que el corazón le daba un brinco en el pecho. Llevaba ya en el hotel cuatro días. Emma se había ido de la casa en mitad de la noche, en un taxi, a un hotel alejado del centro, donde no corriese el peligro de encontrarse con Jared Whiteman. Echaba de menos a Maddie. Esa mañana, había ido a verla, después de llamar a Eloísa y asegurarse de que Jared había salido. Le pidió a la asistenta que no le dijese nada. La mexicana, fiel a su jefe, asintió con reticencias, sintiéndose desleal. Estaba incómoda, e insistió en que se fuera pasados apenas quince minutos, lo suficiente para que Emma Reed pudiese abrazar a su niña aunque, claro, para la asistenta mexicana, ella no era más que la madrastra de Maddie Whiteman.

Con la luz apagada y acostada sobre su fría cama de hotel, Emma espiaba cada noche a su hija a través de aquella cámara. Veía a Jared leerle un cuento, arroparla antes de salir del cuarto, dejando la puerta entreabierta, para que Maddie no llorase si se despertaba en mitad de la noche. Emma no sabía bien si se conectaba cada noche para ver solo a Maddie o para verlo a él. Y aquel día era diferente. Emma había llorado. Tenía los ojos enrojecidos y la nariz hinchada. Un peso dentro del estómago. Necesitaba a Jared más que nunca. A ese amor se superponía una rabia profunda y dolorosa, que provenía de lo más recóndito de su vientre.

Cogió su móvil y le envió un escueto mensaje de texto. Lo vio a través de la cámara, alargar la mano para alcanzar su móvil, leer su mensaje e incorporarse como si le hubieran pinchado. Volver a releer el mensaje de su esposa, levantándose, apresurándose hacia la puerta para llamarla. El teléfono de Emma vibró sobre su mano. Seguramente estaba hablándole desde su habitación.

– Emma, vas a volver a la casa inmediatamente – fue lo primero que dijo, en un tono duro, autoritario.

Ella se quedó en silencio, escuchando la entrecortada respiración de su marido.

– ¿Me estás escuchando? Quiero que vuelvas a casa ahora – remarcó esa última palabra, subiendo el volumen de su voz y espaciando las sílabas – Tenemos que hablar.

– No – respondió Emma, con una impasible calma, sin alterarse – Iré el martes a su oficina, a las cuatro, con mi abogada. Le aconsejo que avise a Sterling – lo trató con formalidad a propósito. Sabía que eso le molestaba.

Jared resopló, desesperado. Guardó silencio sin saber qué decir unos segundos, hasta que, finalmente, se atrevió a preguntar:

– ¿Me vas a pedir el divorcio?

– Hablaremos el martes – respondió Emma, impasible.

– Dime dónde estás y yo iré a hablar contigo esta...

Cortó la llamada sin dejarlo decir nada más. Ahora era ella quien iba a dictar las normas.

Capítulo 2

Era difícil entender cómo habían llegado a aquella situación apenas tres meses después de la boda. Todo pareció ir bien durante un tiempo hasta que una serie de fatalidades se encadenaron de forma impredecible y caprichosa.

Incluso antes de conocer a Emma Reed, el millonario había dirigido su vida “sentimental” de una forma un tanto excéntrica, como alguien que no cree en el amor ni sabe qué es. Su primer matrimonio, con su amiga y socia Nora Mitchell, fue por pura conveniencia y estaba basado únicamente en la amistad. Cuando Nora supo que tenía un tumor, acordaron casarse para proteger la empresa. Ella le pidió adoptar a una niña, ya que no quería morir sin saber lo que era la maternidad, y Jared Whiteman accedió sin demasiado entusiasmo, solo para complacer a una vieja amiga por la que nunca sintió nada más allá de la lealtad y el afecto.

Fue al morir Nora cuando empezó a plantearse cómo quería que fuese la vida de Madelaine Whiteman. Adoraba a la niña, pero su trabajo y la empresa siempre estuvieron por encima de lo demás. Fusiones, absorción de consorcios rivales, viajes de negocios, reuniones. Su empresa crecía. No le importaba el dinero, pero era adicto al poder. Su trabajo ocupaba su vida y se le hacía cada vez más difícil arañar algunas horas para ver a Maddie. Incluso en el fin de semana, con frecuencia, tenía cenas de negocios y se veía obligado a dejar a la niña al cuidado de Eloísa Flores, su asistente.

Y entonces, un día Maddie empezó a preguntar por qué ella no tenía una mamá como las otras niñas. Jared hizo el esfuerzo de salir con alguna que otra mujer, pero todas lo hastiaron. Ninguna parecía ser lo suficientemente buena para él, siempre exigente al juzgarlas. Llevó a algunas para que conocieran a su hija, pero en ninguna vio ni la más mínima señal de encajar bien con Maddie. Todas fingían un interés en su hija adoptada un tanto artificial, impostado, y la trataban como un medio para conseguir el claro propósito de convertirse en la esposa de un millonario hombre de negocios bostoniano, portada en dos ocasiones de la revista Bloomberg Businessweek, viudo, y muy atractivo. Además, todas requerían una atención que Jared Whiteman no estaba dispuesto a concederles. No era un hombre muy dado al galanteo. Pedía lo que quería, y casi siempre era solo sexo. Con eso le bastaba y hacía su ajetreada agenda mucho más simple. Tratar de complacer a una mujer y tomarse el tiempo de conocerla eran dos tareas agotadoras para él, así que después de acostarse con ellas unas cuantas veces, dejaba de llamarlas o les decía, sin rodeos y sin compasión, que aquello no funcionaba y que no volvería a verlas más.

– ¿Nunca te has preguntado quién y cómo será la madre biológica de Maddie? – le preguntó un día Laurie Martínez, esposa de su mejor amigo.

Esa pregunta obsesionó al millonario. Por la noche, en su cama, consideraba que tal vez esa era la solución que estaba buscando. Quién, mejor que su verdadera madre, podría cuidar a Maddie, dedicarle el tiempo y la energía que ella necesitaba, con afecto y entrega.

La semana siguiente, llamó a su abogado, Alexander Sterling, y le explicó su plan. Lo primero: buscar a un investigador privado, comprar información, seguir a la madre biológica durante algunos meses, cerciorarse de que cumplía con las expectativas del Sr. Whiteman y de que no era un peligro para Madelaine. No tenía demasiadas esperanzas de dar con una madre biológica a la altura de su hija y de él mismo. Sin embargo, se sorprendió al toparse con aquella doctorada en historia del arte por la Universidad de Chicago, especialista en pintura europea del Renacimiento y del Barroco.

Cuando Emma Reed lo conoció, bajo el pretexto de comprar una de las piezas de su galería de

arte, Jared ya lo sabía todo sobre su tediosa rutina diaria, las horas a las que solía volver a su casa, sus intereses, la información que compartía en sus redes sociales, las relaciones sentimentales que había tenido en los últimos años, en qué y cómo gastaba su dinero, su historial de crédito, su limpia ficha policial, y su expediente médico. La agencia de investigación le había pasado incluso un interesante dossier sobre las tortuosas circunstancias que rodearon la concepción de su hija adoptiva. Su intención era ser duro y frío con Emma Reed, a la que no conocía más allá de aquellas fotos y documentos. Por fin, se dijo, tenía la oportunidad de ser dolorosamente claro con sus intenciones y sus propósitos con respecto a una mujer, y los suyos eran contratar a una esposa. De manera que la trató como a la candidata a un puesto.

Alexander Sterling ya tenía redactado el contrato matrimonial y estaba listo para imprimirlo una vez que Jared Whiteman diese su aprobación a aquella bonita pasante de Chicago: “Adelante”, fue el escueto mensaje que Jared Whiteman le envió después de conocer a Emma Reed en su oficina, un lunes por la tarde.

Ella se había sentido ofendida por aquel contrato. Por la súbita y sorpresiva oferta que Jared Whiteman le hizo al día siguiente de estrecharle la mano por primera vez. Sin promesas de amor, sin falsas perspectivas. La guapa pasante de Chicago entendió que él solo quería a alguien que se ocupase de Maddie como una madre y construyese con él la grata ilusión de una familia feliz. Conveniente sexo sin las molestias de cortejar a una mujer. Una esposa bonita que llevar a sus cenas de negocios. A cambio: un millón de dólares o un negocio propio, ropa y zapatos caros, una casa en la mejor zona de Boston, vacaciones en cualquier parte del mundo. Las seguridades y las comodidades que concede el dinero en América. A ella lo que realmente le importaba era recuperar a su hija. Todo estaba claro y era un acuerdo entre adultos.

Y sin embargo, Emma Reed no fue fácil. Tenía escrúpulos, era tímida, y se negó a su deseo durante casi un mes, rehuyéndolo, incluso cuando él ya tenía el derecho de tomar de ella lo que quisiese. Emma lo rechazaba con la altiva sutileza de quien se niega a ser una propiedad o un juguete. Esa actitud mojigata no hacía sino excitar aún más al millonario, que acabó por rendirla, casi a la fuerza, en su noche de bodas. Había despertado un deseo que Emma Reed no acababa de comprender.

“El chófer estará ahí a las doce. Hoy almorzarás conmigo”, le envió Jared Whiteman a través de Telegram a las nueve, apenas tres días después de la boda. “Dígame cómo tengo que vestirme”, respondió ella, imaginando que se trataba de algún compromiso de negocios. “Uno de esos femeninos vestidos que me provocan una erección. Y no te pongas bragas”, fue su respuesta.

Emma Reed se sonrojó, leyendo aquel mensaje. “Sr. Whiteman, yo tenía razón. Es usted un millonario perverso”. Jared replicó: “También yo tenía razón. Usted es una mojigata incurable, Sra. Whiteman”. A Emma le cosquilleó el estómago, viéndolo referirse a ella como Sra.

Whiteman. Al cabo de un momento, le llegó la respuesta seria: “Vamos a ser tú y yo”. Eso solo podía significar que a él le gustaba pasar tiempo con ella, se dijo Emma Reed. Empezaba a fantasear con que Jared se enamorase. Luego, agitaba la cabeza sacudiéndose esa estúpida ensoñación y se recordaba a sí misma que aquello no era más que un contrato.

El restaurante en el que se vieron estaba en la última planta de un rascacielos, con unas increíbles vistas del centro de Boston. Tras el almuerzo, al bajar en el ascensor, Jared Whiteman presionó el botón de parada. A Emma Reed se le estremeció el vientre, y empezó a sudar, cuando él se le puso delante, y la estrechó entre sus brazos. Con sus manos acariciándole las nalgas, comprobó si ella había sido lo suficientemente atrevida como para no ponerse ropa interior. Arrugó la nariz, con decepción, al notar los bordes elásticos bajo la fina tela de su vestido. Exhaló un tanto melodramático.

– Esos juegos eróticos no están en el contrato – le recordó ella.

– Ya – dijo él, deshaciendo el abrazo y dando un paso para ponerse a su lado. Presionó de nuevo el botón para reanudar la bajada – Era mucho esperar que te atrevieras a complacerme.

Emma insistía en mantener las distancias, tratándolo de “usted” en privado. En ese pequeño detalle, Jared Whiteman supo leer las reticencias de Emma Reed y se negaba a darle tregua. Cada noche, al acostar a Maddie, Jared exigía de su esposa lo que le pertenecía. Ella obedecía, sin querer admitir lo mucho que empezaba a gustarle que Jared Whiteman insistiese en su intento de domeñarla. Él le hacía el amor una, dos veces. Emma no se negaba. De hecho, esperaba con la misma impaciencia que él el momento de meterse bajo la colcha. Y sin embargo, aún buscaba formas de herirlo con pequeños desprecios, apenas perceptibles, que no escapaban a la atención de su esposo.

– Anda, quítate la ropa – le susurraba, robándole los primeros besos de la noche.

Unas veces divertido y otras desesperado por su obcecación, Jared Whiteman la acogía en sus brazos:

– Todas las noches volvemos a empezar – bromeó – Si sabes que te lo voy a pedir, por qué no te acuestas desnuda de una vez.

Emma Reed gruñía, avergonzada. No podía evitarlo. Era su forma de mantener la cabeza y el corazón fríos.

Capítulo 3

Emma Reed descubrió que estaba perdidamente enamorada de su marido unas semanas después. Ella estaba hablando por teléfono con un amigo de Chicago, junto a la ventana, en la biblioteca de la casa, donde Jared Whiteman solía trabajar los martes, alejado de la oficina y sus interrupciones. Era ya por la tarde, casi la hora de la cena que la asistenta mexicana preparaba con diligencia en la cocina. El hombre de negocios estaba a punto de terminar su jornada, y había permitido que Maddie y Emma lo acompañasen un rato mientras terminaba de responder algunos emails. Llevaba un vaquero y una camiseta, y estaba descalzo, comiéndose una manzana, sujetándola graciosamente entre sus dientes mientras sus dedos se movían sobre el teclado. Emma, aún al teléfono con su amigo, con el hombro apoyado en el quicio de la ventana, podía oír el rumor de la voz de Maddie, charlando con su padre y jugando. A punto de terminar con Terry Miller, su simpático ex-compañero de trabajo y confidente, Emma Reed se volvió para echarle un ojo a la niña.

Se le escapó una carcajada de sorpresa cuando la vio, tendida en el suelo, pintándole las uñas de los pies a su padre con un esmalte rosa con purpurina. Ajeno a su atención, Jared Whiteman mostraba su fastidio gruñéndole a la niña, aunque no hizo ni tan siquiera un amago de retirar su pie.

– Pon un papel en el suelo, Maddie. No querrás cabrear otra vez a Eloísa... – le advirtió Jared, dejando la manzana en la mesa, y siguió con su email.

– ¡Has dicho una palabrota, papi! – se reía la niña, mientras apartaba el botecito de esmalte y ponía una hoja de papel debajo, para no manchar el suelo de madera. Después siguió con su tarea, concentrada en no salirse demasiado.

– Ya, bueno... yo soy papá y puedo decir palabrotas – le contestó él, un poco distraído, sin dejar de escribir.

– No, no puedes... está prohibido – le indicó Maddie – Tienes que meter un dólar en el tarro de Elo.

Jared Whiteman gruñó otra vez para que Maddie se riese.

– ¿Emma? – se oía la voz de Terry al otro lado del teléfono.

– Sí... estoy aquí, lo siento. Hablamos la semana que viene. Cuídate.

Estaba ensimismada, mirando la enternecedora escena entre Jared Whiteman y Maddie, con una sonrisa extática, derritiéndose por dentro. No era lujuria, sino la calidez de un afecto más profundo, que hizo acelerársele el corazón, embargada por el deseo de acurrucarse en sus brazos. Exhaló una sonrisa, acercándose despacio a ellos.

– Tú sabes que te está pintando las uñas de rosa, ¿no? – observó, con su dedo índice sobre su labio inferior, aún con el teléfono entre los dedos. Su otra mano descansaba sobre su cadera.

Jared Whiteman inhaló, arrugando un poco el entrecejo para quejarse:

– Sí – dijo, afirmando con la cabeza, con una encantadora molestia y cortedad, sin levantar la vista de la pantalla – Después suele quitármelo.

La risita de Maddie se oyó bajo el tablero. Emma se echó a reír y se quedó mirándolo, embelesada, con los ojos brillándole de pura fascinación. Era un padre increíble: paciente, calmado. Otras veces firme con ella, pero siempre atento y amoroso. Sin pensárselo dos veces, rodeó la mesa y se plantó junto a él, empujando su sillón de ruedas un poco para retirarlo del ordenador. Jared Whiteman estaba un poco descolocado y se sorprendió cuando Emma Reed se sentó en su regazo y se abrazó a él, dándole un suave beso en los labios. Correspondió a su abrazo

y a su beso, aún con cara de sorpresa, y le susurró:

– ¿Voy a tener que dejar que una niña de cinco años socave mi virilidad todos los días para que hagas esto? – bromeó.

Era su forma de expresar su gozo ante aquella rara expresión de cariño por parte de Emma Reed, a la que siempre tenía que robarle besos y abrazos y que muy pocas veces se había acercado a él de esa forma. Estaba encantado, conmovido por el novedoso afecto de su mujer. Ella le sonrió, mirándolo a los ojos, con sus mejillas rosadas, como siempre que él la miraba así. Sintió su mano acariciarle el muslo, no con deseo, sino más bien con ternura, aunque estaba excitado. Tuvo la delicadeza de no empañar aquel momento con lascivia y se limitó a presionar un limpio beso de cariño sobre sus labios. Emma Reed no lo notó, pero él también estaba sobrecogido por lo que acababa de experimentar.

– No tengo quita-esmalte, papi – anunció Maddie.

Jared emitió un gruñido largo, ahogando una maldición, que hizo reír a Emma.

– Buscaré alcohol en el botiquín, no te preocupes – le susurró ella, en voz baja, arrugando la nariz.

Capítulo 4

Seguramente el desastre empezó cuando Jared Whiteman recibió aquella llamada de Grayson, su coordinador de equipos de programación y vicepresidente de la empresa. Estaban viendo una película en la sala, después de la cena, acurrucados como una familia. Maddie estaba en medio, con la cabeza echada en el regazo de su padre, que se había sentado en ángulo con una pierna flexionada. Tenía un brazo extendido sobre el respaldo y le acariciaba la línea del pelo a Emma con las yemas de sus dedos, sobre su sien. La deseaba, y ella también a él, perdida en sus ojos al otro lado del sofá. Ninguno de los dos estaba prestando atención a la película y solo esperaban a que Maddie se durmiese, para poder irse a la cama, a besarse, a hacer el amor.

Emma Reed parecía estar venciendo sus suspicacias. Apenas unos días antes, tras aquella escena en el despacho de Jared, se había ofrecido a él en la cama, sorprendiéndolo por primera vez con un conjunto de ropa interior que lo enloqueció. Un sujetador negro, de puntilla, con transparencias, y unas braguitas mínimas, a juego. Cuando ella se sentó sobre su regazo en la cama, vestida así, quitándole el portátil de las manos y luego la camiseta, a Jared se le estremeció la piel y sintió tensársele el pantalón. Deslizó una mano dentro del pernil de sus braguitas y le agarró una nalga, para atraer sus caderas contra su ingle, enseñándole el efecto que tenía en él. Como si estuviese desenvolviendo un regalo, le desabrochó el sujetador y le mordisqueó los pezones, mientras sus dedos exploraban más adentro, entre sus piernas, desde atrás. La dejó tomar la iniciativa, que le quitara el pantalón del pijama y los boxers. Emma Reed se atrevió incluso a acariciarle su dura verga con la lengua un momento, excitándolo aún más, antes de erguirse sobre sus rodillas, invitándolo a bajarle las bragas. Jared Whiteman lo hizo también despacio, inclinando su cabeza para darle un pequeño mordisco en el abdomen, muy cerca de donde empezaba la línea de su sexo. Soltó un jadeo cuando ella se agachó, empalándose lentamente en su dureza, inundándolo con el estrecho calor de su cuerpo. Emma arqueó la espalda, de placer.

Aquella noche no follaron, sino que hicieron el amor. Por primera vez. Sin prisa, sin dejar de besarse un solo minuto. Él le acariciaba la espalda mientras Emma rotaba sus caderas sobre él, con suavidad, entregándose con una sensual languidez. Algunas veces ella volteaba el cuello, estirándolo hacia atrás, cuando el placer era insoportable, y exhalaba un suspiro caliente, desesperado. Y Jared la besaba en la barbilla, más calmado que ella, sosteniendo la tensión, apaciguándola, para seguir con aquella pausada conversación entre sus cuerpos lo más posible. Estuvieron así más de media hora, hasta que Jared no pudo más y acabó tendiéndola en la cama para consumir aquella placentera agonía, arremetiendo viril contra ella, rindiéndola como a él le gustaba, asumiendo el control.

Estaba deseando hacer lo mismo esa noche y esperaba paciente a concluir con sus obligaciones paternas para desatar su deseo por Emma Reed, pero el teléfono sonó. Alargó la mano y miró la pantalla. Era Grayson.

– Qué – dijo, en un murmullo, para no desperezar a Maddie.

Escuchó unos segundos, con la mirada perdida, atento a lo que le decía su coordinador de equipos. Inhalando despacio, a Jared Whiteman se le iluminaron los ojos, y dejó escapar una pequeña carcajada de entusiasmo.

– Y cuándo quieren que vayamos – preguntó.

Estaba nervioso y se escurrió de debajo de Maddie, para levantarse. Excitado, habló con Grayson, paseando despacio junto al sofá. Emma Reed lo miraba curiosa, mientras le acariciaba la espalda a Maddie.

Jared Whiteman se rió, y después gruñó, preocupado, cuando sus ojos se toparon con los verde azules de su preciosa mujer. Eso significaba que iba a tener que viajar y pasar algún tiempo fuera de casa, tal y como Grayson le estaba indicando:

– La reunión es el miércoles, pero hay que planear trasladar el equipo de trabajo e instalarnos allí por unas semanas, hasta que tengamos claro lo que necesitan. Esto es grande, Jared – le dijo Grayson, riéndose.

En apenas un día y medio, estaría volando a Washington. Justo ahora, cuando las cosas empezaban a marchar entre Emma y él. Inclínándose sobre Maddie, Emma le dio un beso en la frente a su hija y le dijo algo en voz baja. La niña asintió y se incorporó un poco tambaleante, somnolienta.

– Voy a acostarla – le dijo Emma al pasar junto a él con la niña en brazos.

Jared Whiteman asintió y alargó una mano para acariciar la carita de su princesa, apoyada en el hombro de su esposa.

– Jared, es mejor que tú lideres esto. Te quieren a ti en Washington – le dijo Grayson.

Él las vio subir por la escalera, exhalando un suspiro de frustración.

– Ya – dijo con desgana – Joder, acabo de casarme – se quejó, gruñendo, mientras se revolvía el pelo y agitaba la cabeza, dando unos pasos, como un león enjaulado, irritado con la idea de tener que alejarse de Emma.

– ¡Siento haber arruinado tu luna de miel! – se rió Grayson, guasón, al otro lado del teléfono – Por tu cara de estos días me consta que te estaba gustando. Las cosas no ocurren cuando uno quiere, hermano.

Capítulo 5

Jared Whiteman y varios de sus equipos de programadores habían estado trabajando durante meses en una aplicación informática para el ejército. Competían con otras empresas de Silicon Valley por un contrato con el gobierno y aquella llamada anunció que habían ganado el partido. Era un contrato millonario pero, sobre todo, la confirmación indiscutible de su éxito. Eso significaba más negocio, más publicidad, más prestigio. Jared no iba a renunciar a nada de eso.

– El Pentágono quiere comprarnos el software con algunas modificaciones. Tengo que ir, no podemos decirle que no a la Casa Blanca – le susurraba a Emma, con sus manos en su cintura, explicándole la situación, dándole pequeños besos en los labios.

Ella tenía sus brazos extendidos abrazándolo por el cuello. En su expresión, Jared pudo ver que estaba desencantada con la noticia.

– Eh – le dijo, sosteniéndole la barbilla, para que lo mirara a los ojos. Le sonrió tratando de infundirle confianza – Tú y Maddie podéis venir a pasar los fines de semana allí conmigo, ¿qué te parece? Díselo a Liam mañana y que os reserve un vuelo – ofreció.

Emma Reed sonrió, tratando de iluminar su rostro.

– Vale – concedió, aunque aún no se atrevió a mirarlo.

Le cruzó la mente una imagen: Rachel. Rachel Parker. Su sensual directora de marketing, a la que había conocido hacía unas semanas, y con la que Jared admitió haberse acostado. Ella seguro que también los acompañaría.

– Además... – añadió Jared Whiteman – puedes aprovechar estas semanas para empezar con los planes de la galería.

Estaba tratando de animarla y ella sonrió más, enternecida por sus ánimos.

– No sé si me apetece meterme en ese lío, la verdad. Quiero recuperar el tiempo con Maddie.

Estar con ella todo lo que pueda. Me he perdido cinco años de su vida. Así que le preguntaré a Diane si conoce a alguien aquí que pueda necesitarme como asesora... o como pasante... a media jornada si es posible – le contestó ella, encogiendo un hombro y arrugando la nariz.

Jared Whiteman inclinó su rostro hacia ella y le besó esa arruga, con orgullo. Satisfecho. Eso es lo que él había deseado cuando trazó todo aquel plan.

– No voy a tratar de fingir que no me gusta esa idea – confesó.

Emma Reed se rió.

– Claro que te gusta. Eres un machista incorregible.

– Tampoco voy a fingir no serlo – bromeó él, irresistiblemente grave.

Estaba ufano por su éxito empresarial y acabó por estrecharla contra su pecho, fuerte, levantándola del suelo para llevarla así a la cama. Emma se rió. La tumbó con cuidado, y se quedó sobre ella a cuatro patas, con sus manos plantadas a ambos lados de la cabeza de Emma Reed, sus rodillas junto a sus caderas, besándola despacio, sin querer tenderse sobre su voluptuoso cuerpo. Si lo hiciese, sabía que no sería capaz de contener sus ansias.

Emma lo besaba, levantando su cabeza, abrazándose a él.

– No, no, no... Tengo que bajar a ultimar algunos detalles con Grayson – murmuró él, sonriendo con malicia.

Le gustaba que ella lo desease así y, sobre todo, que tuviese ya la suficiente seguridad para expresarlo sin complejos. Emma gruñó.

– Me dejas por Grayson... Eso sí que es una sorpresa. ¿Se trata de una salida del armario, Sr. Whiteman? – se mofó ella, en un tono sensual, acariciándole su firme pecho con sus manos, muy

despacio, calentándolo.

Jared Whiteman se rió, divertido por sus burlas. Qué agradable era estar con Emma, verla aventurarse cada vez más con él.

– Es guapo – bromeó él, pensativo, arrugando el ceño, con una sonrisa bribona, mirándola a los ojos.

– Pero no se pone ropa interior sexy – replicó ella, traviesa.

– Bueno... quién sabe – dijo él, ladeando la cabeza, tratando de imaginarse eso – Le diré que me enseñe por la webcam lo que lleva debajo de los pantalones.

Emma Reed brilló en una sonrisa, y él le robó aún un par de besos más que le hicieron cosquillear algo dentro de su pantalón. Con un gemido, molesto por tener que retirarse, finalmente empujó su torso y se irguió, mirándola unos segundos. Dolía físicamente dejarla allí sola.

Capítulo 6

A horcajadas sobre su regazo, en camisión, con un tirante colgándole sobre el brazo, y su melena castaña apartada a un lado de su cabeza, sobre un hombro, Emma Reed miraba a aquel hombre de negocios que le había robado el corazón. Él estaba desnudo bajo las sábanas, esperándola, para hacer aquella última noche memorable. Emma Reed le acarició con suavidad los pectorales y el musculoso vientre, bajo la mirada traviesa de él. Él jugaba con los mechones de su pelo, remetiéndoselos con cuidado detrás de su oreja. Con su otra mano, acarició la de ella y se la guió bajo las sábanas, para que le acariciara su erección. Emma lo hizo con timidez, explorando sus formas, excitándose al sentir las venas que recorrían su orgulloso miembro, duro y caliente. Había que ir despacio con Emma Reed, se repitió Jared, sujetándole la barbilla entre sus dedos, sonriéndole apenas, antes de besarla. Y luego usó sus manos, para acariciarla mientras arrastraba la tela del camisión sobre la tersa piel de sus muslos, después sus glúteos, su cintura. Ella lo ayudó a acabar de desnudarla, sacandoselo por encima de la cabeza, y descubriendo así sus tersos senos. La tendió en la cama y se echó sobre el seductor cuerpo de Emma Reed, capaz de despertar en un hombre sus instintos más animales. La penetró casi de inmediato, con urgencia, y empezó a arremeter contra ella más brusco de lo habitual, con más hambre. Jadeaba contra la piel de su barbilla, con una mano asida a la base de su cuello, sujetándola para que aguantase sus empujones. Emma Reed arrugó el entrecejo, entrecortándosele la respiración, dejando salir involuntarios gemidos de placer. Él alzó su mano, sujetándole el rostro, para devorarla, y la dejó morderle el pulgar mientras se saciaba en ella.

Emma arqueaba el cuello y se mordía sus propios labios, apretando los músculos de su vagina. A Jared se le escapó un resoplido al sentir aquella deliciosa presión agarrándole su erecta verga dentro y la premió aumentando el ritmo de sus arremetidas. Apenas le sacaba su duro falo, sino que se lo embutía hacia adentro con cada empujón, como si quisiese partirla por la mitad. A Emma Reed le parecía tener la viril dureza de Jared en la boca del estómago. No podía más y su creciente ahogo, sus convulsiones, anunciaron que estaba explotando en éxtasis. Siempre le ocurría con Jared Whiteman: era incapaz de controlarse cuando él la atacaba así, sin merced, tomando de ella lo que quería, saciándose de una forma masculina, casi egoísta, sin aceptar sus reticencias ni sus recatos. Y a ella eso la excitaba contra su voluntad. Estaba aturdida de placer. A él también se le hacía difícil respirar, y no pudo evitar emitir un par de gruñidos roncós al derramarse.

Emma Reed siempre acababa mareada por ese adictivo placer que solo Jared Whiteman había sido capaz de darle. Era como si estuviese descubriendo las esquinas de su cuerpo por primera vez. Con nadie había experimentado nunca esa intensidad. Y ahora se iba a Washington, justo cuando ella empezaba a sentir que aquello se volvía real.

Él notó que algo la preocupaba y le susurró al oído:

– Qué ocurre.

Hundió su nariz en el pelo de Emma, disfrutando de su olor.

Emma Reed inspiró y trató de sonreír, aunque él no podía verle los labios.

– Nada – respondió ella, casi inaudible.

Emma oyó su sonrisa golpearle en la oreja en forma de exhalación.

– Bien, si no me lo cuentas, dejaré volar mi imaginación y lo achacaré a que te entristece que me marche mañana. Es una agradable fantasía – se burló de ella, en un íntimo murmullo.

– Eso no es una fantasía – se atrevió a contestar ella – Estoy empezando a... a conocerte. Y ahora

te vas... Lo siento, pero es que... – arrugó la frente, irritada consigo misma por lo que iba a decir a continuación – No puedo competir con Rachel Parker. Tengo la impresión de que ella va a ganar. Jared Whiteman se quedó paralizado unos segundos. Aquel reproche lo había pillado por sorpresa.

– Por qué estamos hablando de Rachel ahora – se quejó, alzando un poco su voz a la par que levantaba su rostro para mirar a los ojos a su esposa. Estaba molesto.

– Va a estar allí contigo, ¿no? – Emma le sostuvo la mirada.

– Es una ejecutiva de la empresa, por supuesto que va a estar – contestó él, y después de una pausa añadió – Emma, esta conversación se va a acabar aquí.

Jared Whiteman se revolvió sobre ella, aflojando sus caderas, para sacar su chorreante falo de la blandura de Emma Reed. Se apretó la ingle con una mano, por debajo de las sábanas. Unos segundos después, ya iba camino del baño para limpiarse.

Aquellos celos de su esposa le resultaban ridículos. O tal vez le dolían, porque significaban que ella seguía desconfiando de él. En la noche de bodas ya le había dicho que había concluido su relación con Rachel Parker al firmar ella el contrato. ¿A qué venían ahora sus inmaduros celos? No estaba acostumbrado a dar explicaciones. Mucho menos a una mujer. Ese era uno de los motivos por los que no podía soportar las relaciones que empezaban a ponerse serias. En el momento en que una de sus amantes preguntaba: “¿Por qué hoy no me llamaste?” o “¿Estas viendo a alguna otra?”, Jared Whiteman se sentía asfixiado y las despachaba con crueldad. Por eso se acostaba con Rachel Parker. Con ella todo resultaba simple. Todo estuvo claro desde el primer momento. Ella entendía a la perfección que aquellos encuentros no eran más que una forma de saciar sus instintos. Cuando él sentía la necesidad de echar un polvo, se lo comunicaba a Liam Davies, su ayudante, y él se encargaba de decírselo. “El Sr. Whiteman ha reservado la habitación 245 para las cinco y media”, este era usualmente el mensaje que recibía Rachel en su teléfono. Y ella siempre acudía, sin preguntas, sin reproches, sin exigir nada más. Todo resultaba simple. Con Emma Reed se estaba volviendo complicado, y a ella no podía despacharla, así que se limitó a cortar la conversación.

Y ella no se atrevió a replicar. Era difícil hacerlo cuando se recordaba que la firma de un contrato era lo que la había traído a la vida de aquel frío hombre de negocios, y que no tenía derecho a exigirle nada. Se sintió como una idiota, y se le escaparon algunas lágrimas rabiosas sin que él lo notase, tendida de espaldas a él.

Capítulo 7

Pasó la noche en blanco, sin poder dormir. Y él tampoco parecía haber dormido demasiado. Se levantó a las seis, como solía y se fue a correr, sin decir una palabra siquiera. Estaba cabreado, eso era obvio. Emma se quedó en la cama unos minutos más, relajada por fin, ya que él no estaba cerca, y debió quedarse dormida, porque se despertó de un sobresalto. Se levantó con rapidez, mirando el reloj. Quería ducharse y vestirse antes de que Jared volviese, para refugiarse en la habitación de Maddie, ocupándose de despertarla y prepararla para el cole. Él no se atrevería a mencionar el tema estando la niña delante y al final los dos acabarían aparcando aquella fricción. Con un poco de suerte, él ya no recordaría aquel desliz para el fin de semana y habría paz hasta la próxima tormenta. Emma tenía que encontrar una ocupación. Distrarse. Dejar de soñar con imposibles y concentrarse en lo verdaderamente importante: Maddie. Aquella niña la hacía olvidar todos esos inútiles devaneos con Jared Whiteman.

Él se despidió de Emma en el hall de la casa, junto a la puerta del garaje. La miró a los ojos y le acarició la barbilla, estudiándola.

– Hasta el fin de semana – le dijo. Volvía a ser duro y frío con ella.

Emma Reed asintió, fingiendo una sonrisa poco convincente. Llevaba a Maddie en brazos y la niña se abrazó al cuello de su padre.

– Papi, ¿me llamarás esta noche?

– Claro, nena – le dijo él.

Después de darle un beso, presionó su dedo sobre la pequeña nariz de la niña, arrugando la suya, en una mueca afectuosa.

– Pórtate bien – le dijo, antes de darle otro beso en la frente.

Desapareció en el garaje con su maleta de ruedas y el motor de su Porsche sonó, grave, como el rugido de una pantera, perdiéndose en Commonwealth Avenue un momento después.

Esa mañana, Emma Reed se había ofrecido a llevar a Maddie a su caro colegio de pre-escolar, el John Winthrop, a apenas dos manzanas de la casa. Después, tenía una cita con Violet Cook, la vicedirectora del Fine Arts Museum de Boston.

– Le he hablado de ti y estará encantada de recibirte – le había dicho Diane al teléfono – Van a abrir un puesto de curador en las secciones de arte europeo del siglo diecisiete. Podrían estar interesados en contratarte.

Emma tendría que solicitar el puesto formalmente y no había garantías, pero era el mejor museo de Boston, con varias salas dedicadas a la pintura europea y un cabal calendario de exhibiciones. Además, era una buena forma de mantenerse activa. Tal y como marchaban las cosas con Jared, a Emma Reed no le parecía sensato abandonar su carrera por completo. Tenía el millón de dólares que había recibido por casarse con él, pero si se daba el caso de que Jared Whiteman decidiese divorciarse, ella estaba dispuesta a pelear con uñas y dientes en los tribunales por la custodia de Maddie. Y en días como este, Emma sentía que su situación con Jared Whiteman estaba pendiente de un hilo. Era un hombre extraño. Enigmático e imprevisible. Parecía sentir algo por ella a veces, y la trataba con deferencia. En sus ojos marrones, Emma Reed solía ver centellear su orgullo, su satisfacción, al mirarla o al tomarla de la mano frente a sus amigos. Otras veces, sin embargo, se mostraba implacable e insensible.

– Vaya, hoy no ha venido a traerte tu papá, ¿eh? – le dijo su maestra, recibéndola.

– Esta es Emma, la esposa de mi papá – le dijo la niña con orgullo.

La afable maestra le tendió la mano, estrechándosela.

– Es un placer conocerla por fin, Sra. Whiteman. La felicito por su reciente boda. Maddie se ha mostrado muy entusiasmada estos últimos meses con usted.

Emma Reed no pudo evitar sonreírse con agrado, brillándole los ojos al acariciarle el pelo a su hija. Tras conversar un momento con la maestra, visitar la clase de Maddie y conocer al director, Emma Reed tomó un taxi y se fue al Museo de Bellas Artes.

Emma Reed se había propuesto dejar de obsesionarse con él. Empezar a considerarlo únicamente un jefe, como él quería. Complacerlo y complacerse en la cama, sin liar más escándalos, y convencerse de una maldita vez de que eso iba a ser todo entre ellos. Era difícil, ya que el corazón se le aceleraba solo de recordar sus ojos. La tibieza de sus manos sobre su cuerpo. Al pensar en que estaría en Washington, todo el día... las próximas semanas, con la procaz Rachel Parker, no podía evitar fruncir el ceño. Celosa. En el taxi, se encontró espiando el perfil de la directora de marketing en las redes. Su cuenta de Facebook estaba protegida, de manera que no había mucho que ver, pero tenía selfies en Instagram, con su perro o con sus amigos, presumiendo de su perfecta vida en Boston. En todas estaba radiante, mostrando sus dos hileras de immaculados dientes blancos, pequeños, y sus voluminosos labios. Exhalando, Emma cerró Instagram, con un gruñido de protesta hacia sí misma, por ser incapaz de controlarse.

Capítulo 8

Violet Cook era una mujer de sesenta años que llevaba en el Fine Arts Museum casi media vida. Tenía el pelo oscuro, aunque en las raíces empezaban a asomar las canas, rebeldes al tinte. Sus ojos azules rezumaban amabilidad, tal vez porque unas arrugas fugaces cortaban ya sus párpados de mujer madura, dándole un toque entrañable. No se maquillaba, si no es por el brillo, ligeramente rosado, que le daba algo de gracia a sus finos labios. Por su figura, bonachona y un poco oronda, se notaba que había sido madre varias veces, y que hacía dieta para domar su cintura. Vestía con una descuidada formalidad, sin acabar de parecer sofisticada. Sus gafas le colgaban sobre el pecho, de unos finos cordones.

– Diane la ha encarecido por teléfono. Se nota que la aprecia mucho, Sra. Whiteman – le dijo Violet Cook, con una voz que parecía sonreír – Y parece una feliz coincidencia que estemos a punto de publicar una oferta de trabajo como curador en su campo. El problema es que no sabemos bien cuándo la administración universitaria nos va a dar luz verde... Ya sabe cómo funcionan estos asuntos.

Como en casi toda institución americana, había un largo proceso de aprobaciones desde que se solicitaba un especialista, hasta que se publicaba oficialmente el puesto y comenzaba el plazo de solicitudes, la selección de los candidatos más aptos, las entrevistas, reuniones de comités para decidirse... hasta terminar con la extensión de una oferta. Violet estaba sentada al otro lado de su escritorio, acariciándose las manos sobre la superficie, muy despacio, pensativa.

– No sé si ha contemplado la posibilidad de colaborar con nosotros como voluntaria. Estoy segura de que podríamos hacerle un hueco en el equipo, sobre todo ahora, que estamos preparando una exposición de naturalezas muertas.

Emma Reed se cuidó de no parecer desencantada con la opción del voluntariado. Después de todo, era una forma de meter el pie y darse a conocer para cuando saliese el puesto de curador. Sonrió, irguiendo el torso.

– Me encantaría. Escribí un capítulo de mi tesis sobre los “breakfast paintings” o “ontbijtjes” flamencos: Flegel, Beert el Viejo, Claesz... – contestó ella, haciendo lo posible por brillar de entusiasmo – No es un género demasiado popular entre el público... el de las naturalezas muertas... y me alegra saber que tienen un programa atrevido.

Violet Cook se carcajeó, cerrando los ojos un momento, e inclinándose a un lado, mientras decía:

– El mérito es de Gabriel. Gabriel Hayes. Nuestro curador en el área del Renacimiento. Creo que él agradecería mucho su experiencia localizando y tratando con los coleccionistas. ¿Por qué no me deja presentárselo? Debe estar por aquí a estas horas.

Separó su silla dispuesta a levantarse, y Emma Reed se puso de pie, estirándose la chaqueta de su traje y colocándose el bolso sobre el hombro.

– Maldita edad y maldita artrosis... – se quejó Violet Cook, cojeando un poco.

– ¿Quiere que la ayude? – se ofreció Emma, estirando una mano – Me siento mal por obligarla a que haga este esfuerzo por mí.

Violet Cook sonrió, cerrando otra vez los ojos y arqueando las cejas. Este parecía ser su tic.

Cuando abría sus pequeños ojos de un azul profundo, iluminaba la estancia con su benignidad.

– No, querida, de ninguna manera. He aprendido a convivir con los achaques. “Vanitas vanitatis” – se rió con esa broma culta.

No hubo suerte. Gabriel Hayes no estaba en su oficina, así que Violet Cook propuso ir a las salas dedicadas a la pintura renacentista y barroca. Emma Reed caminó junto a ella, con sus tacones,

despacio, siguiendo su pausado ritmo, mientras conversaban sobre la iluminación de las salas y la disposición de las diferentes secciones. La colección del Barroco era modesta, pero coherente, y Emma se entretuvo frente a una obra de Rembrandt, *El artista en su estudio*. Pensativa, se quedó mirando el letrero con el título.

– ¿Y esta inusual visita por mis salas? ¿A qué debo el honor? – las interrumpió una voz masculina.

– ¡Gabriel! – exclamó con entusiasmo Violet Cook, alargando una mano para agarrar al hombre del antebrazo – Quería presentarte a Emma Whiteman. Estoy tratando de convencerla para que colabore con nosotros para la exposición sobre naturalezas muertas.

Gabriel Hayes era un hombre de mediana edad, atractivo. Su pelo color cobre, no demasiado corto, empezaba a mostrar algunas canas en las sienes y en su escrupulosa barba. Llevaba un traje marrón, con finas rayas beige, y una corbata azul oscuro que destacaba sobre su camisa, también beige. Las credenciales del museo le colgaban del cuello, con una cinta azul eléctrico, dentro de una funda de plástico transparente. Tenía los ojos de un azul grisáceo, tras unas gafas de pasta negras que le daban un aspecto intelectual. Sonreía afable, sosteniendo un termo de café. Le ofreció a Emma su mano libre, y le estrechó la suya, deteniéndose en la sonrisa de la atractiva visitante.

– Espero que le guste nuestra colección, Srta. Whiteman.

Asumió que estaba soltera, y Emma no quiso corregirlo.

– Sí... claro que sí. Tienen aquí piezas valiosas de Rubens que debieron haber sido difíciles de conseguir. Estoy impresionada – volvió la cabeza para dirigir su mirada a los cuadros a los que se refería – No quiero sonar petulante, pero este título del Rembrandt contiene un error en la fecha...

– señaló con su dedo el cuadro que tenía al lado, sus ojos verde azules mirando el letrero, donde se leía mil seiscientos dieciocho como fecha aproximada de creación.

– Mil seiscientos veintiocho... sí... – Gabriel Hayes hizo una mueca de fastidio, mirando el

letrero – El nuevo está pedido desde hace meses. Hay pocos visitantes tan perspicaces como usted

– la halagó Hayes, y luego añadió, señalándola con su dedo índice, que desasíó del termo de café

– Violet, la necesitamos en el equipo.

A partir de ahí, Gabriel Hayes dirigió la conversación, preguntándole a Emma sobre su experiencia en la galería y sobre su tesis, impresionado por sus credenciales y por el hecho de que Joan Bell, una investigadora de gran peso, se la hubiese dirigido. Ella le preguntó por sus ideas para la exhibición de naturalezas muertas y Hayes se iluminó, relatándole las obras que tenían ya aseguradas de otros museos y coleccionistas. Encajaron bien y Violet Cook los observó charlar y reír, compartiendo sus pasiones, casi en silencio, si no es porque en alguna ocasión hizo alguna broma simpática para destacar los esfuerzos de Hayes y sus importantes contribuciones a la colección.

Unas horas después, Emma Reed cogió un taxi de vuelta a la casa, recargada de energía, exultante de felicidad. Le envió a Diane un mensaje, diciendo: “Te adoro, Diane. Ojalá que salga pronto el puesto de curador. Me encantará trabajar aquí si me eligen”.

Capítulo 9

– Srta. Reed... Perdón, quise decir Sra. Whiteman – se corrigió Liam, al teléfono – El Sr. Whiteman me ha pedido que cancele su viaje a Washington para este fin de semana.

Lamentablemente no va a poder pasar tiempo con usted y con Madelaine. Siento avisarla con tan poco tiempo de antelación.

– Está bien – dijo Emma, mirando a través de la ventana.

Llovía afuera, y el jardín tenía una pátina gris. Las hojas de los árboles tintineaban, golpeadas por las gotas de agua. Aliviada. Así se sintió cuando colgó el teléfono. No estaba preparada para enfrentarse a Jared después de aquella estúpida discusión, después de la forma en que se habían despedido. Necesitaba tiempo y distancia.

Respiró hondo, recordándose que el lunes empezaría en el museo como voluntaria, bajo la supervisión de Gabriel Hayes, y ese nuevo proyecto daba más luz que Jared Whiteman, contra quien siempre parecía estar luchando a fuerza. Le fastidió que la llamase Liam para comunicárselo, pero se sacudió esa decepción pensando en lo bien que lo iban a pasar ella y Maddie en casa, sin las inconveniencias de tomar un vuelo esa tarde y ajustarse al apretado horario de Jared. Presionando las yemas de sus dedos sobre su labio inferior, sin embargo, otra parte de ella volvió a acordarse de Rachel Parker y de que seguramente ella también estaría en Washington con él. Pellizcándose el labio, Emma Reed se forzó a desterrar sus estúpidos celos. En Washington, Jared estaba molesto porque Emma no se había comunicado con él ni un solo día, y cuando él llamaba a Maddie, ella encontraba siempre una excusa para desaparecer del encuadre. Se mantenía en silencio, dejando a la niña ocupar la conversación. Al despedirse, trataba de ser impersonal, aunque afable. No parecía enfadada, pero era evidente que había vuelto a construir una barrera invisible entre los dos. Si ella hubiese estado con él en Washington, hubiera sido fácil para Jared Whiteman hacerla olvidar sus fricciones. Él lo resolvía todo en la cama. Allí los dos parecían comunicarse a la perfección.

– ¿Va todo bien con Emma? – le preguntó Grayson el viernes por la noche, en la sala de reuniones del hotel.

Jared acababa de cortar la videollamada con Maddie y Emma, a través de Skype. El director ejecutivo se quedó mirando su teléfono sobre la mesa, mientras sus dedos rascaban despacio su barbilla. Estaba reclinado en la silla, con la corbata floja. En su cara se reflejaba su cansancio.

– No del todo, me temo – admitió él, con cautela.

Jared había mantenido aquella breve conversación con las chicas delante de él, y Grayson las había incluso saludado por cámara. Las evasivas de Emma Reed y su forma un tanto tensa, tímida y reservada, de hablarle a Jared, reconduciendo la conversación fuera de lo personal, hacia Maddie y sus aventuras del colegio, no pasaron inadvertidas para Grayson Martínez. No conocía los detalles exactos de aquel enlace, porque Jared no solía compartir información demasiado íntima con él. Sabía que había un contrato matrimonial y que Emma Reed era la madre biológica de Maddie. Que aquel matrimonio era una transacción para él. A Martínez, el disparatado plan de su amigo lo tenía expectante, curioso por ver cómo la peculiar pareja sorteaba sus obstáculos. Laurie, su esposa, ya había apostado a que Jared acabaría rindiéndose a la guapa pasante. Las mujeres son unas románticas empedernidas, se decía Grayson. Sin embargo, Laurie parecía tener razón, y al jovial vicepresidente de Whiteman Inc. le resultaba cómico ver a Jared negarse, empecinarse en sus hábitos de impenitente soltero, escéptico en cuanto al amor y seguro de que ninguna mujer iba a conseguirlo.

– Estás enamorado de ella – observó, riéndose despacio.

Jared se revolvió incómodo en la silla, con un gruñido, expresando así su desacuerdo con aquella opinión. Frunció el entrecejo y se aprestó a seguir con lo que hacía en su portátil, inhalando aire. Tenía urgencia por desviar aquella cuestión.

– Mírate, llevas dos días con un humor de perros y por poco despides a Waters por un estúpido error esta mañana.

– Exageras. Estoy agotado, eso es todo. Y no fue un estúpido error. Nos ha hecho atrasarnos.

– Pues eso... Has tenido que cancelar tus planes con ella para este fin de semana – dijo Grayson, triunfal, con una sonrisa maliciosa.

– Será que tenía ganas de echar un polvo con mi bonita esposa – respondió Jared, exhalando una carcajada descreída, para restar importancia a las bromas de su amigo – Anda, déjate de tonterías y vamos a acabar esto. Quiero irme a dormir.

Así cerró aquella incómoda conversación Jared Whiteman, pero las bromas de Grayson perduraron en su cabeza unos días más. Había que admitir que la echaba de menos y, sobre todo, le fastidiaba que Emma volviese a alejarse de él.

Capítulo 10

“Bueno, Emma, se ve que los hemos perdido y no volveremos a verlos en una temporada”, le escribió Laurie Martínez. Emma sonrió, mientras tecleaba: “Parece que sí. ¿Quieres que hagamos algo con los niños este finde?”. Laurie no tardó en responder: “¡Claro!”. Así que ese fin de semana, la cirujana Laurie Martínez las recogió en su coche el sábado y pasaron el día en su casa del exclusivo Squantum, paseando por la playa y entregándose con indulgencia a la comida basura y el helado.

Jared Whiteman la llamó por la noche. Ya era tarde y Maddie estaba dormida, agotada de sus intensos juegos y sus correteos con los niños de Laurie, así que Emma se deslizó despacio de la cama y se refugió en su baño, para tener la conversación con él allí.

– ¿Estás bien? – le preguntó Jared.

– Sí – dijo Emma, tratando de parecer indiferente, exhalando una sonrisa.

– Siento haber cancelado tus planes.

– No... está bien – lo aseguró ella, con una voz que fingió ser animada – El lunes empiezo como voluntaria en el Museo de Bellas Artes. La verdad, prefería pasar el fin de semana aquí.

Se reclinó contra la piedra de los lavabos y estaba mirándose los dedos de los pies, mientras charlaba, tratando de distraerse.

– Cuál va a ser tu horario – preguntó él.

Podía haber preguntado mil cosas: cómo fue la entrevista el miércoles, a quién conoció en el museo, si estaba contenta con la idea de trabajar allí... pero no, había elegido aquella estúpida pregunta para recordarle cuál debía ser su prioridad. Y eso le dolió, así que frunció el ceño y le lanzó:

– No se preocupe, trataré de ajustarme a la mañana – hizo lo posible por sonar cívica, pero a Jared le llamó la atención su formalidad al dirigirse a él y entendió que estaba molesta.

– Emma... – susurró, al otro lado del teléfono, con suavidad – Oye... ¿por qué tengo la sensación de que hemos vuelto a la primera casilla del tablero?

Emma Reed se quedó callada unos segundos, sin saber qué contestar.

– ¿Y no es eso lo que quiere? – se atrevió a preguntarle – No para de recordarme mis responsabilidades como su esposa, que esto es solo un acuerdo y que no debo caer en la tentación de sentir algo más, y después se enfada porque guardo las distancias y trato de mantenerme fría. Dígame qué quiere, qué clase de guión se le ha ocurrido que tengo que seguir en esta pantomima, porque la verdad... no sé cómo complacerlo.

A Jared Whiteman no le sorprendieron sus reproches.

– Y qué tal si actuamos como adultos y tratamos de ser pacíficos. No te he llamado para discutir – su tono era firme.

– Para qué me ha llamado entonces. Maddie está ya dormida. No hay nadie frente a quien tengamos que disimular.

Emma Reed sonrió frustrada, y después presionó el dorso de su mano sobre una de sus cejas, haciendo el esfuerzo de calmarse.

– Ahora te molesta que me preocupe por ti – le recriminó él.

– Ya, a mí me ha dado la impresión de que lo que realmente le preocupa es que mi horario en el museo interfiera con el de Maddie.

Jared Whiteman aguantó el aire en sus pulmones y después lo dejó salir despacio.

– ¿Te das cuenta de que siempre estás a la defensiva conmigo? – observó, arrugando el entrecejo –

Todo iba bien entre nosotros y de repente vuelves a atacarme.

Emma Reed resopló. Cerró los ojos y agitó la cabeza, aturdida, sin saber qué decir.

– Lo siento – admitió – Tienes razón. Es que... – se pellizcó el puente de la nariz con sus dedos – Solo estoy tratando de protegerme.

– De mí – completó él su frase.

A Emma le tembló la voz al hablar, con un débil hilo. Evitó responder a su acusación:

– Te agradecería que llamases solo para hablar con Maddie – resopló, angustiada – De verdad... no trato de ofenderte, pero...

– Ojalá estuvieses aquí. Solo puedo pensar en besarte para quitarte esas dudas de la cabeza – la interrumpió él, con una voz masculina, casi severa, como si estuviese profiriendo una amenaza.

Emma tembló de pánico, a punto de decirle que estaba colada por él hasta los huesos y que lo último que necesitaba oír es que él deseaba tenerla entre sus brazos.

– Oye... tengo que colgar – titubeó Emma, mordiéndose la punta de su uña del dedo índice.

Jared Whiteman no quería dejarla marcharse en mitad de aquella conversación. No obstante, a regañadientes consideró que ese no era el tipo de asuntos que deban discutirse por teléfono.

– Vale – concedió – Intentemos que vengas el próximo fin de semana y entonces hablaremos con calma.

Emma asintió con un débil “Sí”, apenas audible.

– Buenas noches – le susurró él, con más suavidad.

Emma Reed solo pudo gruñir, a modo de despedida. Tenía los ojos cerrados y se mordía el labio inferior, tratando de mantener la calma. Los dedos le temblaban cuando presionó el botón rojo.

Capítulo 11

Gabriel Hayes era un divorciado de cuarenta y dos, atractivo, confiable. Trataba a sus compañeros y subordinados con un intachable respeto. Nunca se enfadaba. Asumía los obstáculos con gracia y con estoicismo, sin tomárselos demasiado en serio. También tenía sentido del humor y era fácil reírse a su lado, oyéndolo narrar sus peripecias con la administración del museo. Su éxito profesional, como curador del Renacimiento en el prestigioso Museo de Bellas Artes de Boston, contrastaba con su mala suerte en el amor. Su exesposa le había pedido el divorcio hacía cuatro años. Tenían una niña de ocho, Jane, que empezaba a rebelarse contra él y que no paraba de recordarle lo divertido y dicharachero que era su padrastro, profesor asociado del Departamento de Antropología en Harvard, autor de varios libros seminales en su campo. Desde su fracaso matrimonial, Gabriel Hayes había tenido tímidos escarceos con algunas citas a ciegas, planeadas por sus amigos, sin llegar a conectar más con nadie.

Era difícil no fijarse en Emma Whiteman, con sus ojos verdes azulados, enmarcados por espesas pestañas oscuras, su figura esbelta, aunque con deliciosas curvas. Su hablar desenfadado, honesto, sin dobleces, y unos labios que sabían sonreír con un encanto accidental, sin fingimientos. Empezó a sentirse atraído por ella desde el momento en que la conoció de pie junto al Rembrandt, con Violet Cook.

– Conozco a Diane Howard y confío en sus referencias – le dijo Cook al marcharse Emma – Además... es la esposa de Jared Whiteman.

– ¿Casada? – repitió Gabriel – ¿Con ese altivo hombre de negocios?

Conocía a Jared Whiteman de vista, por las galas benéficas que se organizaban todos los años en el museo, aunque nunca había intercambiado un saludo con él. De modo que el millonario era el marido de la sensual doctorada en arte... Se dio cuenta de su error, ya que la había tratado como “señorita”.

– Altivo o no, donó más de doscientos mil dólares al museo el año pasado. Nos conviene tener a su esposa aquí – observó Violet Cook.

De haber escuchado esta conversación, Emma Reed probablemente hubiese desistido de sus pretensiones de trabajar en el museo. Era orgullosa y le hubiese molestado conseguir un puesto por ser la esposa de un benefactor. No obstante, le bastaron apenas unos cuantos días para disipar las dudas sobre sus capacidades. Tenía experiencia negociando con los coleccionistas y sabía bien cuál era el proceso a seguir para gestionar los envíos, la interminable lista de documentos y formularios que había que completar por cada obra que otros museos o coleccionistas privados cedían para la exposición. No era preciso acunarla, ni supervisarla, ni darle instrucciones. Más que una voluntaria, era una compañera, no como los escasos voluntarios de arte europeo que en puntuales ocasiones trabajaron con Gabriel Hayes: recién salidos de la licenciatura y a menudo estudiantes de maestría o doctorado, que buscaban llenar sus currículums con una línea de texto altisonante. A ellos había que vigilarlos, enmendar sus meteduras de pata, tomarse el tiempo de adiestrarlos. Emma Reed era la única voluntaria en la sección de Renacimiento y Barroco, frente a los once o doce que siempre pululaban por las oficinas de arte contemporáneo, y los siete de la sección de arte precolombino y nativo americano. Después de todo, América siempre mira a Europa con cierto recelo, y los americanos con frecuencia consideran el interés en Europa como una traición a su patriotismo. Emma pasaba casi todo el día en la oficina de Hayes, y se les solía ver juntos compartiendo el almuerzo en la cafetería del museo, mientras refinaban sus ideas para la exhibición.

En aquella semana, Emma Reed llegó a conocer más de Gabriel Hayes que en sus casi dos meses y medio con Jared. El bonachón de Hayes compartía su vida con naturalidad y con gracia, riéndose de sí mismo y prestándose a las bromas:

– Demonios, este fin de semana tengo que asistir a la boda de mi excuñado en un esnob hotel de Marina Bay. Solo de imaginar que tengo que saludarla, me dan arcadas, no puedo evitarlo – bromeaba Gabriel, apurando su café.

Emma Reed se rió.

– Deberías ir con una acompañante. Oye, busca en Tinder, en serio – le sugirió Emma, burlándose de él – Una chica con buena figura y un vestido de infarto.

– ¿En Tinder? – arqueó una ceja el interesante curador.

– La tienda de ligues – se rió Emma, tecleando en su portátil, sin levantar sus ojos – Tengo un amigo en Chicago que solía decir que Tinder es que como un Amazon de maduritos desesperados en el que siempre hay rebajas.

– Eso no es muy alentador. ¿No has visto esos memes donde se compara lo que pediste por Amazon con lo que recibiste? – se reía – A esto he llegado. Qué triste es ser un hombre maduro con algo de educación en este país.

No cayó en la tentación de invitar a Emma, aunque ella le había contado que su marido estaba en Washington, ocupado en un proyecto de su empresa. Tampoco sabía que Emma Reed iba a reunirse con él. Ni siquiera como amigos esa invitación hubiese sido apropiada, a una semana de haberse conocido. Iba a darle una impresión equivocada de él. Sugerir (incluso si era por mero accidente) a una recién casada con un millonario que él estaba interesado en ella estaba muy fuera de sus planes. Además, intentar competir con un hombre como Jared Whiteman era ridículo. Lo suyo con Emma iba a ser platónico. Si acaso una buena amistad, colaboración, compañerismo. Gabriel Hayes sabía bien el lugar que le correspondía y era un hombre educado, no dado a la vulgaridad donjuanesca de flirtear con una voluntaria. Eso le podía costar su puesto de trabajo.

Simplemente sentía curiosidad por aquella brillante mujer, con la que podía hablar de los temas que siempre le habían apasionado y que ninguna con las que había salido podía soñar con comprender.

– Cuántas posibilidades crees tú que tiene un doctorado en arte y curador de un museo de encontrar a una mujer en Tinder con la que pueda mantener una conversación – se quejó Gabriel.

– No sé... un número cercano a cero – le recordó Emma, arrugando graciosamente la nariz.

Emma Reed recogió las carpetas y las dejó sobre la mesa de Hayes.

– Oye, avísame si te responden del Fine Arts Museum Basel. Si no nos ceden el Figino, creo que me voy a tirar por un acantilado – le dijo Emma Reed, bajando el tono de su voz en esa última parte, como si estuviese compartiendo una confidencia. Se había pasado tres días negociando con el director del museo suizo.

– Me tirarán a mí primero – la aseguró Gabriel – Caerás sobre mi cuerpo despachurrado.

– Eso no es muy agradable – se rió.

Emma había encajado a la perfección con Hayes porque era la versión hetero y pulida de Terry Miller, su mejor amigo en Chicago. No era procaz y descarado como Terry, pero en él había un encanto amable, inofensivo, que invitaba a confiar, a ser una misma, sin tener que fingir seriedad, profesionalismo. Emma Reed se sentía cómoda con él, aunque era cuidadosa con su vida privada, para no tener que responder preguntas difíciles sobre Jared Whiteman y las circunstancias de su matrimonio. Se limitaba a la información básica y estereotípica: lo contenta que estaba de estar en Boston y lo mucho que echaba de menos a su marido, intentando transpirar el entusiasmo de una enamorada en plena luna de miel.

En muchas ocasiones, para un observador atento como Gabriel Hayes, no sonaba convincente. Él notó que Emma Whiteman no parecía del todo feliz. Hablaba poco sobre su vida matrimonial. Apenas recibía mensajes, ni llamadas. Le notó cierta melancolía en los ojos que Emma Reed trataba de disipar con una sonrisa poco creíble. Estos misterios aún espoleaban más el interés de Hayes, así como sus instintos protectores.

Se había ofrecido a compartir su coche, dejándola a la puerta de su casa en Commonwealth Avenue a las cinco y veinte, de camino a su apartamento en East Somerville, en la parte norte del río Charles. Gabriel Hayes estaba ya de pie, con su chaqueta doblada en el brazo, mientras Emma recogía su bolso.

A Emma Reed le daba seguridad tener amigos fuera del círculo de Jared y de su empresa. Hacerse más independiente. Tener un espacio propio en el que su inflexible marido no tuviese el control, sino ella.

– Los jueves nos reunimos en un bar del centro para la hora feliz. De cinco y media a siete. Los despojos divorciados sin nadie que nos espere en casa nos quedamos hasta más tarde – le ofreció Gabriel – Somos aburridos y solemos hablar de trabajo, así que no sé qué decir para que suene un poco mejor de lo que es.

– ¿Buena cerveza?

– Eso sí.

– ¿Risas?

– Eso también.

– Parece un buen plan. Tal vez la semana que viene – resolvió Emma Reed.

Cuando bajó del coche, frente a la casa de Jared Whiteman, se inclinó para saludarlo con la mano:

– ¡Hasta el lunes! Y suerte con esa boda.

Él le devolvió el saludo desde el coche, con una mueca de fingida angustia ante aquel recordatorio. Cortés, se esperó hasta que ella atravesó la verja del pequeño jardín delantero.

Capítulo 12

Las pequeñas manos de Maddie estaban asidas a dos barrotes de la verja, y ella tenía su carita encajada entre ambos, mirando con fascinación al elefante. Estaba a punto de echarse a llover. Emma Reed miró al cielo encapotado, sobre el Smithsonian's National Zoo de Washington, mientras sus dedos acariciaban con amor el fino pelo de su hija.

– Cariño, será mejor que nos vayamos – dijo Emma, con suavidad.

Maddie la miró desde abajo, con los ojos brillantes:

– Un poquito más... – le pidió, flexionando un poco las rodillas, varias veces, para dar saltitos de protesta.

Emma sonrió, y cruzó los brazos sobre su pecho, sintiendo algo de frío.

Habían llegado el día anterior y se habían instalado en la suite de dos habitaciones y sala de estar, en el Sofitel, cerca de Lafayette Square y la Casa Blanca. Él estuvo reunido con su comité ejecutivo y su grupo de trabajo hasta las ocho, así que las chicas habían cenado solas en un restaurante del centro. Cuando él llegó a la habitación, Emma estaba secándole el pelo a Maddie, que ya estaba casi lista para irse a dormir. También Emma se había duchado. Tenía el pelo húmedo y solo llevaba el esponjoso albornoz blanco del hotel. Con el ruido del secador, no lo oyó entrar a la suite, y solo notó su presencia cuando lo vio reflejado en el espejo, mirándolas desde el umbral, mientras ellas charlaban sobre los planes del día siguiente. Tenía el hombro apoyado en el marco, con las manos en los bolsillos. En su cara se leía todo el cansancio de las últimas semanas, aunque los ojos le brillaban, feliz de tener a las chicas con él después de diez días sin verlas fuera de una pantalla.

Emma le sonrió a través del espejo y paró el secador, llamando la atención de Maddie sobre su padre.

– Anda, mira quién está aquí.

Cuando Maddie se volvió, Jared sacó las manos de sus bolsillos y se agachó, para recibirla en sus brazos, presionándole sus paternales besos por toda la cara.

– Quién es esta niña fea... – bromeaba entre sus besos, como solía, poniéndose de pie con ella en brazos.

Maddie se rió, y le plantó un beso en los labios, con las manos sobre las mejillas de su padre.

– ¡Tú eres el papá feo!

– Has crecido – le decía Jared, fingiendo una exagerada sorpresa – ¿Vas ya a la universidad?

– ¡Noooo! – se reía Maddie – ¡Voy a pre-escolar, papi! Cuando tenga siete años iré a la universidad...

Emma Reed los observaba con una suave sonrisa en los labios, sin atreverse a acercarse a su marido. Fue él quien se llegó despacio, con la niña, y se inclinó para darle un beso a su deliciosa mujer. Se paró, perdido en sus ojos verdes azulados, mientras Maddie le contaba con excitación que al día siguiente Emma le había prometido llevarla al zoológico. Respondía mecánico, sonriendo de cuando en cuando, fingiendo asombro ante los anuncios de su hija. Estaba sumido en los ojos de Emma Reed, mirándola con una mezcla de orgullo y de dicha por tenerla con él. A Emma se le aceleró el pulso.

Después de aquella extraña conversación telefónica, Emma se había prometido permanecer lo más desapasionada posible, y lo había conseguido durante toda la semana, ocupada en el museo, sin querer pensar demasiado qué significaba lo que Jared Whiteman le había dicho. Quería hablar, eso había dicho él, y ella temía otra hiriente discusión en la que volviese a recordarle que estaba

comportándose como una niña malcriada, haciéndose estúpidas ilusiones, formándose una idea equivocada de lo que ella significaba en su ocupada vida. Que todo iba mejor entre ellos cuando Emma dejaba de pensar y se limitaba a abrirse de piernas, sin preocuparse por lo que había fuera, en ese otro universo llamado Whiteman Incorporated que ella no podía, ni debía, controlar. Y Emma se había pasado toda la semana “reparándose”, ajustando las piezas de su corazón: casi llegó a convencerse de que él tenía razón y que lo que ella tenía que hacer era dejarse llevar. Aferrarse a Maddie, a su trabajo en el museo. Construir una rutina. Acostumbrarse. Y sin embargo, en cuanto lo tuvo delante, la presencia de Jared Whiteman volvió a convertirla en una adolescente asustadiza. Emma Reed se puso de puntillas y le dio un aséptico y protocolario beso, antes de retirarse, con una eficiente prisa, a recoger la ropa de Maddie y ocupar su mente doblándola y guardándola en un cajón. El corazón le latía fuerte y las manos le temblaban. Podía sentir los ojos marrones de Jared, estudiándola, mientras seguía la conversación de la niña un tanto distraído. Se sentía desnuda, como si no llevase nada puesto encima, y sus ojos estuvieran acariciando su piel.

Despacio, él puso a Maddie de pie sobre la cama y la dejó saltando allí. Ella le contaba que en su clase preparaban una función de fin de curso y que ella iba a ser una abeja. Se puso a corretear por la cama emitiendo un zumbido. Jared sonrió y se quitó la corbata, deshaciéndose el nudo. La tiró con descuido sobre un sillón. Inspiró despacio, con la cabeza ladeada y sus ojos marrones aún fijos en su esposa. Emma estaba a un metro de él y, sin embargo, parecía difícil de alcanzar.

– Tú y yo tenemos una conversación pendiente – le susurró, con severidad.

Ella se limitó a inspirar aire y a mirarlo, con una sonrisa un tanto forzada.

– Hoy no. Es tarde – propuso ella – Se te ve agotado.

Metiendo un dedo en el cinturón de su albornoz, Jared la atrajo despacio hacia él. Emma Reed se dejó arrastrar, aunque a regañadientes. Una ola de sofoco le recorrió el cuerpo cuando él la estrechó entre sus brazos y la besó, mordiciéndole los labios con los suyos, su húmeda lengua penetrándole la boca y enredándose en la suya, con lentitud. Emma Reed se entregó a ese beso con cautela. Sus manos plantadas en los antebrazos de su marido indicaban que no quería que su cuerpo acabase de participar en aquel íntimo contacto con Jared Whiteman.

Cuando él separó sus labios de ella, presionó su frente a la de su esposa, con los ojos cerrados, invadido por un sofocante deseo. Tenía las manos aferradas a su cintura, territorial. La miró a los ojos, como si fuese a susurrarle algo importante. Algo que no se atrevía a decir.

Y entonces Maddie presionó el botón del mando y conectó la televisión. El dichoso aparato rasgó el silencio pausado entre ellos con su ensordecedor volumen. Emma Reed se sobresaltó y huyó de sus brazos para apresurarse hacia Maddie, cogiéndole el mando y presionando el botón para corregir el volumen, mientras la regañaba:

– Cariño... se acabó la tele. Nos vamos para tu cama y te leo un cuento mientras papá se da una ducha.

Maddie se quejó, gimoteando, resistiéndose a que Emma Reed la cogiese en brazos.

– Eh – intervino Jared, llamándole la atención a la niña – Haz caso a Emma.

Como siempre que usaba ese tono firme, Maddie se apaciguó, aunque aún seguía quejándose:

– Es temprano. Quiero ver la tele y estar con papá – protestaba, dejándose por fin agarrar por Emma.

Con las cejas arrugadas, Maddie apoyó la cabeza en el hombro de Emma, enojada con su padre por reñirla, escondiendo su cara en el cuello de la que ella creía su madrastra. Jared gruñó molesto, al verla reaccionar así.

– Está cansada del viaje – susurró Emma para disculparla, viéndolo acariciarle la espalda a la

niña.

Jared Whiteman asintió, dejándolas ir, empezando a desabrocharse la camisa para meterse en el baño. Cuando regresó, después de dejar dormida a Maddie, a Emma la enterneció verlo dormido sobre la cama, boca abajo, con solo el pantalón del pijama.

Las primeras gotas de lluvia de aquella mañana gris de Washington, sacaron a Emma Reed de sus pensamientos. Apretó sus dedos alrededor del vaso de café de plástico, dándose calor. Con su mano libre, le cubrió a la niña la cabeza con la capucha de su chubasquero.

– Venga, Maddie, nos va a llover encima – la peque por fin accedió, dando un resoplido de fastidio y haciendo una mueca.

Capítulo 13

– Nos ceden el Figino. Enhorabuena – le anunció por teléfono Gabriel.

Emma abrió la boca y los ojos, sorprendida, y se echó a reír, aliviada:

– Menos mal... y gracias. Han sido difíciles de convencer – se quejó Emma.

Maddie y ella iban en el ascensor, de vuelta a la suite de Jared. Emma tocó el pelo de Maddie, y la ayudó con su mano libre a quitarse el empapado chubasquero.

– Ya... bueno. Han sucumbido a tus amenazas – la halagó, afable – Has hecho un buen trabajo. Me encargaré de que Violet sepa que fuiste tú.

Emma Reed sonrió con orgullo.

– Oye... ¿y tu boda? Veo que has sobrevivido – bromeó Emma.

– No, no he sobrevivido. Estoy muerto. Te estoy llamando desde al más allá – respondió Gabriel, haciéndola reír.

Sonó el “ding” del ascensor al llegar a la planta, y Emma le cogió la mano a Maddie para salir al pasillo.

– Emma, el elefante se comió una sandía entera, ¿lo viste? – le decía la niña, ajena a la conversación de los adultos, excitada por su visita al Smithsonian.

– Sí, cariño – le respondió Emma, retirando un poco el teléfono.

– Bueno, te dejo. Si te aburres luego, o mañana, llámame y te doy más detalles sobre cómo morí – le dijo Gabriel, ufano.

Emma estaba buscando en su bolso la tarjeta para abrir la puerta, riéndose de las ocurrencias de Gabriel Hayes.

– Vale. Seguro que la escena fue sangrienta y muy dolorosa. Me encantará oírlo.

– ¡Eh, soy tu jefe! – se quejó Gabriel.

Y entonces se abrió la puerta de la suite.

Allí, justo frente a Emma, apareció Rachel Parker, abrazando unas carpetas de cartulina contra su pecho, apoyadas en su cintura. Tenía una sonrisa falsa pintada en el rostro. Emma Reed se quedó atónita, a media respiración. Sus ojos dirigieron una fugaz mirada a los números dorados sobre la puerta, creyendo que tal vez se había confundido de habitación. No, era la de Jared Whiteman. Sin quererlo, la expresión de su cara se ensombreció.

– Luego... luego hablamos, Gabriel – titubeó, frunciendo el ceño, y miró la pantalla para presionar el botón rojo.

– Hola, Maddie – saludó Rachel a la niña, con una voz exageradamente entusiasta, sosteniendo la puerta para que ellas pasasen.

Con un rápido “Hola, Srta. Parker”, Maddie ya corría dentro de la habitación, buscando los brazos de su papá, pero Emma Reed entró vacilante, sin quitarle los ojos de encima a Rachel, luego a Jared, que tenía ya a Maddie en brazos y escuchaba sus historias sobre el zoo.

– Ya me iba – le dijo Rachel, en voz baja, a modo de disculpa – Me alegra verla de nuevo, Sra. Whiteman.

A Emma le pareció percibir cierto tono sarcástico en la forma de dirigirse a ella. Los dientes blancos y perfectos de Rachel brillaron un segundo, y la estela de esa sonrisa, a medias complaciente y a medias triunfal, se le quedó pegada en la comisura de los labios. Sus ojos atlánticos brillaban con malicia. Entendió que Emma Reed sospechaba de ellos y alentar sus celos le pareció un desafío demasiado jugoso para dejarlo pasar. Se aclaró la garganta, tocándose el pelo como si estuviese asegurándose de que nada en su aspecto delataba lo que quiera que hubiese

ocurrido en aquella habitación, fingiendo incomodidad y volviendo la cabeza para mirar a Jared, con un simulado azoramiento, perfectamente calculado y medido para incitar las sospechas de la Sra. Whiteman. Llevaba una falda de tubo gris, con finas rallas beige, destacándole las curvas de sus vertiginosas caderas, y una camisa negra, ligeramente transparente, que mostraba, sensual, un sujetador negro, abrazando sus pechos redondeados y erguidos. Su pelo suelto, de un rubio oscuro, le enmarcaba un rostro fresco, sin demasiado maquillaje.

Ajeno a la tensión, Jared se entretenía celebrando con expresiones de sorpresa las noticias sobre el panda, los leones, las jirafas y el elefante.

– ¿Se iba usted, Srta. Parker? – le recordó Emma Reed, gélida, ladeando un poco la cabeza.

Eso era lo primero que había articulado. Ni siquiera la había saludado con un “Hola” de cortesía. Se dio cuenta de su rudeza, pero no trató de subsanarla. Colgó el chubasquero de Maddie en el perchero.

– Todo suyo – le susurró Rachel, con una sonrisa que pareció el flash de una cámara.

Satisfecha con sus travesuras, disfrutó al ver a Emma Reed entrecerrar sus ojos verdes azulados, molesta por aquel comentario. A Emma le pareció que Rachel Parker soltaba una pequeña risita al traspasar el umbral y cerrar tras de sí. Puso los brazos en jarras un segundo, apretando la mandíbula, con los ojos fijos en la puerta, y después se quitó el bolso y lo puso sobre una silla.

Dejó caer el móvil sobre él. Aún tenía el entrecejo arrugado. En su mente, empezaron a fulgurar escenas varias de Jared, revolcándose en la cama con Rachel Parker, teniendo sexo con ella sobre la mesa donde parecía que habían estado trabajando. Sobre el sofá. Se entremetió el pelo húmedo tras la oreja y se quitó la gabardina.

Trató de disimular su desazón ante Jared, cuando él se acercó con la niña y le besó la frente.

– Estáis empapadas – observó.

Emma Reed sonrió, sin que sus pupilas se encontraran con las de su marido.

– Sí... Déjame cambiarle la ropa y secarla antes de que coja un resfriado – propuso Emma, quitándole a la niña de los brazos.

Entonces Jared Whiteman notó lo que ocurría, aunque Emma Reed no le dejó demasiado margen para preguntar nada. Con una sonrisa artificial, se puso a conversar con Maddie y se la llevó con prisa. Él se quedó mirándola desaparecer dentro de la habitación, inhalando despacio.

Preguntándose si Emma Reed se atrevería a sacar el tema otra vez.

Capítulo 14

Había tratado de zafarse de aquella imprevista cena, sin éxito. Así que estaba maquillándose de mal humor, frente al espejo del baño de lujo, embutida en un vestido azul cerúleo que Liam Davies le había comprado en la boutique del hotel. Oía a Jared hablar por teléfono en la habitación, frente a la ventana.

No quería salir. Empezaba a sentir escalofríos. Seguramente se había enfriado con la lluvia.

Mucho menos quería volver a encontrarse con Rachel. Su hija estaba en la otra habitación, con una niñera de agencia que no le daba mucha confianza. Se estaba volviendo protectora con Maddie, y hubiese preferido quedarse en la habitación con la niña, en lugar de acompañar a Jared Whiteman a una cena con sus ejecutivos y los asesores de la Casa Blanca. Iba a sentirse fuera de lugar, como siempre. Grayson había volado a Boston ese fin de semana, para ver a Laurie y a los niños, así que no iba a tener a nadie con quien charlar.

“Es mi turno de morir”, le había enviado a Gabriel Hayes desde el baño a través de Telegram. “Justicia poética. ¿Cómo va a ser?”, bromeó él. “De aburrimiento: una cena de negocios con mi marido y sus ejecutivos”, contestó ella.

No quería tener otra discusión, así que estaba haciendo lo posible por disimular su inquietud sobre Rachel Parker y su fastidio con aquella dichosa cena.

Lo más ofuscante era su encanto. Su destreza en las más finas formas de coqueteo. Sabía cómo atraer la atención sobre sus labios, humedeciéndoselos con la punta de la lengua antes de beber distraídamente de su copa, fingiendo una naturalidad exquisita. Emma contemplaba a Rachel Parker en silencio, al otro lado de la mesa. Jared, con una mano sobre el respaldo de su silla, la tocaba con sus dedos de cuando en cuando, y ella lo miraba, iluminando su rostro con una sonrisa. No habló mucho y se limitó a asentir y a sonreír, educada. Nadie parecía tener interés en ella y, después de las preguntas de cortesía sobre su ocupación, sobre sus intereses por el arte europeo, Emma Reed se volvió gris, casi invisible, si no es porque el afectuoso tacto de su marido le recordaba que seguía habitando la misma realidad que aquellos ejecutivos, enfrascados en sus conversaciones sobre márgenes de ganancias y productos de software. El asesor de la Casa Blanca, un militar al servicio del Estado Mayor, había venido con su traje oficial y sus condecoraciones brillaban bajo la tenue luz de las bombillas. Otro funcionario del gobierno lo acompañaba. Un hombre menudo, con unas cejas pobladas, y un bigote demasiado espeso sobre sus finos labios. En la mesa había otros ejecutivos de Whiteman Inc. que le estrecharon la mano al llegar ellos al restaurante, pero Emma tenía dificultades para recordar sus nombres. Uno de ellos era un muchacho joven, afable, que reía con gracia y enlazaba bromas con soltura.

Junto al asesor del presidente, Rachel desplegaba sus encantos. Cada vez que la veía sonreír, dirigiéndole alguna mirada traviesa a ella o a Jared, Emma se tensaba. Habló poco, tratando de ser discreta y de no robar protagonismo a los ejecutivos, pero fue capaz de hacer reír en alguna ocasión a los asistentes con sus sutiles bromas sobre la situación política.

Y entonces ocurrió algo que descolocó por completo a Emma Reed. Se había disculpado para ir un momento al baño, y se quedó allí unos minutos, lavándose las manos, repasándose el maquillaje con lentitud, cuando la puerta se abrió y apareció Rachel, estirándose una de sus sonrisas falsas sobre los labios. Las manos de Emma se aceleraron instantáneamente, acabando de pintarse los labios, cerrando la barra y guardándola dentro del bolso, dispuesta a irse cuanto antes.

– Qué aburridas deben resultarle estas cenas de negocios – le dijo Rachel, con una enlatada

amabilidad – Lo cierto es que no sé muy bien por qué Jared insiste en traerla.

Se miraba al espejo, tocándose el pelo sobre la línea de su frente. Emma guardó silencio, mientras cerraba su pequeño bolso y se lo colocaba sobre el hombro, indicando que iba a marcharse.

– Creo que le divierte vernos celosas a las dos – le lanzó Rachel Parker, sus ojos estudiando la reacción de Emma en su reflejo – Tal vez debiéramos ser amigas y decepcionarlo – continuó, haciendo una graciosa mueca de complicidad – Ya sabe, compartir confidencias sobre lo bien que nos folla – soltó una pequeña carcajada.

A Emma le dio un salto el estómago al escucharla. Frunció el ceño y empujó sus pies para dirigirse a la puerta del baño. Huir de aquella hiriente conversación.

– Oh, vamos... – sonrió Rachel Parker, con complacencia – Dejémos de hipocresías. Las dos sabemos cómo funciona el mundo para Jared, ¿no? – encogió un hombro.

Rachel se había vuelto para mirarla y tenía una cadera apoyada contra la piedra de los lavabos, su torso erguido y sus perfectos pechos alzados, con orgullo y seguridad. Había arqueado una ceja al acabar su frase. En sus ojos azules brillaba una sonrisa. Emma estaba a medio camino hacia la puerta de salida, y se detuvo. Hizo acopio de todo su valor para decirle, volviéndose para mirarla:

– Él me contó que había terminado contigo. ¿Me mintió él o mientes tú? – sonó decidida, a pesar de que estaba temblando.

– Qué tierno... A mí me contó que tú estabas celosa y me pidió que fuese discreta, pero somos adultas, ¿no? – dijo Rachel Parker, ladeando apenas la cabeza y entrecerrando los ojos un segundo, mientras sus labios se extendían en una pequeña, casi imperceptible sonrisa – Está claro que la fidelidad no es su punto fuerte. Deberías sentirte orgullosa de que al menos esta vez lo haya intentado un par de semanas.

Exhaló una sonrisa y se volvió hacia el espejo para atusarse el pelo y comprobar su lápiz de labios, como si hubiera perdido el interés en Emma de repente, dando por concluida la conversación.

Emma fue incapaz de articular palabra. Tragó saliva, con los ojos clavados en aquella mujer, tratando de leer su indescifrable rostro. Rachel estaba tranquila, como si nada pudiese sorprenderla cuando se trataba de Jared Whiteman. Emma continuó su paso hacia la puerta del baño, y salió, con los brazos cruzados sobre su pecho. Le dolía.

Capítulo 15

No quería discutir. Emma sabía lo que Jared iba a decirle. Que no era su asunto y que le hastiaban sus celos. Lo cierto es que ella se sentía como una idiota por llegar a imaginar que Jared Whiteman iba a enamorarse. Aquellos felices días, tras la boda, no habían sido más que un espejismo. Cuando Emma pensaba en ellos con detalle, se daba cuenta de que en realidad no había sido más que sexo. Jared había estado disfrutando de su juguete, eso era todo. Y ahora, según las insinuaciones de Rachel, Jared Whiteman había vuelto a cualquiera que fuese su rutina sexual con ella. Se había acabado la excitación de la novedad. Emma y él tenían poco en común: apenas podían hablar de otra cosa que no fuese la niña, su vida juntos, la familia de Jared. Él era cauto con la información de su empresa y aún no se sentía cómodo hablando de asuntos demasiado personales con Emma. ¿Qué clase de conversaciones tendría con Rachel en esos momentos íntimos?, se preguntaba Emma Reed en aquel taxi. Seguramente él sería más hablador, comentarían el trabajo de sus programadores, las estrategias de marketing, los resultados de sus reuniones con sus clientes. Se reirían de los incidentes diarios en la oficina, donde ambos pasaban la mayor parte de su tiempo. Qué le quedaba a Emma: recibirlo por la noche, cenar con su hija, tenderse en la cama de Maddie con él antes de que ella se durmiese. Dormir abrazados cuando él estaba exhausto, o hacer el amor cuando él quería. Tres o cuatro horas a lo sumo. No podía competir con Rachel: ni con su conversación, ni con sus volúmenes, ni con su evidente atrevimiento sexual. Se sentía humillada, frustrada y avergonzada por negarse a entender lo estéril de sus esfuerzos con Jared.

Estos pensamientos la mantuvieron callada todo el trayecto en taxi, de vuelta al hotel, con una expresión dura estampada en el rostro. Jared lo supo enseguida, en cuanto la vio ensimismada, mirando por la ventanilla, con el ceño fruncido. Había estado así toda la tarde, desde que llegó del zoológico con Maddie y se cruzó con Rachel. En la cena había hecho lo posible por parecer afable, pero estaba incómoda.

– ¿Vas a seguir así toda la noche? – le susurró en el taxi.

Estaba molesto. Emma le ofreció una sonrisa hueca, inexpresiva, y se excusó diciendo:

– Lo siento, creo que me he resfriado. Tengo escalofríos.

– Le pediré a Liam que te compre algo en la farmacia.

– No... no, por favor. Es tarde, no lo molestes. Seguro que estaré bien mañana.

Jared Whiteman, le acarició la mejilla. La dureza de sus ojos contrastaba con el delicado toque de sus yemas.

– No te vas a librar de nuestra conversación esta noche – le advirtió, en un murmullo.

El nerviosismo de Emma crecía a cada paso que daban sobre aquel largo corredor, con el suelo de una mullida moqueta que ahogaba el repiqueteo de sus tacones. Jared la guiaba, cortés, con su mano en el hueco de su espalda, sobre el cinturón de su abrigo beige, que él le ayudó a quitarse en la suite. Despidió a la niñera en la sala, con amabilidad, mientras Emma se acercó a la cama de Maddie, le acarició la frente, y le apagó la lámpara de la mesilla, después de meterle un bracito bajo la colcha.

Se quedó allí de pie un momento más, pensando, mientras se soltaba el pelo, masajeándose el cuero cabelludo. Se quitó los zapatos para no despertar a Maddie al salir y cruzó la sala con ellos en una mano, y las horquillas del pelo en la otra.

Encontró a Jared en el baño, con el pijama puesto y cepillándose los dientes. Estaba al teléfono con Grayson, escuchándolo darle noticias sobre los últimos avances del equipo en la

programación del software. Al verla llegar, se apresuró a enjuagarse y le cedió el baño, continuando su conversación junto a la ventana del dormitorio.

– He oído que tienes a Emma ahí. Mejor cortamos para que puedas echar un polvo. O dos. Seguro que el equipo lo agradece el lunes.

– Muy gracioso – contestó Jared, inhalando, con la frente arrugada – Dale un beso a Laurie.

Capítulo 16

Emma no tardó en salir, con su femenino camisón negro bajo una bata negra de raso que se entretuvo en anudarse a la cintura, para evadir los ojos de Jared. Se había desmaquillado y tenía la cara fresca, mostrando sus mejillas rosadas. Él la observaba, de pie junto al ventanal. No tardó en acercarse, despacio, hasta estar a apenas unos centímetros de su cuerpo, y le cogió las manos, entrelazando sus dedos a los de su esposa, sin dejar de asediarla con sus ojos marrones.

– No quiero discutir – susurró Emma, entrecortadamente, cohibida por la forma en que él la estaba mirando. Por su cuerpo, masculino, dominador.

– Tampoco yo, pero tenemos que solucionar esto. Llevas casi dos semanas rehuyéndome – murmuró él, tratando de ser conciliador, aunque en sus palabras había un áspero reproche.

– Estoy haciéndolo lo mejor que puedo – dijo Emma, entristecida, cerrando los ojos y exhalando. Estaba a punto de echarse a llorar y le quemaban los párpados. Jared le robó un beso mientras ella tenía los ojos cerrados, luego otro, sosteniéndole las manos detrás, contra su baja espalda, impidiéndole escapar de él.

– Me vas a romper el corazón – añadió Emma, entre sus besos.

Jared exhaló una sonrisa de frustración, de incredulidad, y detuvo sus besos para que Emma abriese sus ojos y lo mirase. Ella lo hizo a regañadientes, ruborizada al confesar sus miedos, al revelar lo vulnerable que se sentía con él. Agitó la cabeza a uno y otro lado, confusa.

– Yo no estoy acostumbrada a estas relaciones abiertas... complicadas. No puedo evitar estar celosa...

– ¿Relaciones abiertas? – repitió Jared, sin entender – ¿De qué estamos hablando? – arrugó la frente con una sonrisa de genuina sorpresa y desconcierto.

Emma contuvo la respiración, considerando si era cauto decirle lo que había ocurrido en el restaurante.

– Rachel me ha... me ha... – no le salían las palabras y acabó por aclararse la garganta, desistiendo. Él la miraba fijamente, sin darle cuartel, esperando a que se explicase – Esta tarde estaba aquí contigo y...

– Me exaspera que no confíes en mí – la cortó él, subiendo el tono de su voz, irritado por sus acusaciones – Emma, no hay nada entre Rachel y yo – le aseguraba. Hizo una pausa para exhalar, frustrado – Tal vez deberías empezar a concederme un poco... solo un poco de crédito. ¿De verdad me crees tan estúpido como para revolcarme con ella aquí, expuesto a que entres con la niña? Ella tiene una suite en este mismo pasillo. Si quisiese acostarme con ella, ¿no te parece más sensato que fuese a su habitación? – Jared no pudo evitar soltar una carcajada de asombro ante las sospechas de Emma Reed.

Avergonzada, Emma escondió su cara en el pecho de Jared para que no viese su desesperación al imaginarlo visitándola por las noches, rodar sobre su cama, con su cuerpo enlazado al de Rachel.

– Despidela, por favor – rogó Emma, con dolor.

– ¿Qué? – se rió Jared, incrédulo.

Una parte de él estaba embriagado por los miedos de Emma Reed, excitado de saber que no se atrevía a confesarle que estaba enamorada, que quería ser la única en su vida. Le soltó las manos tras la espalda, para sostenerle la cara entre sus dedos, con los pulgares bajo su barbilla, obligándola a aceptar sus besos, con sus caderas aprisionando las de Emma contra un mueble.

– Quiero que la despidas – decía Emma contra los labios de su marido, sintiendo sus lágrimas desprenderse del rabillo de sus ojos.

A Jared Whiteman le pareció que su corazón iba a saltarle del pecho, escuchándola rogar así, temblando, con lágrimas en los ojos.

– En mitad de este proyecto. Exponiéndome a una inevitable demanda por despido improcedente o por acoso – resumió él en un susurro – No puedo ahora, Emma. Vas a tener que confiar en mí. Emma Reed gruñó, cerrando los ojos. Estaba mortificada de llorar frente a él, de mostrarle tan claramente lo mucho que sentía. Que estaba colada hasta los huesos del hombre que la había contratado como esposa.

– Déjame explicarte algo – le dijo Jared, besándole uno de sus húmedos párpados – Anda, mírame.

Emma abrió los ojos, aterrada. Se imaginó que iba a decirle lo que ella odiaba recordar: el contrato. Sus obligaciones. Esta era la primera vez en su vida que Jared Whiteman estaba así de estremecido, con las manos temblándole de emoción, el corazón batiéndole dentro del pecho. Una fina capa de sudor en la línea de sus pelo, sobre su nuca.

– Me estoy enamorando de ti – confesó él, para la sorpresa de su guapa esposa.

A Emma se le atragantó el aire en la garganta, y le fallaron las rodillas. Por suerte, él la agarró por la cintura, apretándola en sus brazos.

– En realidad, lo que quiero decir es que estoy enamorado de ti – le dijo él, sonriéndole con sus ojos, deleitándose en el poder que tenía sobre ella – Te quiero – le susurró en voz baja.

Emma abrió los labios como si fuese a decir algo, pero no pudo articular ni una sola palabra. Lo único que salió de su garganta fue un gruñido, seguido de un resoplido de asombro, con la expresión paralizada.

– ¿Qué? – preguntó al fin, como si no hubiese escuchado bien.

– Que te quiero – repitió él, espaciándose, un poco más alto el volumen de su masculina voz, para que Emma lo oyese.

– ¿Bromeas? – dijo Emma, con una mezcla de miedo y de incredulidad suspendida en el rostro.

– ¿A ti te parece que estoy bromeando? – dijo él en un susurro, robándole un beso.

Sonrió, arrugando gracioso la frente, mientras la miraba con ternura. Sus ojos se detuvieron un segundo en los deseables labios de su mujer. Emma Reed sentía los latidos de su corazón en las sienes y se le entrecortó la respiración. Sus ojos verdes lo estudiaban, sin acabar de creerse lo que Jared le estaba diciendo.

– Ahora es el momento en el que dices que tú también me quieres a mí – sugirió él, sonriendo con guasa.

Emma Reed frunció el ceño, aunque estaba sonriendo aturdida, extasiada, nerviosa. Y a punto de entrar en pánico. La última vez que le había dicho eso a alguien acabó en un paritorio, sola.

– Lo de... lo de cortejar a una mujer... ¿no se lo enseñaron a... a usted en esa universidad tan cara? – preguntó Emma.

Estaba acalorada, con las mejillas a punto de arder. Jared Whiteman se rió y empezó a besarla en el cuello, justo debajo de la mandíbula, en cuanto ella echó a hablar, haciéndola perder el hilo.

– Con lo lista que eres y aún no te has enterado de que yo tengo mi propio método – respondió.

Sus ojos marrones sonreían, al separar sus labios de la suave piel de Emma Reed para mirarla.

– Tampoco... tampoco se le da muy bien lo de... dar tiempo – añadió Emma, aún atónita.

Jared Whiteman apretó sus brazos alrededor del blando cuerpo de Emma Reed, posesivo, diciéndole así que era suya.

– No, no se me da bien esperar – admitió Jared.

– No lo entiendo... – insistía ella con dificultades para hablar, zafándose para no decir lo que él le demandaba – Esto es... es... un cambio de plan muy repentino... no lo entien...

Le temblaba la voz. Todo el cuerpo en realidad. No podía hablar de forma coherente por mucho esfuerzo que ponía, sobre todo cuando él la cortó, besándola en la boca, cada vez más excitado.

– Déjame que te lo siga explicando – ofreció Jared Whiteman, irresistiblemente burlón, en un susurro sensual que le quemó los labios a Emma.

Deslizó sus manos despacio sobre el pecho de Jared y enlazó sus brazos alrededor de su cuello, cada vez más calenturienta, gimiendo, derrotada por aquellos besos calientes, húmedos, con los que Jared la asediaba. Podía sentir su erección, presionando sobre su bajo vientre. Le cosquilleaba el sexo, palpitándole, con anticipación. Resopló al sentir una mano de Jared colársele bajo el camisón. Le arrancó las bragas de un tirón despiadado, y a Emma se le aflojaron las rodillas.

– Sigo esperando – le advirtió él.

– Estoy muerta de miedo – confesó ella, con un débil hilo de voz, posponiendo el sincerarse con él.

Apretándola contra sí, Jared hizo que sus pies perdieran el contacto con la moqueta.

– Te obligaré a decírmelo – la amenazó, volviéndose, caminando hacia la cama con ella.

La tendió con delicadeza, sus manos descubriéndole las nalgas y las caderas, alzándole la bata y el camisón, antes de tenderse sobre el lúbrico cuerpo de su esposa. Emma, enloquecida ya de deseo, se desanudó la bata y se escurrió fuera de ella quedándose solo en camisón.

Jared no le dio demasiado tiempo para prepararse, sino que la penetró con su duro falo de un empujón. Emma emitió un pequeño gemido de dolor cuando él le deslizó, inclemente, su duro miembro dentro de la vagina. Un escozor en su entrada, al estirarse su piel para acomodar el orgulloso sexo de Jared. Aquella embestida la hizo arquear la espalda, y él aprovechó para subirle el camisón y sacárselo por la cabeza, mientras sostenía su dura verga en lo más hondo de Emma Reed. Jared respiraba a trompicones mordiéndole los pechos, mientras movía sus caderas, conduciéndola al delirio. Estaba mareada de lujuria y se le escapaban los gemidos de la garganta sin que ella pudiese hacer nada para contenerlos.

Le susurraba al oído que la quería mientras se la follaba. Al principio más despacio, subyugándola como solía, atizando el ardor de su mujer con sus labios, que algunas veces él le negaba cuando ella los buscaba, para aumentar su sed. Con la tiranía de sus viriles caderas, arremetiendo contra su ingle con una mezcla de ternura y dominación, la humedecía hasta sentir sus jugos empaparle los testículos. Ella buscaba sus labios y lo devoraba, calenturienta, sin poder hablar, extasiada por el deseo.

Jared aumentó el ritmo, jugando a castigarla. Flexionó una rodilla, obligándola a abrirse más para él, y le sujetó las manos por encima de su cabeza. Con los ojos cerrados, Emma se mordía los labios, combándose y moviendo sus caderas para enfrentarse a sus empujones, permitiéndole llegar más lejos. A ella le pareció que su verga la atravesaba y le alcanzaba la boca del estómago. Jared no le daba tregua. Retiraba sus caderas más, para serrarla con toda la envergadura de su palpitante polla, desde su rojizo glande hasta la base del pubis. Le dolía. A Emma le dolía porque él tenía una erección espléndida. Estaba chorreando y aún así le escocía el sexo cada vez que él la penetraba de esa forma. Una, otra vez. Y sin embargo, qué placentero era ese dolor. Un dolor que se mezclaba con el placer a cada viril empujón de aquel hombre. Había algo animal en su urgencia y eso la llevaba al delirio. Jared le mordía la barbilla, castigándola.

Emma trató de decirlo, pero la atropelló su orgasmo. Se convulsionó bajo él, ahogándose, apretando los músculos de su vagina para exprimir su miembro.

– Te quiero... te... – exhaló, estremeciéndose bajo su cuerpo mientras él la alimentaba. Explotó al fin, ahogándose en una ola de éxtasis, mientras susurraba – Te quiero... te quiero... te quiero... –

hilvanaba Emma, febril, a cada uno de sus empujones, besándolo mientras se derretía, retorciéndose y agonizando de placer bajo el peso de Jared.

Él la sació con su esperma en cuanto ella consiguió decirlo completo una vez, abandonándose al placer que le proporcionaba la estrechura de su cuerpo. Todo pareció dar vueltas cuando aquella sofocante ola eléctrica de éxtasis barrió a Jared Whiteman, desde el bajo vientre hasta la punta de sus dedos. Le faltaba el aire, chorreando su semen dentro de Emma. Tenía sus dedos tensos, apretando los de su mujer, y una fina capa de sudor le cubría su musculosa espalda. No paró de asediarla hasta que sintió su cuerpo completamente derrotado bajo el suyo. Él también temblaba, tendido sobre ella.

Cuando le soltó las manos, le enmarcó el rostro con sus dedos, acariciándole la mejilla con su pulgar mientras apuraba los últimos besos de aquella locura, sanándola. Ella enredó sus brazos en él, abrazándolo con ternura, correspondiendo a sus besos.

Tenía las mejillas enrojecidas por la excitación. Los labios hinchados. Sonrió como nunca antes, con todo el cuerpo, y Jared abrió los ojos para mirarla, con una dichosa satisfacción, sin lograr apagar su sed del todo, bebiendo de ella.

– No me lo creo... – sonreía Emma, con los ojos cerrados, exhalando – Es que no... qué ha pasado con el frío hombre de negocios con el que me casé hace unas semanas... El que decía que eso del amor era una patochada de Hollywood.

Jared se carcajeó.

– Parece que ese tío estaba equivocado – admitió Jared.

– Es posible que también fuese un poco idiota – bromeó Emma, carcajeándose.

– Yo que tú no iría demasiado lejos por ese camino... – le advirtió Jared, aunque su evidente embargo parecía indicar que estaba de acuerdo con su esposa.

Ella se rió y lo besó por toda la cara, ante el gruñido de protesta de Jared.

Feliz. Así es como se sintió aquella noche entre los brazos de su marido. Por primera vez segura, compartiendo confidencias con él hasta que cayeron rendidos, embriagados de amor.

Capítulo 17

“No sé si voy a poder ir mañana al museo. Creo que me he resfriado”, le escribió a Gabriel Hayes antes de acostarse. Empezó a sentir la congestión nasal y la presión en la frente poco antes de despegar el avión de American Airlines. Para cuando llegó a Boston, ya tenía fiebre.

– Le diré a Davies que te consiga una cita con el médico para mañana – le dijo Jared, al escucharla hablar por teléfono esa noche.

Emma gruñó con desgana, apretándose una mano sobre la frente.

– Solo necesito dormir – contestó para tranquilizarlo.

– Emma, no discutas, por favor – le pidió él.

Se mordió la yema del dedo índice, con una sonrisa, emitiendo un pequeño gemido de emoción al notarlo preocupado por ella.

– Qué... – se rió él al otro lado de la línea.

– Vértigo – resumió Emma.

– Eso es bueno – susurró él, con una sonrisa que ella fue capaz de leer en su rostro, sin verlo siquiera.

Ya tarde, tumbada en la cama de Jared, en Boston, Emma no podía dejar de sonreír como una idiota. Dios... estaba radiante de felicidad, incluso a pesar de tener que sonarse la nariz cada diez minutos. Incluso si le dolía la garganta y tenía los ojos vidriosos por la fiebre. Extasiada, con el corazón acelerado en el pecho, lo recordó en el aeropuerto mientras le repetía una vez más que la amaba. Exhaló con impaciencia, contando los días que restaban para estar con Jared otra vez. Sus dedos, enredándose en un mechón de su cabellera castaña, eran el signo más claro de su inquietud. No podía dormir de la excitación, revisitando en su mente el sabor de los labios de Jared, de su aliento. Sus masculinas manos sobre su cintura. Se volvía sobre un costado y se obligaba a quedarse quieta, a vaciar su mente, pero siempre acababa regresando a los besos de Jared Whiteman.

La alarma del móvil le llegó desde algún punto distante de la realidad, deslizándose despacio en su sueño, desanudándolo con dificultad. Tenía una fuerte congestión nasal y la garganta le pinchaba. Se notó el pelo húmedo de sudor en la nuca y en las sienes. Con dificultad, alargó una mano y palpó sobre la mesita, hasta encontrar el móvil. Las siete. Hora de despertar a Maddie. Paró la alarma y leyó el mensaje de Liam Davies: “Tiene una cita a las diez”, con el nombre de un doctor y la dirección de su consulta. “Gracias, Liam”, respondió y dejó caer el aparato en la cama. Le costó deslizarse fuera de las sábanas y sintió un escalofrío.

– No, no, no... – murmuró, pinchándose el puente de la nariz, con un gemido.

Gripe. El doctor Pierce le recetó antibióticos, analgésicos, agua y descanso. Eloísa fue a Wallgreens a comprarlo todo, y Emma se acurrucó bajo una manta en el sofá, con un té caliente entre las manos. Aquel día y el siguiente se los pasó en una especie de letargo, entre el sueño y la vigilia. Entre la cama y el sofá. Por suerte, la maternal Eloísa la cuidó, manteniendo a la niña alejada para que no se contagiase, llevándola al colegio y distrayéndola en la cocina para que dejase a su madre descansar.

El miércoles, Gabriel Hayes se presentó en la casa y le dejó a Eloísa un ramo de flores, para alegrarle la convalecencia, aunque no quiso molestarla entrando a saludar. Emma Reed se lo agradeció con un mensaje: “Muchas gracias, Gabriel. Eres un buen amigo”. Unos minutos después, Gabriel le respondía: “Ni hablar. Quiero que te recuperes pronto y vengas a echarme una mano con los formularios de las cesiones. Solo soy terriblemente egoísta”. La hizo sonreír.

Capítulo 18

– ¿Y esas flores? – le preguntó extrañado Jared.

Emma estaba tumbada en el sofá, con un aspecto horrible. La nariz enrojecida, los ojos llorosos, pálida y demacrada. Tenía puesta una cardigan amplia de sus tiempos de estudiante de doctorado sobre el pijama. El pelo recogido en un moño anárquico. Con la tablet apoyada en el estómago, el encuadre de la cámara mostraba las flores de Gabriel Hayes en un jarrón de cristal, sobre la mesita. Emma volvió un poco la cabeza para mirarlas y se sonrió, divertida por sus recelos.

– Mi marido no ha tenido tiempo de enviarme un detalle así, pero resulta que tengo más devotos admiradores – bromeó.

Jared inhaló, con una sonrisa incómoda, arqueando las cejas en una expresión de “me has pillado”, mientras se rascaba la nuca, con una mueca.

– ¿Terry? – preguntó y la vio negar con la cabeza – Diane entonces, ¿no? – ella volvió a negar con un “hmm – hmm” – ¿Quién entonces?

– Mi supervisor. Gabriel Hayes – le explicó Emma.

– ¡Ah, tu supervisor! – repitió Jared, arqueando una ceja, con fastidio.

No pudo evitar sonreír, encantada con aquella pequeña muestra de celos por parte de Jared Whiteman. Se rió y fue castigada con un ataque de tos. Él esperó paciente a que pasara.

– Emma, voy a cancelar tu vuelo del viernes. Le pediré a Liam que me reserve uno a mí – resolvió.

Seguía tiernamente preocupado, y a Emma le cosquilleaba el estómago cada vez que daba una muestra de ello.

– Vale – accedió ella.

Había que ser realista. Viajar era lo último que quería hacer en este momento.

– Y eso es porque... ¿estoy enferma o porque estás celoso de mi jefe? – añadió, después de sonarse la nariz en el pañuelo de papel que tenía en la mano.

Jared Whiteman gruñó. Volvió a llenarse los pulmones de aire y arrugó la frente.

– Celoso ni hablar – mintió, avergonzado – A ese jefe tuyo ya le diré yo cuatro cosas cuando me lo presentes.

Emma Reed se derretía.

Capítulo 19

A Emma Reed le saltó el corazón en el pecho cuando recibió el mensaje de su marido: “¿Dónde estás? He venido a despedirme de ti”. Sin quererlo, se le escapó un gemido de entusiasmo y los ojos se le iluminaron con excitación. “En el MFA Sidewalk Cafe”, le indicó ella. Ese lunes era un día soleado y se habían sentado en la terraza del café para tomar el almuerzo y trabajar bajo la sombra de un árbol.

Gabriel Hayes, frente a ella, notó su emoción y guardó silencio, estudiándola con sus ojos azules, casi grises. Había algo diferente en ella. Lo notó esa misma mañana, cuando Emma se reincorporó al trabajo después de aquella semana de la gripe. Se presentó con un café de Starbucks para él y se lo dio con una brillante sonrisa. Resplandecía de felicidad. Todavía no estaba completamente bien de la gripe. La voz aún ligeramente ronca, congestionada, con tos, y sin embargo, sus ojos tenían una luz especial. La descubrió ensimismada, sonriendo, en varias ocasiones, justo como en aquel momento, en que miraba la pantalla de su móvil.

– ¿Y bien? – le dijo Gabriel, con malicia, rascándose la línea de su pelo con un bolígrafo. Se reía despacio, divertido por ese inusitado júbilo que parecía desprender toda ella.

Emma Reed lo miró con sus ojos verde azulados, y sonrió con timidez, casi avergonzada de sí misma:

– Este ha sido un fin de semana... – gruñó, sonrojándose – Jared vino el sábado.

– Ah, es eso – se rió Gabriel – Me estaba preguntando por qué hoy había salido el sol y los pájaros cantaban tanto.

Su amigo miró hacia arriba, a las ramas verdes de los árboles, con un brazo extendido como si estuviese declamando un poema. Emma Reed se rió de sus hipérboles.

– Anda, venga, restriéganos en las narices a los fracasados ese apasionado romance de recién casada... – bromeó el curador, moviendo los dedos de su mano, como si la estuviese invitando a largar todos los secretos de su éxito matrimonial.

Emma Reed estaba un poco aturdida por todo lo que estaba viviendo con Jared y que nunca creyó posible. Le costaba explicar su situación con él sin ser demasiado explícita:

– Bueno, es que... él no es un hombre demasiado expresivo – dijo Emma Reed, arqueando las cejas y respirando profundo, mientras distraía su mirada en los documentos de la mesa, tímida con su vida privada – Y este fin de semana ha estado excepcionalmente... “amoroso”. Lo vas a conocer ahora. Me ha enviado un mensaje diciendo que viene a despedirse. Tiene un vuelo a Washington en... – miró el reloj del móvil, arrugando la frente – una hora y media.

Los ojos volvieron a brillarle, conmovida por aquel gesto de su marido.

– Ya, bueno. Mi ex también se puso así cuando empezó a verse con uno de sus amantes... – se rió Gabriel, un incorregible escéptico en cuestiones de amor tras su divorcio.

Emma cogió un formulario que habían descartado, lo aplastó entre sus manos y le lanzó la bola de papel, castigándolo por su malintencionada burla, con la boca abierta, atónita, conteniendo el aliento.

– Eres horrible – lo regañó, riéndose.

Gabriel no hizo el intento siquiera de protegerse de aquella bola de papel, que le golpeó en el pecho. Se inclinó para recogerla y dejarla sobre la mesa, después de amenazar con tirársela, como un chiquillo. Guardó silencio, de nuevo observándola mientras ella organizaba los formularios sobre la mesa. Después de beber de su taza de café, dijo:

– Me alegro mucho de que os vaya bien. Lo cierto es que antes no parecías del todo feliz. Perdona

si me estoy inmiscuyendo en lo que no me concierne, no es mi intención.

Era sincero y transpiraba una genuina consideración por su ayudante. Muy en lo profundo, tal vez, también sintió un leve, muy débil, pinchazo de envidia o de celos.

Emma Reed sonrió, devolviéndole la mirada:

– Gracias... y sí... no estábamos bien. Parece que lo hemos resuelto... – confesó Emma, asintiendo con la cabeza, sin dar más detalles.

Inhaló aire y lo soltó, expresando alivio.

Jared había llegado tarde el sábado, en el último vuelo de Washington. Maddie ya estaba dormida, pero Jared se llegó a su cama y la besó. Le había traído un peluche, que puso junto a ella para que se sorprendiese al despertar por la mañana. Y después se besaron, aún a riesgo de que él pillase aquella gripe. Acabaron haciendo el amor. El lluvioso domingo fue quizás el día más feliz en la vida de Emma. Jared Whiteman no se acercó siquiera a su portátil y dejó el teléfono apagado.

Comieron palomitas viendo películas y jugando con Maddie. Por la noche, se entregaron de nuevo a la pasión. A aquellas recién descubiertas caricias y besos cargados con un nuevo sentido. Qué distinto era dormir ahora entre los brazos de aquel hombre protector, afectuoso, con el que podía mostrarse tal y como era y en el que anidaba una ternura capaz de hacerla estremecer de felicidad. No creía que fuese a volver a verlo antes de que él volara de vuelta a Washington. Esa mañana del lunes estaría en las oficinas de Whiteman Inc., poniéndose al día con Grayson sobre los demás proyectos en los que trabajaba su empresa. De allí, ese era el plan, se iría directamente al aeropuerto. Así que a Emma Reed le cosquilleaba el estómago al considerar que Jared había hecho un hueco en su agenda para ir al Fine Arts Museum, que estaba en la dirección opuesta al aeropuerto, solo para darle un último abrazo.

Lo vio bajarse del coche a unos metros de donde estaba sentada con Gabriel. Ernie Bales, el chófer, le abrió la puerta del Jaguar negro de la empresa. Emma se irguió, con anticipación y se disculpó rápida con Gabriel para acercarse a su marido y recibirlo en la acera. Con los antebrazos cruzados sobre la mesa del café, el curador la vio apresurarse hacia el hombre de negocios y entrelazarse a él en un cálido abrazo. Jared le correspondió, besándole la frente, sonriendo. Gabriel Hayes observó la escena, conteniendo el aliento, imaginando el brillo en los ojos verde azulados de Emma Reed, el calor de su delicado cuerpo apretado contra el suyo, las tiernas palabras de amor que estaría intercambiando con su marido. Gruñó, para regañarse por sentir algo muy parecido a los celos. Se reprochó la ridícula bajeza de desear, de soñar siquiera, con una mujer que era de otro.

Al verlos acercarse, se levantó de su silla y se aprestó a estrecharle la mano a Jared Whiteman.

Ella lo guiaba con uno de sus brazos entrelazados a la cintura de él. El de Jared sobre sus hombros. Lo presentó con orgullo, abrazándose a él y mirándolo con admiración.

– Gabriel, este es Jared, mi marido.

Jared Whiteman alargó su mano libre y se la estrechó al curador.

– Es un placer conocerlo – le dijo, con la correcta sonrisa de un hombre de negocios.

– Igualmente, Jared. Y me gustaría felicitarlo por su enlace. Hacen una pareja fantástica... y en el museo apreciamos mucho a Emma. Está siendo de gran ayuda para mí. Tengo mucho que agradecerle.

Tal vez fuera la forma en que la halagaba, o quizás el fugaz chispazo de resentimiento que pareció cruzarle las pupilas azules. O tal vez fue su media sonrisa, aparentemente amigable, aunque un tanto volátil. En cualquier caso, Jared Whiteman lo notó. Desde luego no era una sonrisa auténtica, sino más bien el afable intento de ocultar una pequeña traición. Una traición que no había ocurrido siquiera en la realidad, sino solo en las fantasías de Gabriel Hayes.

Jared le agradeció sus palabras y mantuvieron, allí de pie, una corta conversación a tres voces sobre temas insustanciales: el museo, la exhibición que preparaban, las colecciones, su reciente adquisición del Gentileschi que Emma había gestionado... Unos minutos después, Gabriel se excusó diciendo que iba a volver a la oficina para que pudiesen despedirse con intimidad. Cogió sus carpetas, aún participando en la conversación, y su taza de café vacía para llevarla al carro de servicio, dentro del café. A Jared no se le escapó una última mirada furtiva de Gabriel Hayes. Ya solos, Emma Reed le robó un beso y volvió a abrazarlo, antes de caminar con él hacia el coche.

– Llámame cuando llegues, ¿vale? – le pidió ella en un susurro, abrazándose a él de nuevo. Le costaba dejarlo irse.

Él la apretó contra su pecho, estirando lo más que pudo sus brazos protectores alrededor de Emma Reed, mientras le susurraba al oído:

– Te quiero.

Capítulo 20

El Wink & Nod estaba a rebosar ya a las cinco y veinte, cuando Gabriel Hayes y Emma Reed se unieron a la mesa. El curador la presentó con informalidad al grupo de amigos, mientras acercaba una silla para Emma. Sonriente, ella les estrechó la mano a los que aún no conocía y se sentó junto a Hayes, respondiendo a las amigables bromas de la gente del museo. En ese momento, era un grupo de cuatro afables bebedores, pero a lo largo de la tarde se unieron otros tres más, apretándose alrededor de dos mesas juntas. Curadores, administrativos, y algún que otro estudiante post-doctoral que ella había visto de pasada en el museo y que ahora reían y se hacían bromas intelectuales al calor de sus pintas de cerveza. El Wink & Nod, un bar con el encanto retro de los “speak-easy” de los veinte, vibraba con el rumor de una muchedumbre animada por la hora feliz. Las notas de un disco de jazz se peleaban con las risas y las conversaciones de las mesas. En el techo art-déco de losetas repujadas de cobre brillaban las doradas luces de las arañas colgantes de bronce y cristal.

Era ya jueves. Emma Reed no hubiese ido a esta reunión informal de compañeros si no fuera porque sus planes para el fin de semana se habían cancelado otra vez. Jared estaba enfermo en Washington, con la gripe que ella le había contagiado.

– Puedo dejar a la niña aquí con Laurie o con Eloísa... Mimarte y cuidar de ti – ofreció ella al teléfono.

– No. Prefiero que te quedes con ella. Nos casamos para que no estuviera sola – contestó él. Su voz sonaba enronquecida, y era evidente que tenía congestión nasal. Emma Reed exhaló, preocupada por él. Fastidiada. Sin embargo, él tenía razón.

– Ve al médico – susurró ella – Tal vez no debiste venir el sábado pasado. Me... me siento mal por ti. Sé que no vas a dejar de trabajar en ese dichoso proyecto que estoy empezando a aborrecer. Si yo estuviese ahí te obligaría a descansar.

Jared Whiteman sonrió, y trató de tranquilizarla diciendo:

– No es nada. Pasará en unos días. Y además, mereció la pena ir a verla, Sra. Whiteman – bromeó, con esos irresistibles ojos bribones.

Emma Reed se rió, cubriéndose media cara con una de sus manos, avergonzada al recordar las veces que hicieron el amor. Cuatro... cinco... Sobre la cama. Él con la cabeza entre sus piernas, haciéndola retorcerse con su lengua y sus pequeños mordiscos. En la ducha. Su espalda contra la gélida pared de azulejos, y sus piernas enrolladas alrededor de las caderas de Jared, que arremetía contra ella mientras le lamía la piel mojada.

– Ya... bueno... si hubiésemos esperado ahora no estarías a las puertas de la muerte.

Riéndose de aquella exageración, Jared dijo:

– Sobreviviré.

Emma Reed aceptó la invitación de Gabriel para distraerse de aquella decepción. No iba a quedarse mucho. Solo iba a tomar un par de cervezas y después cogería un taxi para volver a la casa. Estaba decidida a encajar en el museo y formarse su propio círculo de amigos en Boston, así que se obligó a acompañarlo, a pesar de que se sentía frustrada. Echaba cada vez más de menos a su marido, a medida que su relación se estrechaba con él. Llevaba desde el lunes deseando que corriesen los días para viajar a Washington el viernes y reencontrarse con Jared.

Perdió la noción del tiempo en el Wink & Nod. Al principio, le costaba integrarse en las conversaciones, impaciente por cumplir con la gente del museo y volver a la casa. Después de una o dos cervezas, sin embargo, estaba como pez en el agua, riéndose de las bromas y participando,

animada y divertida. Cuando miró el móvil, se dio cuenta de que eran ya cerca de las ocho y de que tenía tres llamadas perdidas de Jared.

– Dios... – se dijo, mirando las notificaciones.

Se levantó con el móvil en la mano, y se disculpó con Gabriel diciéndole que iba a salir un momento a llamar a Jared.

En la calle hacía fresco, a pesar de que ya era casi mayo. Emma Reed se apretó su chaqueta contra el pecho con una mano, escuchando el tono de la llamada.

– Dónde estabas – le preguntó él.

Su voz indicaba que estaba preocupado y molesto.

– Lo... lo siento, cariño. He venido a la “happy hour” del museo con mis compañeros de trabajo y me he distraído. ¿Estás bien?

– ¿Todavía estás ahí? – fue su pregunta siguiente – Son casi las ocho – la regañó.

Ella se mordió la uña del pulgar, conteniendo la respiración.

– Ya... se me ha hecho tarde sin darme cuenta.

Y entonces lo dijo. Fue un acto reflejo para Jared Whiteman, acostumbrado a basar su vida en una agenda, en un plan:

– Te recuerdo que según el contrato debes pedirme permiso para cualquier actividad que entre en conflicto con los horarios de Maddie – le lanzó Jared, con frialdad.

Emma Reed frunció el ceño, paralizada. Se mordió el labio inferior, y se apartó despacio un mechón de pelo que le cruzó la cara con un soplo de brisa.

– No creí que... – susurró, moviendo la cabeza de un lado a otro, atónita.

– Ya, pensaste que ahora que te he dicho que te quiero ya puedes hacer lo que a ti te apetezca, sin considerar tus obligaciones con Maddie – continuó él.

– Eso no es... no es justo – trató de razonar ella – Este es el primer día que hago una cosa así.

– Me dijiste que ibas a tratar de ajustarte al horario de mañana en el museo. Que iba a ser a media jornada. Ahora resulta que Eloísa recoge todos los días a Maddie en el colegio y que tú sales por ahí con tus compañeros hasta las ocho.

Emma Reed sintió que se le aguaban los ojos.

– Vale... – cedió, en un susurro. Le tembló la voz – Déjame coger el bolso y estaré en la casa en cinco minutos.

– Bien – fue lo último que dijo Jared.

Tocándose la frente, Emma Reed aún esperó unos segundos en la calle para calmarse. Dobló el tobillo varias veces, con el peso de su cuerpo, para distraer las ganas de llorar que tenía. Se tocó la frente y exhaló, con el teléfono aún en la mano. No quería que nadie notase que había discutido. Cuando entró al bar, trató de sonreír, mientras abría su cartera y sacaba un par de billetes para contribuir al bote del grupo. De pie junto a la mesa, anunció que tenía que irse con una fingida naturalidad. Gabriel Hayes notó que le ocurría algo y se levantó de su silla, ofreciéndose a llevarla a casa en su coche.

– No... – sonrió Emma Reed – De verdad. Quédate.

Él negó con la cabeza, rebuscándose en el bolsillo para sacar su fondo para el bote, que puso en el centro de la mesa.

– No, está bien. Yo también estoy cansado – le aseguró.

Sin querer discutir y a punto de derrumbarse, Emma asintió con una sonrisa triste.

Capítulo 21

El contrato. El maldito contrato una vez más. La asfixiaba. Cada vez que empezaban a despegar de la estrechez de sus legalidades, algo ocurría entre ellos que volvía a recordarle a Emma Reed lo que era para él. Y sin embargo, estaba segura de que él la quería a pesar de esa fricción, de su falta de práctica en expresar sus emociones. Él la quería, se repitió. Lo notaba en la forma de mirarla, en la calidez de sus abrazos. ¿Por qué insistía tanto en recordarle ese aborrecible contrato? Para ella, el contrato ya no significaba mucho: amaba a Jared, y eso estaba por encima de un papel. No necesitaba leer su estúpida lista de obligaciones. Haría todo eso por él con los ojos cerrados, sin necesidad de estipulaciones absurdas. Ni siquiera se le pasó por la cabeza que, después de todo lo que se habían dicho, de los besos y el amor que habían compartido, aún tuviese que llamarlo para pedirle permiso para ir a una “happy hour”. Le dolía que, para Jared, ella siguiese siendo una esposa por contrato. No una esposa a secas, con la que se negocia, sino una esposa-empleada a la que se le exige que cumpla con las responsabilidades del puesto. A medida que el coche de Gabriel Hayes avanzaba hacia Commonwealth Avenue, la inquietud de Emma crecía. Tendría que llamarlo. Todo esto iba pensando Emma, sentada en el asiento del coche de Gabriel, incapaz de concentrarse en su conversación.

Gabriel se había propuesto no preguntar. Al principio, trató de entretenerla hablando sobre los asistentes a aquella amigable reunión: cuándo se habían incorporado al museo, de qué universidades venían... Intercaló alguna anécdota divertida sobre ellos para hacerla reír, pero Emma parecía suspensa, ensimismada. Incluso cuando se esforzaba en alumbrar una sonrisa, sus profundos ojos verdes indicaban que solo era un efecto de superficie. Sus labios reaccionaban por pura mecánica a sus bromas. Después se limitó a conducir en silencio, mirándola con disimulo.

– Emma... – susurró después de unos minutos – ¿estás bien?

Ella inhaló y volvió la cabeza, estirando los labios.

– Sí – contestó, tratando de sonar alegre – Perdona... estoy cansada.

Gabriel correspondió a su sonrisa, estudiando su expresión.

– Ya – dijo, dando a entender que no la creía, pero no quiso presionarla más. Se limitó a añadir – Estaré disponible si necesitas hablar.

Ella arrugó un poco la frente, mirando el bolso, sobre su regazo. Asintió y le dirigió una rápida mirada desde su asiento, con otra de esas simuladas sonrisas:

– Gracias.

Quería salvarla. Muy dentro de él, Gabriel Hayes deseó que Jared hubiese cometido un estúpido error, dándole así la oportunidad de acudir al rescate. No esperaba más. Emma estaba enamorada de su marido, así que crearse expectativas más allá de lo amistoso era del todo estafalario. Y sin embargo, Gabriel se sorprendía a sí mismo poniéndole la zancadilla a Jared Whiteman con aquellos pensamientos. Deseando que el triunfador hombre de negocios la perdiese. Eso le hacía sentir culpable, pero no podía evitarlo.

Capítulo 22

Jared la había llamado para hablar con ella, para decirle que la echaba de menos. Se imaginó que Emma estaría con la niña, preparándola para dormir y que no había escuchado su llamada, así que esperó unos minutos y volvió a intentarlo. Frunció el ceño. El siguiente número que marcó fue el de su casa de Boston. Allí, Eloísa le comunicó que la Sra. Whiteman le había pedido que se ocupase de la niña aquella noche, porque estaría en una reunión informal con el grupo del museo. Contestó un par de emails, con el ceño fruncido, mirando la hora a cada minuto. Empezaba a sentirse febril otra vez, así que se quitó la ropa y se dio una ducha. Después de secarse a toda prisa, con el pelo húmedo y con la toalla enrollada a la cintura, la llamó una tercera vez, aunque cortó antes de que se agotaran los tonos. Ahora sí estaba enfadado.

No pudo (ni tampoco quiso) evitar ser severo con Emma Reed al teléfono cuando al fin ella lo llamó desde la puerta del bar. No era solo que estuviese irritado porque Maddie estaba a cargo de Eloísa un jueves a las siete y cuarenta y cinco. Su acritud partía también de un enfado hacia sí mismo por haberse permitido enamorarse de Emma. Una reacción, animal y atávica, ante el hecho de que se había vuelto vulnerable. Una forma de rebelarse contra ese amor que aún no comprendía del todo.

Emma volvió a llamarlo desde la casa, después de tomarle el relevo a Eloísa, acabar de preparar a Maddie para dormir y pasar un rato con ella en su cama, leyéndole uno de sus libros infantiles, hasta que la pequeña se durmió acurrucada a su lado. Entonces, Jared ya estaba acostado, aunque no dormido.

– ¿Cómo estás? – titubeó Emma, con una voz suave, intentando dialogar y hacer las paces.

– Tengo fiebre y necesito dormir – contestó él, masajeándose la frente con una mano.

Emma Reed inhaló despacio. Entendió que su marido seguía molesto y prefería no discutir más, así que se despidió con un “Te quiero” al que Jared respondió con un gruñido de asentimiento. A Emma se le partió el alma al imaginarlo enfermo, febril, y además enfadado con ella. Solo.

Lamentó haberlo hecho sentir mal y se decidió a no darle demasiada importancia a su dureza.

“Me prometí que no te presionaría, pero estoy preocupado por ti. ¿Todo bien?”, le envió Gabriel un momento después. Este mensaje inició una corta conversación con su amigo:

Emma: “No del todo”

Gabriel: “Espero no haberte metido en líos con Jared por la reunión del W&N”

Emma: “No te preocupes, mañana se le pasará. Estaba de mal humor, enfermo, y no le ha gustado que estuviese tan tarde fuera de casa, dejando a la niña al cuidado de la asistenta”

Gabriel: “Lo siento”

Emma: “No es nada. Y me he divertido mucho. Buenas noches, Gabriel”

Gabriel: “Descansa”.

Capítulo 23

El viernes, se despertó con un agradable mensaje de Jared: “Discúlpame. Fui demasiado brusco contigo anoche. No fue un buen día aquí”. Emma sonrió. Le cosquilleó todo el cuerpo. Eran las siete. Seguramente él estaría duchándose o vistiéndose. Y ella necesitaba oír su voz, decirle que lo quería y que todo estaba olvidado.

– Buenos días, cariño – lo saludó Emma al teléfono, pletórica de amor.

Jared sonrió al otro lado, ella pudo oír su aliento.

– Buenos días, preciosa. ¿Has visto mi mensaje? – todavía tenía la voz ronca y congestionada.

– Sí, por eso te llamaba... No te preocupes – lo aseguró con una voz dulce – Y yo también lo siento. De verdad, no fue a propósito...

Se revolvió el pelo con una mano, y exhaló, agitando la cabeza. Aún le dolía recordar aquella desagradable conversación a la puerta del Wink & Nod.

– Olvidémoslo – propuso Jared.

Y entonces se coló a través del teléfono aquella voz familiar: “Se te va a enfriar el té”. Emma se quedó helada.

– Pero por favor... – continuó Jared – haz lo posible por ajustar tu horario.

Pálida, Emma abrió la boca, sin dar crédito. Rachel Parker estaba con él, a las siete de la mañana, diciéndole que se bebiera un té caliente. No obstante, él estaba tranquilo y no pareció incomodarse lo más mínimo.

– Vale – fue lo único que articuló, confusa – Oye, ¿estás... estás cuidándote? Se te oye aún congestionado. No pensarás trabajar hoy... – frunció el ceño, tratando de pensar cómo sonsacarle.

– No quiero atrasarme más – dijo él – No me queda otro remedio que seguir trabajando con el equipo si quiero estar de vuelta en Boston lo antes posible.

Emma exhaló una pequeña sonrisa.

– ¿Dónde... dónde estás ahora? – se atrevió a preguntar, mordiéndose el dorso de un dedo.

– Desayunando. Tengo que dejarte, cariño.

Emma trató de sonreír, con la mirada hacia el techo, exhalando un suspiro de estrés.

– Vale. Te quiero – le recordó – Por la noche hablamos.

– Yo a ti también – dijo Jared.

Desayunando, se repitió al cortar la llamada. Qué significaba eso. ¿En su habitación, desnudo, con su amante? ¿O en el comedor del hotel, encorbatado y formal, con su directora de marketing? No sabía por qué esa mujer lograba sacarla tanto de quicio. Quizás porque era seductora, atrevida, y sabía utilizar su cuerpo para tentar a un hombre. En sus ojos refulgían las promesas salvajes de un sexo audaz, desenvuelto, muy diferente a los contenidos deseos de Emma Reed. Gruñó, presionándose una muñeca sobre la frente, y se obligó a no darle importancia. Jared se había disculpado y le había dicho que la quería. Confiar. Eso es lo que tenía que hacer. Lo que él le había pedido en Washington. Así que apartó las sábanas y fue a despertar a Maddie.

Esa misma mañana, le anunció a Gabriel que iba a limitar sus horas en el museo para acomodarse mejor al horario de la hija de Jared. Lo vio fruncir el ceño, receloso, mientras ella lavaba su termo de café bajo el grifo, en la cocina común. Gabriel estuvo tentado de decirle que Jared era demasiado exigente y egoísta con ella, pero se contuvo.

– Además, puedo hacer algún papeleo en casa, mientras Maddie hace sus deberes – añadió Emma. Gabriel Hayes se forzó a sonreír, haciendo un gesto de su mano, tranquilizador:

– Claro. La familia es lo primero. Vamos a pensar algo juntos.

Siempre ganaba. Jared siempre iba a ganar, porque ella lo quería, y Gabriel Hayes tenía que dejar de sentir aquella atracción, casi obsesión, por Emma Whiteman. No le pertenecía. Era de otro. Y sin embargo, cada día se levantaba más impaciente por encontrarse con ella, por escuchar su translúcida risa y ver sus ojos verde azulados. Por robársela a Jared Whiteman, aunque fuese solo unas horas. Volver la cabeza para mirarla cuando ella salía de la oficina y deleitarse con la cadencia de sus caderas. Observar con disimulo el borde de su minifalda presionar sobre la piel de su terso muslo al cruzar ella sus piernas bajo el escritorio.

Capítulo 24

Emma parpadeó, desconcertada, al ver la notificación en su móvil. Una petición de amistad en Facebook: Rachel Parker. Soltó una sorda carcajada, atónita, y se aclaró la vista para asegurarse de que había leído bien. Maldiciendo con un “Víbora hipócrita”, Emma Reed resolvió aceptarla para no parecer débil, desagradecida, o quizás hostil. Se entretuvo mirando sus fotos un momento, todas anodinas, de las calles de Washington. Alguna con gente que Emma reconoció como compañeros de la empresa. Inhaló aire y miró a Maddie, jugando cerca del ventanal. Se pasó el día lamentando no poder estar en Washington con Jared, y trató de distraerse con Maddie, horneando galletas de mantequilla. Trabajó un poco después del almuerzo, con su portátil en el regazo, mientras Maddie veía sus dibujos. Entonces empezó aquel bombardeo de fotos en el Facebook de Rachel Parker. Dos, tres. Jared estaba con ella, sentada en el reservado de un restaurante. Ella reconoció la manga de su camisa, la línea de su hombro. Era un selfie y resultaba difícil saber cuántas más personas había, si es que era una inocente cena entre compañeros. En la mirada de Rachel Parker había un brillo malicioso, triunfal, como si estuviese diciéndole algo, en silencio, dedicándole aquellas crueles instantáneas y recordándole que cuando ella no estaba junto a Jared Whiteman, él le pertenecía a ella.

Emma gruñó, incómoda, imaginando que Rachel la observaba a través de la foto. Que era capaz de sentir su miedo. Por eso aquella noche, cuando él llamó por videoconferencia para hablar con Maddie, antes de cortar la llamada, Emma le susurró:

– ¿Me llamarás un poco más tarde, cuando estés en la cama?

Las mejillas se le enrojecieron. Jared se quedó un segundo sorprendido, interpretando aquella inusual petición de su deliciosa mujer, y después sonrió a medias:

– ¿Tú quieres que te llame?

A Emma Reed se le estiraron sus labios rojos con un tímido nerviosismo:

– Sí – respondió.

– Vale – dijo él, con un murmullo suave, brillándole los ojos.

Agitada, como una adolescente que va a su primer baile de fin de curso, Emma se puso un conjunto sexy de lencería: un sujetador negro, tipo balconette, con los tirantes cerca de los costados, irguiéndole el busto y mostrando un escote despejado, femenino; tenía unas braguitas culotte a juego, deliciosamente ajustadas sobre la vertical de su trasero, dejando al descubierto la redondez de sus glúteos en su mitad baja. Un toque de color rojo en los labios, y el pelo suelto, desordenado, salvaje. Se cubrió con una bata corta de raso negro que le erizó la piel, imaginando que eran las yemas de Jared, acariciándola.

Jamás había hecho algo así. Nunca. Le temblaron los dedos al encender un par de velas. No iba a ser capaz de hacer aquello con la luz encendida. Estaba mortificada ya solo de imaginarlo al otro lado de la cámara, mirándola como solo él sabía. Bajó a la cocina y se sirvió una copa de vino.

Bebió deprisa, a trompicones, murmurando:

– Cómo demonios se te ha ocurrido esto... – se maldecía.

Llenó la copa de nuevo y volvió al cuarto, tratando de calmarse. Tendida en la cama, esperándolo, Emma bebió despacio, con la esperanza de que el alcohol le diera el coraje que a ella le faltaba. Miraba el portátil, exhalando con estrés a cada minuto, arrepentida por aquel atrevimiento tan impropio de ella.

Cuando sonó la llamada entrante por Skype por poco se echa el vino encima. Se apresuró a esconder la copa y se peinó el pelo con las manos un segundo, de rodillas junto al portátil.

Finalmente, respondió. El corazón le batía en el pecho, y le subió una ola de pavor al verlo aparecer en su pantalla, con su musculado torso desnudo, la línea de su pantalón de pijama sobre sus caderas. Jared también estaba algo cohibido. Él, que siempre parecía tan experimentado, tan desinhibido, estaba, no obstante, encantadoramente cortado. El cibersexo era una experiencia nueva para él. Nunca lo había considerado como una opción, teniendo siempre a una mujer dispuesta cuando a él le apetecía. El ciber-sexo era para los perdedores. Y sin embargo, se descubrió excitado por la anticipación, por la certidumbre de que Emma Reed estaba saliendo de su área de confort para complacerlo. Saber que ella, siempre tan comedida, tan tímida, estaba dispuesta a hacer una locura como esa, lo encendía. Además, Emma era deliciosa cuando se ruborizaba.

– Hola, cariño – lo saludó ella, con una sonrisa de embeleso, a la vez que incómoda.

– Hola, preciosa – sonrió él, intrigado. Todavía se le notaba la congestión nasal.

– Cómo estás – susurró Emma, y exhaló, tratando de relajarse.

– Mejor... ¿y tú? – se rió Jared, a medias aturrido y a medias encantado por sus titubeos, por su incomodidad.

– Bien... bien... – Emma gimió, presionándose una palma de su mano sobre su frente – Dios... Después, alargó una mano para alcanzar la copa de vino que había ocultado a la vista. Bebió un trago largo, mientras Jared Whiteman se reía al otro lado de la cámara. La esperó paciente hasta que ella tragó y volvió a esconder la copa, con una sonrisa.

– Emma – murmuró – Oye... no tenemos que hacer nada. Podemos hablar – le dijo, tranquilizador. A Emma Reed la emocionó esa actitud comprensiva de Jared, el tono amable de su voz. Aún no se había borrado aquella media sonrisa de su rostro, que lo hacía tan horriblemente irresistible.

– No. No puedo estar ahí... y te... te echo de menos. Y además... – cerró los ojos un segundo. Por fin el vino empezaba a actuar y un agradable aturdimiento parecía invadirla – He decidido que voy a dejar de ser una mojigata contigo.

– ¿Qué? – se rió Jared, asombrado – A mí me gusta que seas una mojigata.

– Bueno, entonces seré una mojigata atrevida – propuso ella.

Jared se echó a reír. Ajustó las almohadas, y se reclinó más, mientras bromeaba:

– A mí me gusta la mojigata poco atrevida que se sonroja solo con que yo la mire.

– Ah, lo de sonrojarse no creo que vaya a cambiar – admitió Emma, y después se cubrió los ojos con el dorso de una mano, con una exhalación de estrés, ahogándose en una ola de calor que pareció apoderarse de ella – No sé en qué momento exacto del día se me ocurrió esta brillante idea... – farfullaba, peinándose su melena oscura con las manos, nerviosa.

– Oye – le dijo Jared – No nos estremos. En realidad, tienes la mitad del trabajo hecho. Llevo ya dos horas con una erección – bromeaba.

A Emma se le escapó una risa nerviosa.

– Menos mal, porque yo me siento ridícula – confesó.

Sus mejillas se iban a echar a arder y ella se abanicó con las manos.

– Por qué... estás preciosa y me parece adorable que quieras... ya sabes... – arrugó la nariz, mientras asentía, sonriente, dejando sin terminar aquella frase para no incomodarla más.

– Debo estar realmente colada por usted, Sr. Whiteman – Emma dejó escapar un gracioso gruñido de protesta.

Jared guardó silencio unos segundos, aunque aún sonreía, y esperó a que ella se calmase, para responder:

– Bien, porque yo también estoy colado por ti – usó esa voz profunda y masculina, en un susurro apenas audible que hizo que a Emma se le acelerase el corazón – Por qué no me enseñas lo que te

has puesto debajo de esa bata – la invitó.

Emma sonrió. Le cosquilleaba el estómago y le temblaron los dedos al desanudarse la bata de raso. Se la abrió despacio, haciéndolo esperar, descubriéndose primero un hombro para tentar su imaginación con el tirante. Jared Whiteman contuvo la respiración mientras sus ojos recorrían la piel de su mujer. Incluso a través de una cámara, Emma sintió como si él la estuviese acariciando con sus ojos. Y lo cierto es que empezaba a excitarse al ver el efecto que tenía en él.

– Dios... – exhaló Jared, revolviéndose en la cama, al dejar ella que la tela de raso se deslizase tras su espalda, mostrando sus pechos, apretados en aquel sexy sujetador negro con puntillas. Estaba de rodillas sobre la cama, sentada sobre sus talones, con las piernas ligeramente abiertas frente a la cámara.

Jared inspiró aire, dando muestras de que estaba acalorado. Mucho más se excitó cuando Emma le sonrió con timidez, volviéndose despacio para darle la espalda. Él gruñó de deseo, admirando sus nalgas, ceñidas en el culotte. Aunque no podía verlo en aquella postura, Emma escuchaba su respiración, entrecortándose, mientras se desabrochaba el sujetador. Volvió la cabeza para mirarlo por encima de su hombro, con una femenina coquetería. Un oscuro mechón de su pelo le caía por el marco de la cara, y a ella se le erizó la piel al rozarla. Por un instante, tuvo la sensación de que eran los labios de su marido, acariciándola. Se le escapó un pequeño suspiro de placer. Estaba aturdida con el vino, cada vez más excitada. Cerraba los ojos y casi podía sentir las palmas de Jared Whiteman recorrerle el cuerpo. Su respiración, cada vez más pesada al otro lado, hacía que se le humedeciesen las bragas.

Se bajó un tirante, despacio, luego el otro, pero se sujetó la prenda sobre sus pechos, con su antebrazo, negándosele. Le brillaba la piel a la tenue luz de las velas, al volverse hacia la cámara.

– Déjame verte, cariño – suplicó Jared, en un murmullo febril.

Los labios de Emma se estiraron en una pequeña, encantadora, sonrisa de pudor, y sus pupilas verde azules, profundas, se escondieron un segundo tras sus tupidas pestañas. Titubeó, ladeando la cabeza a un lado. Jared resopló, con los ojos fijos en la delicada línea de su cuello. Se presionó una mano sobre su erección, por encima de la ropa, y exhaló, desesperado, arqueando su cuello hacia atrás, en un gesto de frustración.

Emma lo complació despacio, retirando sus manos de su torso, viéndolo retorcerse en la cama y escurrir una de sus manos dentro de su pijama, para acariciarse. Jamás imaginó que ver a Emma Reed de esa forma pudiese excitarlo tanto: sus suaves pechos erguidos, con los pezones apretados, su vientre plano, adornado con un gracioso ombligo, y aquellas bragas de puntilla, insinuando las delicias de sus pliegues. Ella tensó sus muslos, sosteniéndose en alto, para jugar con los elásticos sobre sus caderas, estirándolos. Cuando lo hacía, la tela se tensaba sobre su sexo y la hacía resoplar.

Una ola de calor barrió su entrepierna, al ver a Jared descubrir su erección, enseñándole el efecto que tenía en él. Entre sus dedos, Emma vio la tensa piel de su falo, enrojecido por la excitación, recorrido de venas. No pudo evitar humedecerse los labios con la lengua, deseando poder atravesar aquella maldita pantalla y lamerlo desde su base hasta su hendidura, metérselo en la boca. Jared Whiteman se estremeció, leyéndole en los ojos su deseo.

– Emma... estoy cardíaco – confesó Jared, con una voz ronca por la excitación.

La vio sonreírse, traviesa, mientras deslizaba una mano dentro de las braguitas, entre sus piernas.

Jared gruñó, paseándose la suya sobre su verga, que descansaba, endurecida, sobre su bajo vientre. De rodillas, con la espalda arqueada hacia atrás, Emma Reed lo provocaba, acariciándose el sexo bajo la tela. Tenía la cabeza hacia atrás. El pelo le caía hasta las nalgas. Sus labios rojos exhalando pequeños gemidos al empezar a mover sus caderas, muy suavemente, con

los ojos cerrados.

Cuando se tendió en la cama, se bajó las bragas un poco, lo suficiente para que él pudiese ver sus dedos tocar sus más íntimas esquinas. Con la otra mano lo incitaba despacio, acariciándose desde el cuello, bajando con lentitud hacia sus pechos. Después su liso vientre, mostrándole la sed que tenía por sentir sus manos. Abovedaba la espalda, gimiendo, con la piel erizada de lujuria. Qué hermosa era, pensó Jared, enloquecido por el deseo, viéndola flexionar sus piernas, retorcerse sensual en la cama para él. Mareada por el vino y por lo mucho que ansiaba a Jared, Emma se encontró suspendida, oyendo solo la pesada respiración de Jared. Incluso sin mirar la pantalla, podía verlo en su mente, masturbándose, delirando por lo mucho que la deseaba a ella, y solo a ella.

Capítulo 25

El domingo de aquel fin de semana, cuando todo parecía en calma, ocurrió algo que espoleó de nuevo el pánico en Emma Reed. Ella estaba tratando de imprimir varios documentos que le había enviado Gabriel y que tenía que revisar antes del lunes, pero no podía conectar su portátil con la impresora de Jared. Él le había explicado cómo configurarla durante una breve y cálida conversación justo después del desayuno, pero la dichosa impresora seguía sin aparecerle. Le envió un cariñoso mensaje a Jared que lo hizo sonreír: “SOS, tu impresora se está rebelando contra mí. No me culpes si te la encuentras asesinada al volver”. Jared dejó unos minutos la reunión que tenía con su equipo para salvarla:

– Así que la experta en arte depende de un informático después de todo – se rió de ella. Emma y él solían chincharse acerca de las excelencias de la pintura y lo mundano de la informática.

– Solo porque los informáticos no lo ponéis nada fácil y es imposible configurar vuestros aparatos. Lo hacéis a propósito para parecer importantes.

– Ya. Vale... entonces llama a Guercino o a... Caravaggio para que te ayuden a imprimir tus documentos.

– Noooo... – gruñó Emma – Porfa, dime qué hago. No me apetece ir a la oficina solo para esto. Está... está lloviendo – añadió esa mentirijilla para sostener su caso.

Jared se rió.

– Lloviendo – repitió él, con la frente arrugada, poniendo en evidencia aquella mentira.

– Bueno, todavía no, pero se está nublando – se rió Emma.

– Eres encantadora – le susurró él – Anda, usa mi ordenador. La clave es dos seis cero siete. Imposible de olvidar. La fecha de nacimiento de Maddie. Ella sonrió emocionada:

– Te quiero.

Oyó a Jared sonreír.

– La configuración de una impresora es el camino más directo hasta el corazón de una mujer – bromeó, parafraseando el proverbio – Tengo que volver a la reunión.

– Es domingo. ¿Por qué tienes una reunión? – le recordó Emma.

Jared emitió un gruñido.

– Pues la verdad... porque quiero volver a Boston con una preciosa doctorada en arte antes de que asesine a mi impresora.

– Ya veo, en realidad estás enamorado de tu impresora.

– Es láser – bromeó él.

– No puedo competir contra eso – contestó ella con un suspiro melodramático.

Emma se despidió de él a regañadientes, después de pasarle el teléfono a Maddie unos segundos para que le diera un beso a su padre. Flotaba. Esas conversaciones informales con Jared, en las que él se mostraba jovial, la tenían en una nube durante horas. Con una sonrisa idiota, se sentó frente a su super ordenador y lo inició, mientras conversaba con Maddie.

– ¿Has hecho tus deberes? – le decía.

– ¡Sí! – saltaba Maddie – Así que ahora puedo ver una peli...

– ¿Y por qué no juegas un ratito con tus...? – no pudo terminar la pregunta.

Al cargarse el sistema, le llegó una notificación de Microsoft Teams. Él no había cerrado la sesión y se abrió automáticamente un chat privado con Rachel Parker de la noche anterior.

- (8:34 PM) Rachel: ¿Vas a venir esta noche?
(8:41 PM) Jared: No.
(8:45 PM) Rachel: Una lástima. Me he puesto esto por ti.

Había adjuntado un archivo Jpeg. Parpadeando, Emma levantó la vista de la pantalla y vio que Maddie estaba en la zona de los sofás, lo suficientemente alejada para no ver la foto si ella la abría. Ajena al pesar de su madre, Maddie proponía qué hacer aquella lenta mañana de domingo: – ¿Y si vamos a casa de Laurie?

Ajena al parloteo de Maddie, Emma titubeó con los ojos fijos en el archivo adjunto. No debía abrirlo. Resopló y se revolvió en la silla, gruñendo mientras se tocaba la nuca. Estaba sudando de celos y de rabia. Minimizó el chat. Le temblaban las manos cuando abrió su USB y buscó su documento, tratando desesperadamente de encontrar una explicación. Era imposible malinterpretar aquello. Rachel había enviado esos mensajes solo un día después de que Emma hiciese su erótico numerito para él frente a la cámara y se sintió como una auténtica idiota. ¿Qué quería decir aquello? ¿Que la había visitado en su habitación otras noches? Eso era justo lo que él le había dicho cuando se sinceró con ella: “Ella tiene una suite en este mismo pasillo. Si quisiese acostarme con ella, ¿no te parece más sensato que fuese a su habitación?”. Recordó las insinuaciones de Rachel en el baño del restaurante.

Frunció el ceño y, sin pensárselo dos veces, abrió el archivo adjunto: Rachel Parker tendida sobre la cama, desnuda. Solo llevaba unas medias negras a media pierna, con un ligero elástico, de sexys cordones con pinzas, sobre sus caderas. Se cubría los pechos con un brazo, y tenía una pierna flexionada para esconder su sexo. Estaba arrebatadora, sensual, y cualquier hombre en su sano juicio tendría una erección mirándola. Emma cerró la foto deprisa, sintiéndose culpable por fisgar en esa conversación privada. Dolida. Mareada por el vértigo. Se mordió una uña mientras imprimía, ensimismada, los archivos adjuntos de Gabriel. Los ojos le ardían, a punto de echarse a llorar.

– O podemos hacer galletas de mantequilla... – continuaba Maddie, rebuscando entre sus juguetes. Se levantó de un salto y se acercó a la ventana, dejando los documentos olvidados sobre la bandeja de la impresora. Cruzó los brazos y tomó aire, rascándose el brazo con sus uñas. Pensando. Él no había respondido al último mensaje de Rachel. Tal vez decidió ignorarla. O tal vez al ver la foto de Rachel cruzara el pasillo y se fuera a pasar la noche con ella. No. Había hablado por Skype con ella hasta pasadas las diez. Repasó la conversación: él había estado encantador con ella, diciéndole que se había pasado todo el día pensando en aquella sesión de cibersexo. Emma se sonrojó y le pidió que no volviese a recordarle esa locura jamás. Se rieron y se susurraron mil ñoñerías de enamorados, hasta que él se despidió diciendo que estaba cansado y que iba a acostarse. Eso fue apenas dos horas después de ese fatídico chat con Rachel. Es posible que se hubiese ido con ella. Este pensamiento la hizo ahogarse de pánico.

Amar a Jared Whiteman era como estar subida en un carrusel, dando vueltas. Cuando estaban bien, ella explotaba de dicha, pero al momento siguiente, algo pasaba que la sumía de nuevo en la más dolorosa de las miserias. A este punto, Emma tenía miedo de entregarse a la felicidad, porque la felicidad con Jared era como el sol, amenazado siempre con una borrasca. Se recordó sus besos, los amorosos susurros a su oído mientras hacían el amor, sus amantes abrazos y la forma en que la miraba cuando le decía que estaba loco por ella. No podía estar mintiéndole. Era imposible.

– Hagamos algo juntas – Maddie interrumpió el desbocado tren de sus pensamientos, llegándose a ella, mirándola suplicante, abrazada a sus piernas.

– Es que... – a Emma le costaba concentrarse, arrugó la frente – Cariño, debería trabajar un poco

– se excusó.

– Papá y tú siempre estáis trabajando – se quejó Maddie.

Emma le acarició la línea del pelo, forzándose a sonreír.

– Tienes razón – admitió – Deberíamos salir.

Estaba a punto de explotar de desesperación. Necesitaba respirar. Distraerse. De otra forma se iba a poner a sollozar allí mismo, delante de Maddie.

Capítulo 26

“¿Has tenido oportunidad de ver los archivos?”, le envió Gabriel.

“Lo siento, aún no. Estoy en el parque con Maddie. Necesitaba salir. Esta tarde los miro, lo prometo”, le respondió Emma.

Gabriel supo por ese “necesitaba salir” que algo no iba bien.

“¿En qué parque?”

“En el Joe Moakley”, dijo ella.

“Tengo aquí a una niña de ocho años que me está volviendo loco. ¿Te importa si me uno a vosotras? Con un poco de suerte, Jane se distraerá con tu hija”, propuso Gabriel Hayes.

“No sé qué decirte. No estoy muy habladora”, le confesó Emma. No tenía ganas de fingir encontrarse bien, cuando lo único que quería era llamar a Jared y gritarle. O arrastrar de los pelos a Rachel.

“Yo hablaré por los dos”, la confortó él, y añadió: “Creo que necesitas un hombro sobre el que llorar”.

“Me he prometido que no voy a llorar”, dijo Emma.

“Bueno, entonces te ayudaré a no llorar”.

Gabriel Hayes no mencionó nada de aquella conversación y se concentró en hacerla reír, sin incomodarla, sin presionarla a hablar. Estaba resuelto a ser cuidadoso con Emma. Ella no era más que una tibia fantasía romántica, erótica, pero era lo único que Gabriel tenía. La única mujer que lo había hecho sudar de excitación esos últimos años, que le hacía revolotear el estómago. Y esas eran sensaciones agradables. Quería tenerla a su lado, continuar aquel juego estratégico que ponía un poco de pimienta en su aburrida existencia de divorciado. Asumir el papel de confidente, de amigo. Estar ahí cuando aquel funesto matrimonio explotase. Recoger las piezas de Emma Reed. Tal vez entonces sí tuviese una oportunidad y él era paciente. Así que el día del parque desempeñó su papel a la perfección.

Maddie agradeció tener a otra niña con la que corretear, aunque Jane era mayor que ella. Sentados en el césped del Joe Moakley Park, Gabriel la entretuvo contándole con gracia las pequeñas maldades de su hija, encandilada por su padrastro. Se reía de sí mismo, como era habitual en él, y Emma Reed respondió a su sentido del humor. Gabriel había traído también a su perro, Scrooge, un labrador, bonachón y bullicioso, que distrajo a las niñas toda la tarde. Compraron sándwiches y refrescos, e hicieron un picnic. Después, pasearon a lo largo de la playa Carson, con los zapatos en la mano.

Fue allí, paseando en la playa, cuando Emma compartió con él lo que le ocurría.

– Gracias por... por esto, Gabriel – le dijo.

Él hizo un gesto con la mano, indicando que no tenía por qué darle las gracias por nada. Hizo lo posible por no transpirar interés. Emma necesitaba compartir sus miedos. Un amigo que le dijese que estaba exagerando. Un hombre que se riese de las vulgaridades de Rachel Parker y la asegurase diciéndole que Jared no iba a caer en las trampas de una zorra, teniéndola a ella. Emma inhaló el fresco aire de la playa, y se apartó el pelo de la cara, revuelto por la brisa, antes de atreverse a seguir:

– Me siento fatal – confesó – He fisgado en un chat privado de Jared – soltó una sonrisa de decepción contra sí misma.

– ¿Y te sientes mal por haber leído ese chat o por lo que has leído en él? – preguntó Gabriel.

– Voy a sonar horrible al decir esto, pero con franqueza... por lo que he leído y visto – le dijo

ella.

Gabriel guardó silencio. Era mejor no preguntar nada, dejarla hablar. Tras unos segundos en silencio, Emma continuó:

– Hay una mujer en Washington con Jared... su directora de marketing. Hace unas semanas, cuando lo visité, me abordó en el restaurante donde cenamos e insinuó que se estaba acostando con Jared. Él lo negó... Me aseguró que lo suyo con ella se había acabado, así que pensé que ella solo estaba manipulándome... no sé... para burlarse de mí o causarnos problemas... qué sé yo. El caso es que anoche ella le envió un mensaje preguntándole si iba a ir a su habitación... Él respondió que no... Después ella le envió una foto desnuda. Jared no volvió a responderle, así que no dejo de preguntarme... – Emma agitó la cabeza, intentando sacarse aquel chat de la mente. En su rostro había una expresión de dolor. Conteniendo el aliento, Gabriel Hayes consideró con cuidado lo que respondería. Tenía que ser delicado, cuidadoso. Aquella era, tal vez, la oportunidad que había estado esperando.

– Y... ¿anoche Jared hizo o dijo algo que sonase sospechoso? – se atrevió a preguntar.

– Pues... la verdad es que no dijo nada... Hablamos hasta las diez... justo después de esos mensajes. Estaba tranquilo, cariñoso... Yo jamás hubiese sospechado nada de no haber visto ese chat hoy. Dijo que se iba a acostar temprano, que estaba cansado... Y esta mañana también hablamos y seguía encantador. La verdad es que no logro... no sé lo que está pasando.

– ¿Vas a hablar con él?

– No sé... – negó con la cabeza – Estoy avergonzada por haber leído esa conversación – formuló como excusa. No podía decirle que Jared Whiteman, su marido por contrato, podía hacer lo que quisiera y acostarse con quien le diese la gana, y que él no dudaría en recordárselo. Y eso era algo doloroso que ella no quería oír.

– En realidad fue un accidente... – continuó Emma – Iba a imprimir tus documentos y él me dijo que lo hiciera desde su ordenador. La sesión estaba abierta y me saltó el chat en la pantalla... No quiero que pienses que voy por ahí espiando a mi marido...

– Ya me imaginé que no – le dijo Gabriel, y después de una pausa, preguntó – Qué quieres hacer con esto.

– No lo sé... La verdad es que estoy... estoy perdida – dijo ella, angustiada – Una parte de mí quiere llamarlo, pedirle explicaciones. Otra parte de mí intenta ser razonable y se aferra a ese “No” que él respondió en el chat...

Así que Jared Whiteman tenía una amante... se decía Gabriel Hayes. Qué extraordinaria coyuntura. Sería fácil espolear las sospechas de Emma, hacerla pensar lo peor. Un solo gruñido, un titubeo, bastarían para avivar esa llama. No hacía falta insultar a Jared, posicionarse contra él, descubrir sus cartas. Eso solo la espantaría. Así que Gabriel inspiró, con una mueca. Sus ojos indicaban que no se estaba creyendo sus palabras al decir:

– Bueno, Emma... Jared sería un idiota si echase por la borda vuestro matrimonio. Parecéis... él me pareció enamorado. La verdad es que no sé qué decirte...

Sus titubeos tuvieron el efecto que él buscaba. Emma se detuvo y lo miró con pánico.

– ¿Te parece que debo preocuparme?

– No, no estoy diciendo eso – Gabriel sonrió, con nerviosismo – No he querido decir eso...

“Sé el amigo que ella necesita”, se estaba repitiendo en su cabeza Gabriel Hayes.

– Vamos... – dijo él, parándose frente a ella. Con timidez, su mano se llegó al codo de Emma Reed, invitándola a refugiarse en su pecho – Estás sacando conclusiones precipitadas. Jared es un hombre afortunado y parece inteligente: tiene una esposa encantadora, lista, absolutamente preciosa – esto último lo dijo con un tono chistosamente melodramático para no sonar interesado

en ella – Seguramente es solo un malentendido.

Emma sonrió entristecida, abrazándose a Gabriel, que la rodeó con sus brazos, protector, mientras continuaba:

– Vamos a darle unos días. Obsérvalo. No está bien que te diga esto, pero se trata de una circunstancia de fuerza mayor: vigila ese chat...

Emma se echó a llorar en sus brazos, con la mejilla apoyada en su pecho. Gabriel Hayes estaba pletórico, disfrutando de las sensaciones que le producía el calor de Emma, su delicioso cuerpo pegado al suyo por primera vez. El corazón le latía como una locomotora descarrilada. Lo cierto es que también sufría por Emma y dentro, muy dentro de él, había una sucia esquina de sí mismo sintiéndose un canalla por aprovecharse de aquella situación. Simplemente no podía evitarlo.

Emma Reed le gustaba demasiado como para no hacerlo. La dejó desahogarse, sollozando, frotándole la espalda todo lo amistosamente que su deseo le permitía.

Capítulo 27

Las manos le temblaron cuando escuchó la videollamada entrante en Skype. Llevaba toda la tarde preparándose para aquel momento, y ahora no sabía lo que iba a decir. Maddie se revolvió con excitación entre sus brazos, emocionada por poder hablar con su padre. Emma alcanzó la tablet y se la dio a su hija, que se encargó de aceptar la llamada mientras ella muteaba la tele con el mando, aprovechando para deslizarse fuera de la cama y escapar al baño, donde llenó un vaso de agua del grifo.

Escuchó parlotear a Maddie:

– ¡Papi!

– Hola, cariño – la saludó él.

Sonaba exhausto y todavía acatarrado. Desde la puerta del vestidor, Emma los dejó hablar, bebiendo despacio.

– Papi, hemos ido al parque y a la playa – le anunció Maddie, sin parar de moverse y de tocarse el pelo, impaciente por compartir todos los detalles de su aventura con Jared.

– ¿Ah, sí? ¿Con Laurie, Scott y Addison?

– ¡No! Con Gabriel y con Jane – contestó ella.

Jared inhaló aire y tardó unos segundos en formular su próxima pregunta.

– ¿Y quién es Jane?

– La hija de Gabriel. Él es amigo de Emma y Jane es su hija, papi – le explicó Maddie, y empezó a hilvanar una retahíla de frases inconexas, describiendo lo que habían hecho, entre sonrisas y exclamaciones de entusiasmo – ¡Y me he comido un helado! Y también estaba Scrooge, que es un labrador muy... muy simpático. Papi, quiero un perro...

Jared se mantuvo callado, emitiendo algún que otro gruñido para mostrarle que la escuchaba.

– Cariño, ¿está Emma ahí? – acabó por preguntar él cuando ella dio por terminado su relato.

Al otro lado de la estancia, Emma se tensó.

– ¡Sí! ¿Vas a decirle que la quieres? – se rió Maddie, maliciosa.

– Pues claro, tonta. Anda, déjame hablar con ella – le pidió – Buenas noches, cariño. Dame uno de esos besos que vuelan – bromeó con su hija.

Maddie se dio un sonoro beso en la palma de su propia manecita y después hizo el gesto de tirárselo. Emma no lo vio, pero supo por la risita traviesa de Maddie que él había respondido con otro adorable gesto al otro lado de la pantalla, como si lo estuviese cazando al vuelo. Emma se acercó y cogió la tablet y después le alargó el mando de la televisión a Maddie, para que pudiera darle volumen.

– No te duermas, ¿eh? Que tenemos que acabar la peli – le susurró a la risueña niña, dándole un beso en la cabeza.

Las piernas le temblaban al dirigirse al baño, para tener aquella conversación con su marido en privado. Se aclaró la garganta al enfocarse con la cámara, esperando su reacción, y haciendo el esfuerzo de parecer tranquila.

– Qué está pasando – le preguntó él, confundido.

La miraba fijamente tratando de leer su expresión, con el ceño arrugado.

– Nada, por... por qué – se esforzó Emma por parecer entusiasmada.

– No lo sé... – dijo él después de una pausa en la que la estudió con cuidado – Vuelves a esconderte.

Emma sonrió todo lo natural que pudo, agitando la cabeza, fingiendo no entender lo que él estaba

diciendo.

– No, cariño – le aseguró – Ha sido un día largo.

Jared se quedó un momento absorto, apartando su vista de la cámara, intentando encontrarle sentido a aquel repentino cambio de actitud de Emma.

– Ese Gabriel... es tu jefe, ¿no?

– Sí. Lo conociste hace un par de semanas. Tiene una hija de ocho años.

– Está casado – asumió Jared.

– Divorciado – lo corrigió Emma.

– ¿Has... discutido con él? – se atrevió a suponer Jared, arqueando una ceja.

– ¡No! – Emma se echó a reír – De verdad. No te preocupes. Creo que aún estoy un poco... no sé

– inspiró aire y se acarició la frente con su mano, apoyando la cabeza sobre sus dedos – Esos antibióticos deben haberme dejado un poco baja de energía – se excusó, tratando de parecer convincente.

– Vale – susurró Jared, aún no del todo satisfecho, aunque determinado a darle espacio.

– Cariño... ¿cuánto tiempo más tienes que estar ahí? – preguntó ella – Es que te... te echo de menos.

Jared sonrió. Ahora sí, todo parecía tener sentido. Se enterneció al pensar que Emma estaba triste o deprimida porque lo necesitaba.

– Tres semanas más. Tal vez cuatro. Hay algunos problemas técnicos que están resultando un desafío.

Emma inhaló y soltó el aire, desesperanzada. Cuatro semanas más de espera. Angustia. Cuatro semanas más de preguntarse dónde estaría Jared y con quién.

– Emma... – susurró Jared, de nuevo preocupado por la expresión de su cara – Tú sabes que te quiero, ¿verdad?

A ella se le iluminó la cara instantáneamente. Sonaba tan sincero que era imposible dudarle.

Aquellas palabras actuaron como un elixir.

– Hmmm... bueno... – bromeó, fingiendo escepticismo – Tendrás que seguir repitiéndomelo para que me lo crea del todo.

Él sonrió viéndola arrugar la nariz. A partir de entonces la conversación fue mucho más fácil, más fluida, aunque ella le pidió que no la llamara más tarde, pues quería irse a dormir. Solo de pensar que tendría que enfrentarse de nuevo a él aquella noche, le entraba un sudor frío. Exhaló aliviada cuando por fin se despidieron y cortaron la comunicación.

Se había jurado que no bajaría al ordenador de Jared para espiar su chat, pero su mente le ponía la zancadilla, con lastimosas figuraciones de su marido, en la cama, sobre Rachel Parker, haciéndole el amor como solía hacérselo a ella. Apretaba los ojos y se revolvió, tratando de espantar esos fantasmas. No iba a dormir en toda la noche. Lo supo a las dos de la madrugada. Así que, finalmente, se dejó vencer por la tentación y bajó a la biblioteca. Encendió el ordenador, nerviosa, aterrada, entrecortándosele la respiración. Nada. Ni una sola palabra en el chat.

Capítulo 28

Aquella agonía duró hasta el jueves. A solo un día de viajar a Washington para encontrarse con él, Emma Reed estaba horrorizada ante la idea de pasar el fin de semana a su lado fingiendo que todo era perfecto. No iba a poder. Jared lo sabría en cuanto la mirase a los ojos. Tan pronto como la tocara, y su piel reaccionase rechazándolo. No iba a poder guardar silencio, mantener la paz. Acabarían gritándose en aquella suite, ella insistiría en volver a Boston. Rachel habría ganado. O tal vez había ganado ya y Emma Reed se negaba a creerlo.

Miró el chat más veces esa semana, esperando una señal, una esperanza. Un salvavidas. Emma se sentía como un náufrago en mitad de un mar embravecido. Por fin, el jueves por la noche, Emma pudo respirar:

(10:22 PM) Rachel: Tu mujercita no está.

(10:22 PM) Rachel: Nadie va a enterarse.

(10:22 PM) Rachel: Rápido, salvaje. Solo quiero sentirte dentro de mí otra vez.

(10:23 PM) Rachel: O una mamada. Me atrevería a decir que las felaciones no cuentan como infidelidad.

(10:29 PM) Jared: Déjame trabajar. Y deja de usar el maldito chat de la empresa para esto. *Rachel Parker ha sido bloqueada temporalmente. No recibirá mensajes privados de este usuario durante las próximas 8 horas.*

El corazón se le iba a salir del pecho. Tuvo que leer las líneas varias veces para comprender del todo lo que había ocurrido. Sus ojos saltaban las palabras de tres en tres, presos de la excitación. Los dedos le temblaban. Se cubrió la boca y la nariz con las manos y se echó a llorar. Jared parecía estar ignorándola. Sin embargo, Rachel había usado aquella expresión: “otra vez”, haciendo referencia a un pasado que podía haber sido el fin de semana anterior. O ayer mismo. Imposible saberlo. Tampoco era posible saber lo que había ocurrido después de este intercambio, si ella se había presentado en su habitación y él la había admitido. Ni si Jared estaba molesto por sus avances sexuales o solo porque ella usara el chat de la empresa para ofrecerse a él. Se secó las lágrimas con la manga de su rebeca: había que aferrarse a algo, y Emma se propuso quedarse con que Jared había bloqueado a Rachel Parker esa noche, desoyendo (al menos en apariencia) sus vulgares ofertas.

Se mordió el labio inferior, releiendo aquellos mensajes una vez más. Eran las once menos diez. Cogió el móvil y le envió un mensaje a su marido: “No puedo dormir. Te quiero”. Tic gris: enviado. Tic gris: recibido. Esperó mirando la pantalla unos segundos. Cerró Windows y esperó a oscuras unos segundos más. No hubo respuesta.

Capítulo 29

Una semana después, un viernes de mediados de mayo, Emma Reed se llevó su ropa formal al museo. Por fin se inauguraba la exhibición con un evento de gala al que estaban invitadas las personalidades más influyentes del estado: benefactores del museo, el gobernador de Massachusetts, congresistas, senadores, altos cargos de las universidades de Boston... Se habían pasado el día vigilando cada detalle: el catering, los folletos, los arreglos florales sobre las mesas, la iluminación de las salas. Juntos.

Gabriel Hayes estaba excitado, ajustándose su pajarita frente al espejo del baño de caballeros. Al otro lado de esa pared, Emma estaría maquillándose en ese instante, enfundada en su encantador vestido beige, sin tirantes, con falda amplia, muy de los cincuenta. Cada día le resultaba más difícil controlarse. Buscaba excusas para enviarle mensajes, para pasarse por su casa de Commonwealth Avenue, aunque solo fuese unos minutos, por la tarde, en su camino al apartamento. Unas veces traía un email impreso de algún coleccionista, otras veces un formulario de cesión que había que actualizar... Cualquier ridículo documento que podía ser compartido por email y que, sin embargo, él insistía en imprimir y consultar con ella.

De todas formas, tras el día del parque, Gabriel ya no necesitó tantas excusas para acercarse a Emma Reed. Ella se había sincerado con él, y él la había escuchado como el mejor de los amigos. Su actuación de aquel día le dio un pase a su vida privada, como confidente, y él supo aprovecharlo. Sentado en un taburete, a la isla de su cocina, bebiendo un café, Gabriel Hayes disfrutaba de la agradable ficción de formar parte de su círculo más íntimo. Su proximidad tenía un precio, ya que se veía obligado a escuchar cómo había ido el fin de semana con su marido en Washington, lo atento que Jared había estado con ella, y lo poco probable que parecía ahora que él estuviese engañándola con Rachel Parker. Él se había tomado libre el sábado y habían pasado ese día en familia. Jared le enseñó la ciudad donde había vivido cinco años en su carrera universitaria, contándole cómo había conocido a Grayson Martínez y a Nora Mitchell, quien fuese su primera esposa. Luego la llevó a cenar a un buen restaurante en el centro de Washington. Una cita, dijo él.

Emma Reed volvía a estar absorta en su relación con Jared, aunque se obligaba a permanecer alerta. No dio importancia a estas visitas de su supervisor, a quien consideraba ya un amigo, y a quien recibía siempre feliz. No fue más al Wink & Nod, para evitar tensiones con Jared, y se marchaba del museo puntualmente, para recoger a Maddie en su colegio y caminar con ella hasta la casa. Esa semana fue pacífica, cálida. Tampoco hubo más sospechosos mensajes de chat. Jared estaba a punto de regresar a Boston, era cuestión de un par de semanas, y Emma estaba impaciente por tenerlo de vuelta. Gabriel Hayes escuchaba, callado, simulando sus sonrisas. Cada vez se sentía más egoísta con ella, más ambicioso. Cuando ella le dijo que Jared iba a venir a la gala de inauguración, masticó su decepción lo mejor que pudo y se forzó a sonreír, diciendo:

– Eso es fantástico. Será una gran noche para ti.

El vestido que se había puesto no era por él, sino por Jared Whiteman. Estaría pensando en él mientras se ponía guapa al otro lado de ese espejo. Tenía que conformarse con las sobras, no paraba de repetirse Gabriel. Y sin embargo, no pudo evitar estremecerse al verla aparecer en el hall del museo. Él estaba conversando con un conocido de la universidad, y Emma Reed se entretuvo con Violet. Desde el otro lado de la sala, ella le sonrió y le ofreció un coqueto guiño, complacida con su aspecto. Gabriel respondió llevándose una mano al pecho, melodramático, simulando que su belleza lo hería. Halagándola con una admiración que pretendía ser exagerada,

pero que, en realidad, solo reflejó la exacta magnitud de su deseo.

Capítulo 30

Jared llegó más tarde, cuando la recepción ya había empezado. Su vuelo se retrasó y tuvo que pararse en la casa para ponerse el esmoquin. Cuando llegó, el discurso de Violet Cook estaba a punto de empezar. Los invitados, rezagados y en grupos, conversaban cordiales, cogiendo copas de vino al pasar los camareros con las bandejas. Sonrió apenas al distinguir a su preciosa mujer al otro lado del hall, con una copa en la mano, hablando orgullosamente de la colección.

Acompañada de Gabriel Hayes. Esa noche, al verlos juntos, sonrientes, ella con su brazo entrelazado al de él, con una afable camaradería y él exultante, mirándola con complicidad al hacer bromas ante aquellos coleccionistas, Jared Whiteman supo, con toda certeza, que Gabriel Hayes se sentía inequívocamente atraído por su mujer.

Celos: ese espejo deformador de la realidad. Esa especie de exasperación ante la incertidumbre, una ofensa irracional construida a retazos de imaginaciones difusas sobre lo que Emma estaría haciendo con Gabriel Hayes cada semana, estando él en Washington. Sexo no. Emma lo quería solo a él. No obstante, ella se estaría riendo de sus bromas, hablando sobre su pasión por el arte. Tal vez confiándole algún secreto sobre su vida sentimental. Intimando. Recordó el brillo de envidia en los ojos de Hayes y su fraudulenta amabilidad cuando se conocieron en el café del museo. Gabriel empezaba a ocupar un espacio que Jared no podía llenar ni controlar, a pesar del contrato.

Fue deferente. No era propio de él hacer escenas en público y estaba seguro de que Emma no iba a serle infiel. Y sin embargo, le molestaba que ella le consintiese esa cercanía. Que fingiese no reparar en su interés, o que decidiera ignorarlo. Tal vez solo trataba de hacerlo sufrir un poco, de hacerle entender lo que ella tenía que soportar con Rachel Parker.

– Ese Gabriel... – le dijo Jared en el coche, en el camino de vuelta a la casa – ¿Te has dado cuenta de cómo te mira?

Le dirigió una mirada rápida a su esposa, en la penumbra del coche. Emma volvió la cabeza, con el ceño fruncido, y una sonrisa burlona.

– No puedo creerlo... Ahora estás celoso. Estoy encantada – se rió Emma.

Jared no sonrió. Estaba serio y parecía irritado.

– Vamos... – dijo Emma, conciliadora. Alargó su mano y le tocó la mejilla con el dorso de sus dedos – No seas tonto, Jared. Por favor... – le reprochaba, arrugando la nariz.

Estaba feliz por el éxito de la inauguración, por las palabras de agradecimiento que le dirigió Violet. Después de unos segundos, Emma añadió:

– Estoy sola aquí en Boston. Nos llevamos bien.

– No estás sola. Tienes a Laurie.

Emma negó con la cabeza:

– Laurie está siempre en el hospital. Es difícil hacer planes con ella y no tenemos demasiado en común... – trató de explicarle – Gabriel es solo un amigo. Ahora soy yo quien va a pedirte que confíes en mí.

Jared gruñó mostrando su desacuerdo.

– Por favor... – murmuró Emma, y después sonrió tensa.

Recordó el suplicio de las últimas semanas con aquel sospechoso chat de empresa. Había hecho el esfuerzo de ignorarlo, de mantener la paz. Merecía lo mismo.

– No quiero discutir esta noche, por favor – le rogó.

Inclinó su cuerpo hacia Jared y apoyó su cabeza en su hombro, en una especie de abrazo. Cerró

los ojos, tratando de borrar aquellas odiosas palabras que había leído en el chat: “¿Vas a venir esta noche?”, “... sentirte dentro de mí otra vez”. “Otra vez”. Sin saber absolutamente nada de aquel pesar, Jared accedió, presionando su mejilla sobre su frente.

No volvieron a hablar de este tema durante aquel corto fin de semana. Y sin embargo, en la forma de mirarla él cuando la besó en la cama, en sus abrazos, Emma pudo leer una callada advertencia. Seguía molesto, celoso, aunque tuvo cuidado de no enturbiar esas pocas horas que iban a pasar juntos con reproches. Cuando se despidió de ella el domingo, en el hall de la casa, a punto de salir con su maleta y tomar el taxi que ya lo esperaba en la calle, la miró a los ojos antes de besarla. No necesitó articular una palabra siquiera. En sus ojos marrones, Emma entendió lo que Jared Whiteman no iba a rebajarse a decirle: “No me gusta ese hombre. Compórtate”. Ella lo besó, fingiendo no entenderlo. Restándole importancia a todo aquel asunto.

– Anda, dale un beso a papá – le dijo a Maddie, para disipar la tensión.

Jared cogió a la niña en brazos y sonrió ante el sonoro beso que Maddie le dio en los labios, antes de decirle:

– Papi, no te olvides de que el viernes es mi función de la escuela – le recordó la niña.

– Claro que no, cariño. Además, seguro que tú me lo recuerdas durante toda la semana, ¿a que sí?

– bromeó Jared, encantador como siempre.

– ¡Sí! Todos los días – prometió Maddie.

Jared gruñó, exagerando su fastidio, mientras Emma se reía de él. Aún le robó otro beso, con su mano apoyada en el pecho de Jared.

– Te queremos mucho – le recordó a su marido, haciéndolo sonreír.

Capítulo 31

Estaba a punto de ocurrir: el desastre. Fue el miércoles cuando Jared anunció que no iba a poder viajar ese fin de semana. Maddie se enfadó con él y sollozó, abrazándose a Emma, a horcajadas sobre su regazo. Su madre le acarició la espalda, con el ceño fruncido. También estaba irritada, pero se limitó a sisearle al oído a Maddie, para calmarla. En la pantalla de la tablet, Jared apretó la mandíbula, ofuscado.

– He intentado cambiar la reunión, pero se trata del gobierno. No me queda más opción que adaptarme – le explicó Jared a Emma.

Aunque Jared nunca lo supo, fue Rachel Parker quien fijó la agenda de aquel último y apretado fin de semana con el gobierno. De las opciones que le ofreció el Teniente Jennings, ella eligió el sábado por la mañana, después de considerar por unos minutos cuál sería la mejor forma de perjudicar los planes familiares de los Whiteman.

– Ya... estaba muy ilusionada con la función del cole – le dijo Emma, en un murmullo, besándole la frente a su hija.

Sus ojos verde azules estaban ensombrecidos por sus reproches, aunque trató de consolar a la niña, diciendo:

– No te preocupes, cariño. Lo grabaré todo con el móvil y luego lo veremos juntas cuando papá esté aquí – le prometía.

Estaba seria y decepcionada. Cansada de tener a Jared en otra ciudad, de mantener aquella relación a distancia. De esperar. Esperar al viernes. Esperar a que terminase con sus reuniones, con sus llamadas, con sus emails. Esperar que no se acostase con Rachel, que no sucumbiese a sus ruegos. Robarle unas horas al sábado, en aquella suite del Sofitel. Volar de vuelta a Boston el domingo por la tarde a esperar de nuevo. O esperar a que Jared viniese el viernes, para verlo marcharse el domingo otra vez. Esperar siempre, porque lo primero era su empresa, su trabajo, su éxito.

– ¿Vas a venir el sábado al menos? – le preguntó Emma.

– No. Este fin de semana no voy a poder. Por qué no venís vosotras.

Emma exhaló, frustrada, con el ceño fruncido.

– Para qué. Vas a estar ocupado. Con un poco de suerte, cenaremos juntos el sábado y desayunaremos el domingo. Seguramente va a estar lloviendo y nos vamos a pasar todo el día encerradas en la suite – se quejó Emma, disgustada.

Jared soltó una carcajada atónita. Para él era importante pasar aquella noche con ella, abrazarla, besarla. Hacerle el amor. Incluso si eran solo dos horas. Sin embargo, Emma había elegido ignorar ese tiempo juntos en su relato.

– Le pediré a Liam que os reserve un vuelo – dijo él con una rotunda severidad, mirándola a través de la cámara.

– Jared, no vamos a volar este fin de semana – se plantó Emma – Trataré de compensar a Maddie haciendo algo divertido con ella.

Lo dijo con calma, en un susurro, para no preocupar a Maddie con una discusión familiar, pero en sus palabras había una inamovible determinación. Jared guardó silencio. Estaba dolido por aquella rebelión de su esposa.

– Bien – se limitó a decir, apartando sus ojos de la cámara, con fastidio, mientras hacía un gesto de impotencia con su mano.

– Anda, Maddie – le suplicó Emma a la niña – Dile “buenas noches” a papá.

– ¡No! – se negó, apretándose más contra el cuerpo de su madre.

Jared inhaló. Tenía la frente arrugada. También estaba enfadado y frustrado con aquella situación.

– Da igual, déjala – murmuró, comprensivo con la pequeña, acariciándose el pelo con rabia.

– Mañana se le habrá olvidado – susurró Emma, tranquilizadora, y se forzó a sonreírle a Jared, que sufría viendo a su hija rechazarlo así.

Más tarde, cuando Maddie se hubo dormido, aquella conversación continuó en la llamada que solían hacerse a solas. Jared le informó que volvería a Boston en una semana y que, a partir de ahí, lo que restaba del proyecto se completaría desde las oficinas del centro, que solo tendría que viajar a Washington puntualmente.

– Por favor, dime que cuando vuelvas a Boston estarás con nosotras – le pidió Emma.

– Lo intentaré – prometió Jared, sin demasiada convicción.

Aún les quedaba mucho por hacer y el ritmo de trabajo no tenía visos de decaer en las oficinas de Whiteman Inc.

– Al final yo tenía razón: pensabas ausentarte aún más cuando yo estuviese aquí para ocuparme de la niña – le reprochó su esposa – He adaptado mi horario al de Maddie. Tú deberías hacer el esfuerzo de...

– Emma... – la cortó Jared – te recuerdo que firmaste un contrato.

– Oh, por Dios... – se quejó Emma Reed con un resoplido, con los ojos cerrados y agitando la cabeza con frustración – Hemos superado ese contrato con creces enamorándonos y sigues hablando de él como si aún rigiese nuestras vidas. Siempre lo usas cuando te conviene para obligarme a hacer lo que tú quieres.

– Podría haberlo usado para hacerte volar a Washington este fin de semana. Eso es lo que yo quiero: tenerte en mis brazos. Hacerle el amor a mi esposa. Y no lo he hecho – respondió él con aspereza.

– ¿Tengo que darte las gracias por darme un fin de semana libre? – preguntó ella, sardónica.

Se arrepintió en cuanto lo dijo. Jared estaba atónito. Contuvo el aliento y se apoyó un puño cerrado sobre la frente. Estuvo así, callado durante unos segundos, y concluyó:

– ¿Podemos hablar cívicamente de este asunto cuando yo vuelva? – le pidió Jared, diplomático, con un tono mucho más suave, aunque estaba molesto.

Emma inhaló, calmándose, y asintió. Se despidieron más fríamente de lo que solían.

Aquello no fue una discusión sino más bien una conversación plagada de frustración y de decepciones. Llevaban poco más de dos meses juntos. Necesitaban adaptarse, encajar las piezas de su puzle, negociar espacios en esta extraña y vertiginosa relación. Hacía apenas tres semanas que Jared le había dicho que la quería, y Rachel Parker estaba ahí, en medio, como una losa.

Había cuestiones que resolver. Esto se repetía Emma, mirando el techo a oscuras después de esa llamada. Todo sería más fácil cuando él estuviese con ella, cuando Emma no tuviese que preguntarse dónde y con quién estaría pasando la noche. Entonces, tal vez, dejaría de tener miedo.

Capítulo 32

El desastre que acabó por separarlos ocurriría aquel fin de semana en el que el colegio John Winthrop celebraba el final del curso. A pesar de sus recientes fricciones, nada parecía indicar que tres días más tarde, Emma estaría haciendo su maleta para refugiarse en un hotel a las afueras de Boston, huyendo de Jared Whiteman. Ella había hecho planes para el fin de semana con Laurie y los niños: el sábado iban a ir a un parque de atracciones; el domingo, estarían en casa de los Martínez. Maddie estaba feliz, aunque aún no había perdonado a su padre por no asistir a su función en el John Winthrop. El jueves, volvió a pedirle que viniese a la función y tuvo otra pequeña pataleta. Esta vez, Jared le habló con más severidad:

– Maddie, basta. No me hagas enfadar – le advirtió.

Emma estuvo a punto de decirle que no se atreviese a regañar a la niña. Que ella tenía razón y que se merecía todos y cada uno de sus reproches. Se obligó a guardar silencio. A imponer cordura entre ambos.

Así que aquella tarde, Emma Reed la llevó de la mano hasta el colegio, intentando llenar el vacío de su padre. Su maestra recibió a la niña, saludándola con cordialidad. Ella y su asistente se encargarían de ayudar a los niños de la clase a disfrazarse con sus graciosos trajes de flores e insectos. Emma le dio un beso a su pequeña y se despidió con una sonrisa de orgullo, viéndola saltar de emoción entre sus amigos. Se vistió bien y se maquilló, para no desentonar entre las distinguidas madres y padres de la alta sociedad bostoniana: abogados, brokers, cirujanos, hombres y mujeres de negocios, con dientes perfectos y ropa de las mejores marcas, encantados de pagar más de treinta mil dólares al año por la educación pre-escolar de sus caros vástagos. No conocía a nadie en el auditorio y se sintió sola entre el rumor de aquellas familias perfectas, que compartían afectadamente sus anécdotas del fin de semana en club náutico de Marina Bay. Alguien tocó su codo y ella se volvió, sobresaltada. Por un momento, cruzó su mente la idea de que Jared hubiese venido por sorpresa. En su lugar, se encontró a Gabriel Hayes, sonriente, inclinado:

– He venido a rescatarte de las banalidades de la jet-set – le dijo en un murmullo.

Emma abrió la boca, estupefacta y se echó a reír. Se levantó para dejar a Gabriel sentarse en la butaca contigua, más adentro. Ella tenía su abrigo y su bolso colgado del asiento de pasillo, desde donde sería más fácil grabar la actuación.

– Gracias... y menos mal – respondió Emma con una brillante sonrisa.

Estaba agradecida y no lo ocultó, sino que presionó su mejilla contra el hombro de su amigo, al escurrirse él junto a ella.

– ¿Cómo se te ha ocurrido? – se rió Emma Reed al sentarse junto a él.

– Bueno... me imaginé que te sentirías sola. Venía del museo y... – terminó la frase con un gruñido – No tenía otro plan mejor, lo confieso.

Emma dejó escapar un “ooooh” de emoción, entrelazando su brazo al de Gabriel.

– Qué haría sin ti – lo halagó, presionando su mejilla sobre el hombro de su amigo.

Gabriel presionó su mano sobre la de Emma Reed, solo unos segundos, fingiendo camaradería. Era agradable estar allí con ella, ocupando el lugar de Jared Whiteman, disfrutando de la ilusión de que Emma fuese suya. Los que los vieses así, sentados uno junto al otro, con la mano de ella descansando en su antebrazo, pensarían que eran un matrimonio. Ella estaba preciosa: llevaba su espesa melena castaña hacia atrás con una diadema a juego con su vestido, de un rosa suave con pequeñas flores beige, con mangas cortas y una falda amplia, sedosa, que descansaba sobre sus

deliciosos muslos, sugiriendo la tersura de sus femeninas formas. Tenía un aire inocente con aquella ropa, y Gabriel Hayes no pudo evitar fantasear con desabrocharle aquel vestido despacio, besándole la nuca, tras apartarle el pelo sobre un hombro. Se aclaró la garganta para decir:

– Tenía esperanzas de que Jared hubiese conseguido venir a última hora.

Le recordó así, sutilmente, quién estaba con ella y quién había preferido su trabajo. Quizás incluso prefiriese a otra mujer. Ella inhaló, frunciendo el ceño.

– Por un momento yo también, pero supongo que era demasiado esperar – confesó Emma, mordiéndose la uña del índice un segundo, antes de lanzar un suspiro y hacer un gesto con la cabeza, de frustración.

– Bueno... hoy es el día de Maddie – la consoló el siempre afable Gabriel Hayes.

Emma sonrió, iluminándosele el rostro con aquella mención a su hija, a quien adoraba.

– Lleva toda la semana bailoteando y zumbando por toda la casa – se rió Emma Reed.

La directora del colegio por fin ocupó el escenario dispuesta a empezar su discurso. Alrededor, los padres y familiares de los niños se sentaban. El rumor de sus charlas empezó a aplacarse. Y Gabriel Hayes no podía concentrarse en otra cosa que en la tibieza de la mano de Emma sobre su antebrazo, en los volúmenes de sus muslos, cruzados bajo su falda.

– Es un placer para mí recibirles esta noche en el colegio John Winthrop y... – comenzó la directora.

Aplaudió mecánicamente al acabarse la intervención de la directora. No había escuchado ni una palabra, aunque sonrió, dirigiéndole una mirada rápida a Emma. Su expresión se heló al verlo de pie, con el ceño fruncido, incrédulo, mirándolo desde su altura. Los ojos de Jared Whiteman se posaron un segundo en sus antebrazos, entrelazados. Emma notó que algo ocurría solo cuando Gabriel se levantó de un salto de su butaca y le vio una mirada incómoda, fija en el pasillo.

Entonces volvió la cabeza y sus ojos se encontraron con el duro gesto de su esposo.

– ¡Jared! – exclamó Emma, abriendo los ojos, con una sonrisa paralizada en el rostro, de puro desconcierto, como si no acabase de creerse lo que estaba viendo.

Gabriel Hayes le había extendido la mano en un saludo, y estaba diciendo:

– Qué sorpresa, Jared. Cómo me alegro de que al final haya podido venir... Emma se estaba lamentando de lo mucho que lo echaba de menos – hacía el esfuerzo de sonreír, aunque era evidente que estaba turbado, descolocado.

Jared extendió su mano y se la estrechó, en silencio. Sus ojos llameaban con resentimiento contra Hayes y tenía la mandíbula apretada. Rodeó los hombros de Emma con su otro brazo, territorial, al abrazarse ella, aún asombrada, a su cuerpo:

– Esto... esto sí que es una sorpresa... No puedo creerlo – se rió Emma, con cierto nerviosismo histérico.

A ella no se le escapó la tensión entre los dos hombres. Temió que Jared se encarase. Gabriel se apresuró a salir de la fila e hizo un gesto con sus manos, ofreciéndole su sitio a Jared Whiteman:

– Bueno... será mejor que os deje disfrutar de la función en familia.

Emma titubeó, a punto de decirle a Gabriel que no hacía falta que se fuese... que podía quedarse. Le pareció desagradecido despacharlo así, pero estaba claro que iba a desatarse una tormenta si tomaba partido en aquella situación. De esta forma, se limitó a decir:

– Gra-gracias por venir, Gabriel. Has sido muy amable por... – no supo cómo terminar la frase y acabó exhalando un suspiro de miedo o de disculpa, rogando porque Jared fuese cívico.

Gabriel Hayes le dedicó una pequeña sonrisa a Emma, indicándole que lo entendía y que no tenía por qué preocuparse.

– Sí, gracias por venir – repitió Jared, entrecerrando los ojos con suspicacia.

Su tono transpiraba una clara ironía que Gabriel Hayes fingió no haber notado cuando respondió:
– Espero que la disfrutéis – y después se dirigió a Emma, añadiendo: – Felicita a la pequeña actriz de mi parte.

Con esto, rodeó a la pareja y emprendió su marcha hacia la salida, sin mirar atrás. Jared lo siguió con la vista hasta que desapareció por la puerta del auditorio.

Emma se sentó en su butaca, como un reo esperando la sentencia de un juez. De vez en cuando, volvía la cabeza y miraba con timidez a Jared. Le acarició la mano, en un gesto conciliador, entrelazando sus dedos a los de él, sobre la rodilla de su esposo. Jared aceptó sus caricias pero no participó. Estaba dolido. Enfadado. Con el ceño fruncido y la mandíbula tensa, sin mirarla.
– ¿Cómo... cómo has venido? El próximo vuelo de Washington llega a las siete... – preguntó Emma, aún sorprendida por su inesperada presencia. Sonrió intentando mostrarle que estaba encantada.

Impasible y sin mirarla, él respondió con frialdad:

– Un jet privado. Vuelvo en cuatro horas – dejó unos segundos vacíos, antes de decir – Si llego a saber que me ibas a buscar un sustituto tan fácilmente, no hubiese venido.

Emma contuvo el aliento y retiró sus ojos de Jared, asintiendo ante aquella clara confirmación de que se avecinaba una tempestad:

– No lo he invitado – se excusó ella, en un suave murmullo – Y él... él solo trataba de ser amable. No tenías por qué ser grosero – le reprochó.

Jared soltó una carcajada descreída, seguida de una exhalación, volviendo su cabeza para clavar sus ojos en su mujer. Con solo su dura mirada pareció decirle: “¿Grosero? Ni te imaginas lo educado que he sido con él”. Emma entendió que era mejor dejar aquella conversación para más tarde.

Capítulo 33

Exultante de felicidad al ver a su papá, Maddie se llegó corriendo a él y se abrazó a sus piernas. Jared se rió, cogiéndola en brazos, dejándose abrazar por el cuello. En silencio, aunque sonriente, Emma estaba a su lado, sosteniendo su abrigo frente a su abdomen, con los brazos cruzados sobre sí.

– ¡Papi! ¡Has venido! ¿Me has visto? ¿Me has visto? – no paraba de repetir la niña, separando su cara de la mejilla de su padre para mirarlo.

Todavía tenía restos de maquillaje naranja sobre la cara.

– Claro que te he visto. Eras la abejita más fea de todas – bromeó, haciéndola reír.

Maddie arqueó el cuello hacia atrás, riendo.

– ¡No! – decía entre risas, besándolo con amor, bulliciosa entre los brazos de su padre.

La maestra de Maddie se acercó para saludarlos. Dejando a la niña de pie en el suelo, Jared le estrechó la mano y charló, deferente, con la Sra. Richards, mientras Emma le ponía el abrigo a Maddie, escuchándola contarle lo bien que se lo había pasado aquel día y lo feliz que estaba de que su papá hubiese venido. Con orgullo, Jared le acarició el pelo a Maddie, oyendo a la maestra encarecer ante ellos su corrección en la escuela y su usual jovialidad. Unos minutos después, salían del colegio con Maddie de la mano, entre ellos, como un matrimonio feliz.

Jared paró un taxi en Commonwealth Avenue y fueron a cenar en familia. Los dos ocultaron a la perfección sus tensiones frente a Maddie, convirtiéndola en la protagonista de la tarde. Una mirada atenta hubiese observado, no obstante, que no hubo entre ellos el habitual intercambio de miradas cómplices, de sonrisas enamoradas, ni de caricias con las que Jared y Emma solían comunicarse cuando todo estaba bien. Se centraron en la niña. La dejaron parlotear y bromearon con ella, mimándola.

Unas horas después, regresaban a la casa en taxi. Jared Whiteman sacó su móvil y miró la hora. Envío un mensaje de texto a Eloísa: “Sra. Flores, ¿puede ocuparse de la niña? Vamos de camino hacia la casa”. No tenía mucho tiempo. Apenas una hora y cuarto para llegar, mantener una breve conversación con su esposa y regresar al aeropuerto para embarcar. Emma Reed podía sentir la inminencia de una monumental discusión. Estaba rogando en silencio porque hubiese un atasco, mientras respondía las preguntas de Maddie con una sonrisa cada vez más incómoda. De vez en cuando, miraba furtivamente a Jared con esperanzas de que su enfado cediese, pero él parecía cada vez más iracundo a medida que el coche se acercaba a Commonwealth Street. A cada momento, a él le costaba más sonreír con naturalidad, a pesar de que hacía el esfuerzo.

Le pidió al taxista que lo esperara, mientras ayudaba a las chicas a bajarse del coche. Emma Reed creyó que iba a desmayarse del estrés, cuando cruzaron la puerta de la casa y Jared le pidió a Eloísa que se llevase a Maddie a la planta de arriba. Tenía una mano agarrándole el codo a su esposa y no tardó en conducirla a su biblioteca. Mientras Emma se quitaba el abrigo y el bolso, dejándolos sobre el respaldo del sofá, él cerró la puerta tras de sí. Ella no se atrevió a volverse para mirarlo y se quedó de pie, entreteniéndolo sus temblorosas manos sobre su abrigo, acariciando los botones. Contuvo el aliento.

– Quiero que dejes ese absurdo voluntariado en el museo – le lanzó él, sin preámbulos, con una voz inflexible.

Emma abrió la boca y ladeó la cabeza, mirándolo de soslayo. No podía creer lo que acababa de oír.

– ¿Cómo? – preguntó, frunciendo el ceño.

– Ya lo has oído – se apresuró a decir Jared – Firmamos un contrato: no se te permite mantener relaciones extramatrimoniales.

Emma Reed inspiró, con la boca abierta, mirando el techo, frustrada. La exasperaba que él siempre acudiese a ese maldito contrato.

– Esto no es una relación extramatrimonial. Es una amistad, Jared. Estás... estás exagerando. Ya te he dicho que no lo invité a venir... y él no... – lo miró con la frente arrugada – Gabriel solo estaba tratando de ser un ami...

– Está interesado en ti y tú estás dejando que entre en nuestras vidas – la cortó él, con rabia.

– Perdona, ¿cómo? – Emma Reed parpadeó, no podía salir de su asombro – Es un buen colega. Ya te he dicho que solo somos amigos, y no, no estoy flirteando con él si es eso lo que estás insinuando.

No daba crédito a las acusaciones de Jared y tuvo que repasar mentalmente lo que le acababa de decir. Él se quitó la chaqueta con rabia, estaba acalorado, y la dejó sobre una silla antes de acercarse a ella. Estaba a apenas un paso, haciendo el esfuerzo de no gritar, a pesar de que su tono era hiriente:

– Emma... tu ingenuidad es encantadora. Ese tío está intentando colarse en tus bragas.

Emma se volvió para mirarlo de frente, y apoyó una de sus manos en su cadera, mientras decía:

– Oye... esto es... es... Estás celoso y no tienes ningún motivo para estarlo. Yo sí tengo motivos para estar celosa de Rachel Parker. Muchos – tuvo que morderse la lengua para no decirle que había visto sus chats – Despídela. Vamos... despídela y entonces... tal vez... consideraré dejar de... de... relacionarme amistosamente como una adulta responsable con un colega al que por cierto te atreves a juzgar habiéndolo visto solo una... dos veces – el volumen de su voz aumentaba a medida que soltaba su ira y gesticulaba con las manos.

Jared se carcajeó, con algo de desprecio.

– Ah... es por Rachel. Así que lo dejas soñar con acostarse contigo... con ser tu novio... solo para castigarme por no haber despedido a Rachel aún. ¿Sabe él que solo estás jugando a ponerme celoso?

Emma entrecerró los ojos ante ese comentario.

– Eso es... una imperdonable crueldad. Estás siendo muy injusto conmigo y con él. Y lo siento, no voy a dejar de ir al museo – dijo, con una inamovible determinación – Me gusta el trabajo, quiero optar al puesto de curador cuando se abra. Y ya que te encanta recordar el dichoso contrato siempre que tienes la ocasión: tengo derecho a trabajar... ¡Joder! – exhaló frustrada, chillando ese último exabrupto.

– ¿Quieres un trabajo? Déjame hacer una llamada a Harvard, a la Universidad de Boston, Tufts, Brandeis, el Boston College... elige dónde y tendrás un puesto la semana que viene – ofreció él, con una voz ronca por su enfado.

Emma Reed se quedó atónita.

– Odio cuando te pones arrogante. Espero que entiendas lo ofensivo que puedes llegar a ser, creyéndome capaz de aceptar un trabajo que no me he ganado por mis méritos. Un trabajo comprado con tu chequera.

Jared soltó una carcajada despreciativa:

– Doné más de doscientos mil dólares el año pasado al Fine Arts Museum. ¿De verdad crees que te van a dar ese puesto de curadora solo por tus méritos?

Aquello le dolió como una hoja de acero. Emma apretó la mandíbula. Se sentía humillada y tenía los ojos aguados, a punto de echarse a llorar de impotencia y de rabia.

– No quiero seguir hablando con este... este millonario esnob e imbécil.

A Emma acabaron por rodarle las lágrimas por las mejillas. Tenía un nudo cerrándole la garganta, pero hizo lo posible por no derrumbarse.

– Tu marido – le recordó él alzando la voz, severo.

– Márchate. Vas a perder ese avión – le dijo ella, con una voz entrecortada.

Jared pareció enternecerse al verla llorar, pero estaba tan enfadado que se obligó a ser duro.

Exhaló, lastimado por el desprecio de aquella despedida. Por la certidumbre de que Emma Reed lo quería lejos de ella.

Cogió la chaqueta de su traje, con cólera, y salió de la biblioteca, dejándola allí. Emma lo oyó subir las escaleras y lo imaginó despidiéndose de Maddie. Ella lloraba.

Capítulo 34

“Dime cómo estás”, le escribió Gabriel Hayes. Ya estaba en la cama, boca arriba, cuando se iluminó la pantalla del móvil con la notificación de su mensaje. Emma aún sollozaba, desconsolada, por aquella horrible discusión con Jared. Sentía un nudo en el pecho y le dolía la garganta, de ansiedad, como si la estuviesen estrangulando. Tuvo esperanzas de que fuese Jared, pidiendo perdón o intentando hacer las paces, así que alargó la mano e inclinó el móvil para leer la notificación. Se quedó pensativa unos segundos, aún llorando, preguntándose si era prudente seguir relacionándose con Gabriel Hayes, habida cuenta de la exagerada reacción de Jared. Lo más sensato hubiese sido no contestarle, poner distancia con él en el trabajo. Sin embargo, estaba tan irritada con su marido que desconectó el teléfono del cargador y desbloqueó la pantalla, para teclear una respuesta.

“Parece que Jared y yo volvemos a las andadas. ¿Por qué los hombres sois tan idiotas algunas veces?”, le envió. Tic verde: recibido, tic verde: leído. Gabriel Hayes no tardó en llamarla. Ella no quería hablar. Estaba avergonzada, moqueando y sollozando como una niña, pero necesitaba a alguien que le mostrase afecto. También necesitaba aclarar su situación en el museo. Así que se incorporó en la cama y presionó el botón verde.

– Emma, qué ha ocurrido – preguntó Gabriel, con una voz amable.

Ella encogió un hombro.

– Hemos... hemos discutido – resumió, temblorosa, apartando las sábanas para ir al baño a sonarse la nariz – Ha interpretado como una intrusión que tú me acompañases...

Gabriel Hayes se quedó helado al notar que lloraba.

– Y él... ¿está ahí contigo? – le extrañó que estuviese hablando con él a esas horas.

– No, ha vuelto a Washington – dijo ella, atravesando el vestidor.

– Siento mucho haberte causado problemas con él. De verdad... no hubiese ido de saber que él...

– se sintió como un mentiroso al decir esto.

Una parte de él se moría de impaciencia por conocer los detalles de esa escena de celos que Jared, sin duda, le había montado. Qué habría dicho ella para defenderlo. Qué le había molestado a Jared Whiteman, para volver a repetirlo una y mil veces más.

– Ya... no es tu culpa – respondió ella y le pidió un minuto.

Dejó el móvil en la encimera, se sonó la nariz y se secó las lágrimas de la cara. En el espejo, vio que tenía los ojos enrojecidos, hinchados.

– Me ha pedido que deje el voluntariado – resumió ella, sin entrar en más detalles sobre los motivos.

Al otro lado del teléfono, Gabriel inspiró, molesto. Se sentía protector con ella.

– ¿Por qué?

– Pues porque... – Emma exhaló, la avergonzaba sugerir que su marido estaba celoso de Gabriel – Le molesta que estemos tan unidos.

Gabriel Hayes sonrió al otro lado del teléfono, triunfal.

– Espero que lo que voy a decir no te moleste, pero tu marido es un idiota y se está comportando como un niño – observó un tanto condescendiente – Tienes muchas posibilidades de conseguir el puesto de curador. No me parece justo que te pida que sacrifiques tu carrera a su conveniencia. Ya está... ya lo he dicho.

Emma Reed asintió despacio, apoyando su cadera contra la piedra de los lavabos. Se quedó unos segundos suspensa.

– Qué... – susurró Gabriel, temiendo haberla ofendido con su sinceridad.

– Me ha dicho que me conseguiría un trabajo en cualquier universidad de Boston con solo una llamada y que... que... donó al museo doscientos mil dólares el año pasado. Me dijo que me darían el puesto por esa razón, no por mis méritos. Así que... dime, Gabriel.

El curador se quedó callado, sin saber qué decir. Estaba a punto de explotar de rabia.

– Es cierto... lo de la donación – escuchó a Emma soltar una carcajada displicente al otro lado y se apresuró a decir – Pero más cierto aún es que eres una candidata perfecta y ya has demostrado con creces tu profesionalidad. Tienes sobrada experiencia y todos estamos muy gratamente sorprendidos con tu trabajo. No será por el dinero de tu marido si consigues el puesto. Y que él insinúe eso es miserable.

Emma Reed se echó a llorar con desconsuelo. Se sentía pequeña y vulgar, como una prostituta barata que ha tenido que hacerle una felación a un gordo viejo para conseguir unos dólares.

– Ya – sollozó – No me siento nada eficiente y ni profesional ahora mismo. Si llego a saber que él había hecho esa donación al museo, jamás... jamás... hubiese ido a preguntar por...

Gabriel no la dejó que terminara la frase.

– Y entonces el museo se hubiese perdido a una fantástica curadora – sonaba franco y decidido – Mira, Emma... olvídate de eso. Confía en mí. Nadie pone en duda tu valía.

El curador combatía su deseo de decirle que estaba enamorándose perdidamente de ella, que estaba celoso de Jared, que le jodía sobremanera que ella tuviese que plegarse a sus caprichos y a su vida de hombre de negocios. Que quería tenerla todo el día a su lado. Toda la noche incluso. Que ella tenía potencial y una carrera brillante. Que se merecía a un hombre que valorase su formación y sus pasiones. Y que él, Gabriel Hayes, estaba deseando darle todo lo que ella se merecía.

Emma dejó escapar aún algunas lágrimas, en silencio, esforzándose por ahogar sus sollozos.

– Vale... – logró decir después de unos segundos – Voy a colgar. Necesito... necesito... – iba a decir “llorar”, pero por sus sollozos era evidente.

Gabriel titubeó. Estaba a punto de ofrecerse ir a su casa, a charlar... Se contuvo dándose cuenta de lo inapropiado que eso iba a resultarle, dadas las circunstancias. En su lugar, se limitó a decir:

– ¿Estarás bien?

Emma afirmó y dejó escapar un débil “sí”, quebrado por los sollozos que trataba de refrenar.

– ¿Seguro?

– Sí. Solo estoy avergonzada. Debes pensar que soy una idiota.

Aquí estaba su oportunidad de nuevo para brillar como un amigo. Gabriel Hayes lo entendió así cuando replicó, con una voz suave:

– No eres idiota. El idiota es él. Lamento mucho que tengas que pasar por esto. Solo quiero que sepas que me considero tu amigo y me honra que confíes en mí. Así que no hay nada de lo que avergonzarse.

Emma se secó la mejilla con el dorso de su mano, afirmando con la cabeza:

– Vale. Te lo agradezco – susurró.

– Llámame mañana o el domingo si necesitas hablar.

– Ya te... te llamaré. No te prometo nada – resolvió ella – Buenas noches, Gabriel... y gracias.

Capítulo 35

Volvieron las videoconferencias frías e impersonales donde Emma se escondía de él y dejaba hablar a Maddie. No trató de ocultar su enojo. Cuando Maddie le pasó la tablet para que se despidiese de su padre, ella se limitó a decir “Buenas noches” con el ceño fruncido y cortó la llamada sin más. Jared le debía una disculpa y no estaba dispuesta a ceder. A él le dolió aquella actitud indolente aunque tampoco mostró ningún deseo de reconciliarse con ella. Era orgulloso. Obstinado. No estaba acostumbrado a pedir disculpas. Siempre compraba o conseguía lo que quería y ahora estaba empeñado en que Emma dejase el museo. Se sentía ridículamente amenazado por Hayes. Él, que tenía dinero, una empresa millonaria, influencia, sin embargo tenía una desventaja crucial contra Gabriel: un contrato prematrimonial que a él le daba una recta seguridad, pero que a Emma Reed la hacía sentir como una empleada. Por mucho que él la quisiese ahora, eso no borraba la cruda realidad: se habían conocido y casado a través de un contrato. Ella siempre se sentiría obligada a quererlo. Gabriel Hayes estaba entrándole de otra forma, haciéndola sentir protegida y libre, dándole lo que ella había buscado desde el principio: un romance. En su habitación de hotel, tratando de seguir con su proyecto frente a su ordenador a altas horas del domingo, Jared Whiteman no conseguía concentrarse, a pesar del café largo que tenía en su mesa. Tenía una reunión importante el día siguiente a las tres: una presentación frente al estado mayor en la Casa Blanca. Después, una cena. Y no podía concentrarse.

(12:52 AM) Rachel: Sigues despierto y llevas todo el fin de semana de mal humor.

(12:52 AM) Rachel: ¿Problemas en el mundo feliz de los Whiteman?

(12:52 AM) Rachel: Déjame consolarte.

Apareció una notificación en su escritorio. Jared se quedó mirando el chat. Una parte de él, la que estaba encolerizada con Emma Reed, se imaginó recibéndola en la habitación para quitarse a su esposa de la mente. Para sacudirse aquella sensación de derrota al considerar que lo que le ofrecía no era suficiente para ella.

(12:54 AM) Jared: Ven aquí.

Capítulo 36

Lunes. Emma no había dormido casi nada aquellos días. Volvió la cabeza y vio clarear la luz de la aurora. A pesar de su enfado, no pudo evitar alegrarse al recordar que Jared estaría de vuelta en Boston el jueves. Tenían que hablar. Se iba a volver loca si no hablaban y solucionaban aquella situación. Le dolía la cabeza y cerró los ojos, con una mano sobre la frente. Gruñó. En tres horas y cuarto tendría que estar en el museo.

Le costó salir de la casa, con su termo de café en la mano. Era el primer día de vacaciones para Maddie. En el taxi hacia el museo, Emma exhaló, recordando los ojos de su hija, diciéndole adiós a la puerta. Todo aquello había dejado de tener sentido. Estaba enamorada de Jared Whiteman y él también de ella. ¿A qué estaban jugando? Solo había que hablar y sincerarse. Preguntarle si se estaba acostando con Rachel. Si quería que su matrimonio fuese real. Explicarle lo que ella necesitaba y exigirle que se lo diese o renunciar de una vez por todas. Quererse o divorciarse. No podían seguir así.

Gabriel notó en seguida su vacilación. Sin que ella lo viese, la observaba en su escritorio, garabatear en su libreta, con la cabeza en otro lugar. Luego, emitía un suspiro de desesperación, se revolvía en la silla y estiraba el torso, resuelta a seguir con las tareas administrativas que él le había dado para esa mañana. A los diez minutos volvía a estar absorta, bebiendo un sorbo de su café. Tenía ojeras y estaba pálida. No lo había llamado en todo el fin de semana. Se le estaba escapando. Jared había conseguido que ella se alejase de él.

Y Gabriel Hayes estaba allí, callado, a la espera. Sin saber bien cómo volver a ganarse su confianza.

Así que, cuando recibió la circular administrativa, le dio al botón de imprimir. Cogió el papel y acercó su silla, haciéndola rodar por el suelo enmoquetado, hasta plantarse a su lado. Puso el impreso delante de ella, sobre la mesa. Ya era oficial: se había abierto el plazo de solicitud para el puesto de curador. Gabriel estaba sonriendo.

– Por fin. Seguro que esto te alegra el día – le dijo.

Emma lo leyó despacio, sin que cambiase su expresión. No parecía ilusionada, aunque sonrió.

– Ya... – fue lo único que dijo, soltando el lápiz sobre su libreta y reclinando su espalda en el respaldo, mientras se llenaba de aire los pulmones y se cruzaba de brazos.

– Vaya, esperaba más entusiasmo – sonrió Gabriel – Qué está ocurriendo en esa cabecita, cuéntame.

La vio agitar su cabeza, en uno y otro sentido, pensativa, antes de decir:

– Pues que... no sé si voy a solicitar este puesto, la verdad – confesó ella.

Gabriel arrugó la frente, con una sonrisa helada sobre sus labios. Sus ojos azules trataron de descifrar aquella confesión en las pupilas verde azules de Emma.

– Hablamos de esto por teléfono. Por favor, no dejes que tu marido decida por ti.

– No se trata de eso, Gabriel – se quejó ella.

– Oh, vamos. No volvamos a esa tontería: la dichosa donación del año pasado – trató de animarla Gabriel – Yo quiero que seas tú. Soy tu amigo. No te mentaría. Estás preparada y quiero tenerte aquí trabajando conmigo.

Su insistencia, o tal vez la forma en que estaba diciendo todo aquello, agónicamente, hicieron desconfiar a Emma. “Yo quiero que...”, “conmigo”... Extraña elección de palabras, se dijo Emma Reed, estudiándolo con sus ojos.

– Jared piensa que tú estás interesado en mí – le aclaró.

Gabriel se sorprendió por su franqueza, pero sobre todo, sintió golpearlo una ola de celos.

– Ya veo. Vas a apartarme de ti porque tu marido, que te la está pegando con otra en Washington, se siente inseguro – le recriminó Gabriel.

Emma se incorporó, dolida por su desparpajo, con la boca abierta y una sonrisa de aprensión en el rostro:

– ¿Qué? – preguntó, antes de saltar de la silla – Eso es justo lo que necesitaba oír... gracias – le dijo, golpeada por aquella crueldad que no esperaba de Gabriel.

Él se levantó también y rodeó la silla, aunque guardó la distancia.

– Y qué quieres oír. ¿Que te quiere? ¿Que no se ha acostado con esa mujer? – preguntó él, con cierta hiriente ironía – ¿Has leído esos chats? He tratado de animarte lo mejor que puedo, pero es que... me irrita que continúes tratando de agradar a Jared. No se lo merece. No te merece.

Emma estaba atónita, con sus manos plantadas en la cintura, mirándolo como si se hubiese transformado en otra persona.

– Qué estás tratando de decirme – se atrevió a desafiarlo, agotada de todas aquellas conversaciones crípticas en las que las verdades se pronunciaban a medias.

– Tú ya deberías saberlo: me gustas. Me siento muy atraído por ti – supo que era un error justo después de pronunciarlo.

Emma levantó sus manos y las dejó caer, con impotencia.

– Dios... ahora resulta que Jared tenía razón. Te defendí. Le dije que no, que solo eras mi amigo y que no estabas “tratando de colarte en mis bragas”. Y ahora resulta que él tenía razón después de todo – se apartó el pelo de las sienes con las manos – Mira... tengo que irme – resolvió, acercándose al perchero para coger su abrigo – Estoy cansada de estos juegos.

– Emma... no te vayas. Déjame explicarte...

– No. No quiero explicaciones – lo cortó ella.

– ¿Colarme en tus bragas? – repitió él, tratando de salvar la situación en los pocos minutos que le quedaban. Estaba ansioso e irritado, viéndola marcharse así, sin darle siquiera la oportunidad de declararse – ¿Qué clase de estupidez es esa? Estoy enamorándome de ti y me exaspera que salgas huyendo de algo bueno y te conformes con las sobras que te va a ofrecer Jared. Te engaña ahora y te engañará siempre con todas las que quiera y, mírate, estás dispuesta a perdonarlo, lo estoy viendo en tu cara – le decía, en un intento desesperado de descalificar a Jared, mientras ella se ponía su abrigo beige y se lo ataba a la cintura – ¿Haces esto porque tiene dinero?

Emma le lanzó una mirada fría, colgándose el bolso.

– Ahora me insultas – observó – Creí que había dejado claro que quiero a Jared. Y a pesar de lo que digas, sé que él también me quiere a mí. Así que... me voy a aclarar todo esto. Espero que te vaya bien – se despidió, cogiendo el termo de la mesa, dispuesta a no volver jamás.

Gabriel Hayes no acababa de creerse lo que estaba ocurriendo. La vio salir hecha una furia, sin mirar atrás. La había perdido.

Capítulo 37

Liam Davies, en el hall del Sofitel, envió aquel mensaje de texto solo siete minutos antes de que Emma Reed abriese la puerta y se diese de bruces con la realidad: “La Sra. Whiteman y su hija van hacia la suite”. La había saludado junto al mostrador de recepción.

– Qué sorpresa, Sra. Whiteman... No la esperábamos... – titubeó el ayudante.

Emma sonrió al coger la tarjeta-llave.

– Bueno... esta vez he hecho yo la reserva. Me imaginé que estaría ocupado hoy, y además... fue una decisión de última hora – explicó ella – ¿Llego tarde para unirme a esa cena formal?

Liam Davies pareció perdido en sus pensamientos unos segundos. Su sonrisa resultó un tanto forzada.

– No, en absoluto. Me encargaré de comunicarlo.

– Bien – dijo Emma – También necesitaremos a una niñera.

Liam asintió y le respondió que se encargaría de todo. Emma se limitó a sonreír antes de agarrar el asidero de su maleta con una mano. De la otra, a Madelaine Whiteman. Se volvió y se dirigió a los ascensores. Tenía prisa por llegar a la suite. Ver la sorprendida cara de su marido. Tal vez unos besos apresurados antes de correr a cambiarse, maquillarse.

Liam envió esas palabras a su jefe porque quería evitar aquella catástrofe. Corría el riesgo de arruinar la sorpresa de Emma Reed, pero con un poco de suerte, evitaría una crisis justo antes de aquella importante cena en la Casa Blanca. Entendió que su jefe tenía problemas con su esposa cuando le informó de que ella no iba a venir a Washington ese fin de semana. Cuando él llegó de un humor de perros el viernes por la noche y le pidió que reconfigurase la mesa: su esposa tampoco asistiría a la cena del lunes. Y luego estaba la conversación al teléfono con el abogado Sterling, de la que Liam fue testigo por unos minutos. No había que ser demasiado inteligente para interpretar los signos y componer el puzle. Así que cuando vio a la Sra. Whiteman al mostrador de recepción, lo primero que le vino a la mente fue que se había cruzado con Rachel Parker al salir él de la suite apenas media hora antes. Seguramente ella estaría aún allí, con él.

Por desgracia, el bueno de Liam Davies no pudo evitar el desastre.

Emma Reed se quedó atónita cuando abrió la puerta y sus ojos se encontraron con Rachel Parker, envuelta en una toalla del hotel. Sobre su piel brillaban aún algunas perlas transparentes de agua. En el baño se oía el repiquetear del agua sobre el cuerpo de su marido y el suelo de la ducha.

– Me... me visto en seguida – fueron las palabras de Rachel.

Levantó un dedo índice, como si estuviese pidiéndole un minuto. Sus ojos brillaban, maliciosos, mientras alargaba su mano, inclinándose para recoger su ropa, desperdigada por el suelo: un vestido largo, plata, hecho un revoltillo. Un sujetador negro. Unas bragas. Dos sandalias en lugares dispares de la habitación.

Emma contuvo el aliento unos segundos con una expresión de asombro, parpadeando. Se sentía adormilada, confusa, como si estuviese en medio de una pesadilla y no supiese cómo despertar. Presionó su mano sobre la mejilla de Maddie, apretando a la niña contra su pierna, protectora. Sus ojos no daban crédito.

– Le diré a Jared que estás aquí – ofreció Rachel, en un murmullo, entrecerrando los ojos, con una pequeña sonrisa, antes de dirigirse al dormitorio con todas sus cosas apretadas contra su vientre.

Emma pensó que iba a desmayarse. Exhaló a trompicones. Le cogió la mano a Maddie y se volvió a toda prisa hacia el pasillo, arrastrando su maleta.

– ¿Y papá? – preguntaba Maddie, trotando para seguir el acelerado paso de su madre – ¿No

vamos a ver a papá?

Emma Reed no podía hablar. Tenía un nudo en la garganta.

Capítulo 38

Le había dado la tablet a Maddie, para que no hiciese preguntas, y la tenía sentada al lado, en el taxi de vuelta al aeropuerto, mirando vídeos. Emma Reed estaba tratando de no explotar a llorar, con una mano cubriéndose la boca y la nariz. Limpiándose las lágrimas que le rodaban de vez en cuando por el marco de la cara. Era una idiota. Allí estaba la confirmación de que Jared le había sido infiel. El móvil le vibró en el bolsillo del abrigo y no pudo evitar sollozar al ver que era él.

– ¿Por qué lloras, Emma? – le preguntó Maddie.

Ella negó con la cabeza.

– No es nada, cariño. No te preocupes. Creo que estoy enferma y es mejor que nos vayamos a casa.

– ¿Sin ver a papá? – preguntó Maddie.

– Sí... pero él viene en tres días – trató de consolarla.

Maddie se puso de rodillas en el asiento y se abrazó a Emma. Esto no hizo sino derrumbarla. La apretó contra su pecho, llorando.

– ¿Se encuentra bien, señora? – le preguntó el taxista, mirando por el espejo retrovisor.

Emma se limitó a asentir, a través de sus entrecortados sollozos de dolor.

Compró billetes para el siguiente vuelo a Boston en el mostrador de American Airlines. Sentada en un apartado rincón cercano, Emma Reed se atrevió a cogerle el teléfono a su marido a la quinta llamada. Se apartó unos metros de Maddie, y trató de mantener el volumen de su voz lo suficientemente bajo como para evitar que la niña oyese aquella conversación:

– No me... no te atrevas a llamarme – le dijo ella.

A Jared lo cogió por sorpresa la tosquedad de su tono. Iba ya hacia la cena, con Grayson Martínez a su lado, sentado en el asiento trasero de una limusina.

– Qué está pasando – le lanzó, irritado – Por qué me hablas así.

Emma resopló una sonrisa de incredulidad:

– Ah, ya veo. Rachel no se ha atrevido a contártelo.

Jared arrugó el entrecejo.

– ¿Rachel? – repitió, confundido.

– Sí, Rachel. Estaba en tu habitación, desnuda y mojada, cuando yo abrí la puerta. Tú estabas aún en la ducha.

Jared no daba crédito a lo que estaba oyendo, como si estuviese en una ficción distópica. Se revolvió el pelo con una mano, pensativo, tratando de entender. Su cabeza iba a mil por hora, repasando mentalmente la tarde. Emitió un gruñido cuando ató los cabos, y exhaló, pellizcándose el labio inferior, incómodo.

– Hmm... – titubeó, apretando sus párpados, sin saber qué decir para que no sonase a excusa.

Resopló con impotencia.

– ¿Vas a decirme que no es lo que parece? – preguntó ella con sarcasmo.

Jared guardó silencio unos segundos:

– Voy hacia la cena. Déjame que te lo explique luego – le pidió él.

Sonaba tranquilo, a pesar de estar en shock.

– No. No quiero escuchar tus excusas. Me voy a Boston con la niña.

– Emma... por favor – le rogó en un murmullo.

Ella no quiso escuchar más. Cortó la llamada.

En el coche, Grayson estudiaba a Jared mientras él permaneció ensimismado mirando la pantalla

de su móvil, aún componiendo las piezas de lo que había ocurrido aquella tarde.

– Ya no voy a esperar más. La quiero fuera de la empresa – fue lo único que le dijo Jared.

Capítulo 39

Cuatro horas y media más tarde, llegó con los ojos enrojecidos a la casa de Boston, destrozada, con Maddie en brazos, dormida sobre su hombro. Abrió la puerta con su llave y dejó la maleta en el hall. Subió la escalera a oscuras y le quitó la ropa a una Maddie somnolienta, sobre su cama. Le puso el pijama y la cubrió con la colcha.

Se quedó de pie, mirándola en la oscuridad. Es posible que él cogiese un vuelo privado y se plantase allí esa misma noche. Presionó sus dedos sobre sus labios, imaginándose la clase de crueldades que intercambiarían. Jared le diría que ella había estado tonteando con Gabriel Hayes, que él estaba celoso y enfadado por su frialdad con él, con su obcecación. Que él podía acostarse con quien quisiera y cuando quisiera, que había sido claro desde el principio. Que lo había hecho para castigarla. Para enseñarle una lección sobre los límites de sus exigencias. Ella le diría que daba la impresión de que ya estaba acostándose con ella mucho antes de aquel fin de semana, que había visto sus chats...

El chat. Había dejado de mirarlo esos últimos días. Se sentía sucia y desleal espiándolo, pero recordar la sonrisita de Rachel mientras recogía su ropa, la hizo dar un salto, salir de la habitación de la niña y apresurarse hacia la biblioteca. Se desplomó en su butaca y presionó el botón de encendido de su ordenador, escuchando el teléfono vibrar otra vez. Era Jared.

Seguramente ya estaría de vuelta en su habitación del Sofitel. Ella no respondió. Cada segundo que el sistema tardó en descargarse le dolía como si le estuviesen sangrando el corazón.

Cuando se abrió el chat y leyó la última línea de la madrugada anterior, volvió a echarse a llorar: “Ven aquí”, le había dicho Jared. Le temblaban las manos cuando cogió su móvil y tecleó un mensaje: “Ahórrate las explicaciones”.

Dejó el ordenador conectado y el chat abierto. Ya no le importaba que él supiese que había visto esas comunicaciones con su amante. Sentía asco. Se levantó de la silla entre sollozos, mareada, y se apresuró al baño de la primera planta. Arrodillada frente al inodoro, vomitó. Se lavó la cara con agua fresca y se pasó la mano húmeda sobre la nuca, pensando.

Capítulo 40

Esa fue la noche en que salió de la casa para refugiarse en el Element, un hotel en el distrito de Seaport, al sur. Antes de irse, metió ropa para una semana en una maleta más grande, y llamó a la asistente.

– Sra. Flores... Lamento mucho tener que molestarla y pedirle esto – le dijo.

La asistente mexicana notó en seguida que la Sra. Whiteman estaba alterada.

– Tengo que irme unos días y acabo de pedir un taxi. ¿Le puedo pedir que se quede en la casa con la niña?

A Eloísa le extrañó que saliese de esa forma en mitad de la noche, pero se vistió con su uniforme y apareció, pulcra, unos minutos más tarde. No hizo preguntas. Las luces del taxi brillaban tras los cristales. Emma se detuvo a mirar arriba, en el hueco de la escalera. Le costaba dejar a su hija y se echó a llorar.

Se pasó dos días encerrada en su habitación del hotel, casi a oscuras, pidiendo comida al servicio de habitaciones, con el teléfono apagado entre las manos, excepto por los minutos en los que hablaba con su hija. Llamaba al teléfono de la casa, que solía atender Eloísa y le preguntaba si el Sr. Whiteman estaba allí. Si le decía que sí, colgaba.

Él llegó a Boston cuando ella ya se había marchado. Estuvo en la casa los primeros dos días, trabajando desde allí. Desesperándose ante el silencio de Emma. Cuando se sentó a su escritorio y vio la sesión abierta del chat, gimió. Se paseó como un lobo enjaulado junto a la silla, entendiendo por qué ella se había ido así. No paró de llamarla. Llamó incluso a Diane a la galería, imaginando que Emma, tal vez, estaría en Chicago. El miércoles fue a las oficinas del centro, en un intento de despejar su mente, pero no aguantó allí más de dos horas. Estaba inquieto, cada vez más preocupado. Odiaba esperar. Unas veces furioso y otras desesperado, sobrellevó esos cuatro días de silencio sin poder dormir ni trabajar apenas. Sabía que ella estaba bien porque su hija le contaba que había hablado con Emma. Entonces, él volvía a marcar su número. Ella nunca contestaba.

Cuando encendía su móvil, Emma podía ver que tenía llamadas perdidas de Gabriel Hayes, de Terry, Diane, Laurie... incluso Alice Whiteman la había llamado. Mensajes de Jared preguntando dónde estaba y pidiéndole que volviese a casa. Más de quince llamadas perdidas de su marido y algunos mensajes al contestador que no quiso escuchar. No quería hablar con nadie, solo con Maddie.

Eso fue hasta el viernes de aquella atroz semana, la más dolorosa en la vida de Emma Reed. Ese viernes, llorando, llamó a Laurie Martínez, para consultar algo con ella.

– Por favor... no le digas nada de esto a Jared . Te lo ruego – le pidió Emma.

– Por supuesto que no, no te preocupes. ¿Necesitas algo? ¿Quieres que vaya a verte?

– No... estoy bien. Solo quiero estar sola.

Después, llamó a Pat Henderson y le contó lo que quería. Y por la noche, después de espiar un rato a su niña y a su marido por la cámara de vigilancia, le envió aquel mensaje a Jared, después de esos días en el más absoluto silencio: “Llámame, necesito decirte algo”. Él la llamó apenas dos minutos más tarde:

– Emma, vas a volver a la casa inmediatamente – fue lo primero que dijo, en cuanto Emma aceptó la llamada.

Su silencio lo exasperaba. Revolviéndose el pelo con frustración, Jared Whiteman probó de nuevo:

– ¿Me estás escuchando? Quiero que vuelvas a casa ahora. Tenemos que hablar.

– No – la oyó decir, impenetrable – Iré el martes a su oficina, a las cuatro, con mi abogada. Le aconsejo que avise a Sterling.

Él cerró los ojos y contuvo el aliento. Le dolió que lo tratara de “usted”, como si fuese un extraño. Resopló, dio unos pasos en mitad de la habitación, a oscuras, sin saber qué decir. Tuvo que hacer acopio de todo su coraje para preguntar:

– ¿Me vas a pedir el divorcio? – Jared se quedó a la escucha, pero al otro lado, solo se oía la respiración calmada de Emma.

– Hablaremos el martes – contestó ella con una frialdad lacerante.

– Dime dónde estás y yo iré a hablar contigo esta noche.

Se dio cuenta de que había cortado antes de que él acabara la frase y se quedó oyendo el beep-beep unos segundos, incapaz de reaccionar.

Capítulo 42

Jared Whiteman canceló todos sus compromisos para aquella tarde. Le irritaba la obcecación de Emma. Su terminante negativa a escuchar. Había entendido que quería humillarlo, reuniéndose así, en la sala de juntas donde él la había sojuzgado nada más conocerse. En presencia de los abogados Sterling y Henderson, como si él no mereciese siquiera la oportunidad de explicarse. Para impedir que él le dijese cosas demasiado personales, tratando de que entrase en razón. O tal vez para que estuviese obligado a rogar delante de ellos. Admitir que se había equivocado. Con seguridad (Jared pensó cada día hasta ese martes), Emma Reed iba a pedirle el divorcio. Trataría de negociar una custodia compartida. Un plan de visitas con Maddie. Todo esto lo discutió el lunes, en su oficina, con su abogado. Alexander Sterling lo observó con sus pequeños ojos oscuros, tras sus lentes. Jamás imaginó que el frío hombre de negocios fuese a enamorarse de aquella muchacha de San Diego. No lo creía capaz, y lo enterneció verlo angustiado, ansioso. Estaba irritado con Emma Reed. Molesto por su insensible forma de castigarlo. Por la facilidad con que había ignorado todos sus mensajes, sus llamadas. Se mostró inflexible, dispuesto a imponer las condiciones del contrato si ella se atrevía a seguir adelante.

Él y Sterling ya estaban en la sala de juntas cuando Emma llegó, acompañada de Pat Henderson. Se saludaron tensamente, sin estrecharse la mano siquiera. Estaba pálida y demacrada, aunque se había maquillado para ocultarlo. Los ojos de Jared, desde el otro lado de la mesa, parecían estar exigiéndole que desistiera de aquella locura. Con una dura indolencia, Emma Reed se mantuvo impasible, sin ofrecer ninguna muestra de estar dispuesta a ablandarse.

– Bueno... ustedes dirán... – inició la conversación Sterling, separando sus manos, con un bolígrafo entre sus dedos.

Pat Henderson aún estaba sacando papeles de su maletín. Su energía contrastaba con la abulia de Emma, sentada a su lado, sin moverse si no era para parpadear. No parecía nerviosa, como aquella otra vez cuando se reunieron en esa misma sala. Se mostraba irritantemente distante. Jared apartó sus ojos de ella, inspirando despacio, mientras tiraba de las solapas de su chaqueta y se acomodaba en su silla.

– Mi cliente solicita el divorcio – lanzó la bomba Pat Henderson, mecánica, sin ningún tipo de emoción, con sus índices y sus pulgares apoyados sobre su resumen.

Jared no reaccionó, si no es porque sus orificios nasales se tensaron, y movió el pulgar sobre su barbilla. Sus ojos también se ensombrecieron con su enojo. Los tenía fijos en Emma, que entonces lo miraba, dura como una piedra.

Sterling tampoco mostró sorpresa ante aquel anuncio.

– Bien. Las condiciones del contrato matrimonial que su cliente firmó hace cuatro meses son claras con respecto al procedimiento: la Sra. Whiteman deberá abandonar Boston y se impondrá una orden de alejamiento que impedirá cualquier forma de contacto personal con la Srta.

Madelaine Whiteman, bien sea a través de llamadas... visitas regla... – le recordaba Sterling.

– Mi cliente solicita la anulación inmediata de ese contrato – acertó Pat Henderson, con un tono de voz más severo que el de Sterling, a quien siempre le costaba parecer firme.

El abogado Sterling hizo el amago de volver la cabeza para mirar a su jefe, aunque al final lo único que acabó moviendo fueron sus pupilas dentro de sus ojos, empequeñecidos por el efecto de sus lentes.

– Me temo que eso no es posible – respondió el abogado. Le dirigió una mirada a Emma Reed.

– Bien. Supongo que entonces su cliente declina hacerse cargo o mantener contacto con su

futuro... – Pat hizo una pausa dramática antes de soltar la última palabra: – hijo.

Emma Reed, con los codos sobre los reposabrazos, tensó sus dedos, entrelazados sobre su abdomen, mientras observaba la reacción de Jared. Él inclinó apenas su cabeza y miró a Sterling de soslayo, antes de saltar de la silla para inclinarse sobre la mesa. Con una sonrisa atónita, descreída, preguntó, mirando a su esposa:

– ¿Cómo?

– Mi cliente está embarazada de seis semanas – contestó Pat Henderson, extendiendo una ecografía, que dejó en la mitad de la mesa.

– Pero eso es... imposible – intervino Sterling – Según tengo entendido, la Sra. Whiteman ha estado tomando un tratamiento anticonceptivo...

Toda clase de ideas se apilaban en la cabeza de Jared Whiteman. Sus ojos llameaban, mirando a Emma.

– Así que solo era esto: dejaste de tomar la píldora para presionarme y conseguir el acuerdo de divorcio que tú querías... – la acusó Jared, con frialdad, dejándose de formalismos legales.

Al otro lado, Emma frunció el entrecejo, ofendida por sus sospechas:

– Pensar que yo haya podido traicionarte de esa forma... ¿te hace sentir menos culpable? – le preguntó ella con mordacidad.

Jared entrecerró apenas sus ojos, dolido por su tono.

– Uno de los medicamentos que Emma tomó para la gripe contenía fluconazol. Su ginecólogo cree que este componente pudo reducir la efectividad de los anticonceptivos. Hay algunos estudios médicos que así lo sugieren, a pesar de que la mayoría de expertos descarta que el fluconazol reduzca las concentraciones plasmáticas de estrógeno. Se trata de una cuestión no probada así que es difícil saber exactamente qué pudo ocasionar esta... feliz... circunstancia.

Jared, que había estado escuchando atónito las explicaciones de Henderson, se echó a reír, sardónico, ante su inverosímil elección de adjetivos, volviendo a reclinar su espalda contra su respaldo. Estaba receloso y no daba crédito a lo que estaba ocurriendo. Sentirse así de vulnerable lo descolocaba. Estaba acostumbrado a tener el control y, de repente, Emma parecía tener todas las cartas ganadoras en la mano. Estudiándolo, Emma Reed sintió una agrídulce sensación ante su derrota.

– Bueno, creo que... – Sterling volvió la cabeza para observar a Jared – Lo más sensato es escuchar su propuesta de acuerdo y, después de estudiar nuestras opciones, nos sentaremos a negociar.

Jared Whiteman estaba preguntándose si Emma había estado tramando aquel magistral plan desde que se casaron. Un dedo índice en horquilla, acariciando nervioso su labio inferior. Los huesos de sus mandíbulas se tensaron. Sus ojos no se apartaban de Emma, a la que vio ahora bajar su mirada, concentrarse en sus manos.

– Mi cliente solicita ser reconocida como legítima madre de Madelaine. Como tal, disfrutará de un régimen de...

Lo cierto es que Emma no estaba disfrutando tanto como creía en aquella reunión. Su amor por Jared afloraba a trompicones a cada muestra de su indignación. Se había propuesto no ablandarse, pero él parecía genuinamente dolido. A su lado, Pat Henderson explicaba sus condiciones de divorcio, frías e inflexibles: un apartamento cercano a la casa de Jared, visitas diarias mientras Jared estaba en la oficina, fines de semana alternos, la mitad de sus vacaciones escolares, el derecho a asistir a sus celebraciones; Emma Reed tendría la custodia íntegra del segundo hijo, pero ofrecía a Jared un similar régimen de custodia.

– ... Si usted quisiera formar parte de la vida familiar de este niño, por supuesto – aclaró Pat.

Jared Whiteman reaccionó a esta suposición, ofuscado, incorporándose de nuevo y lanzándole una fulminante mirada a su esposa:

– ¿Si yo quisiera? – repitió él, arqueando una ceja – Emma, ¿podemos hablar tú y yo a solas unos minutos? Creo que me lo debes – pidió Jared en un murmullo entrecortado, en el que se mezcló a partes iguales su ternura y su severidad.

Emma Reed guardó silencio, miró a Pat Henderson, que la observaba a su lado. Pat le estaba diciendo con sus ojos que no tenía por qué quedarse a solas con ese hombre si tenía miedo de él, pero Emma acabó por asentir.

Al levantarse de su silla, Henderson advirtió, casi como una amenaza:

– Estaremos en el pasillo – y cogió su termo de café, para seguir bebiendo en compañía de Sterling, al otro lado de la pared acristalada.

Capítulo 43

Jared se quedó suspenso, mirándola, con los antebrazos apoyados sobre la mesa, frente a sí, y los dedos de sus manos entrelazados. Escuchó a Sterling cerrar la puerta, pero aún guardó silencio unos segundos más, considerando lo que iba a decirle. Tenía que ser cuidadoso, derrotar su propio orgullo. Suplicar, si era preciso.

Vio a Emma levantarse, despacio, y acercarse a la ventana, cruzando los brazos sobre su pecho. Se mantenía distante. Dándole la espalda y concentrándose en la ciudad, le sugería que no quería dejarse convencer, dejarse engatusar por él.

– Déjame explicarte por qué no soporto a mi padre – le soltó Jared, en un tono calmado.

Emma arrugó apenas la frente, sin comprender por qué aquello era importante ahora, pero no dijo nada.

– Vivíamos en Nueva York, en el Upper East Side. Yo debía tener apenas catorce o quince años y pasaba todo el curso en un colegio privado, en Maryland. Era noviembre, un par de días antes de Acción de Gracias. Mi profesor de historia, el Sr. Jackson, un viejecito venerable de Virginia, canceló su examen previsto para el día siguiente y nos animó a ser rebeldes saltándonos las clases, así que cogí el tren a Nueva York y me presenté en casa antes de lo previsto. Mi madre no estaba, y a él me lo encontré en la cama con una muchacha de apenas veinte años. Le grité, lo insulté, y faltó muy poco para que acabásemos a golpes. Cuando le pregunté por qué le hacía esa canallada a mi madre, él me miró como si no entendiera mi pregunta, y se limitó a decir: “Hijo, no hay infidelidad si tu madre jamás llega a saberlo. Así que guardemos este asunto entre nosotros, como hombres”. Una hora después yo ya le había contado todo a mi madre y él estaba haciendo sus maletas. Jamás se lo he perdonado. No me gustan las traiciones. Lo que trato de explicarte es que jamás fue mi intención comportarme así contigo. No me acosté con Rachel – articuló esa última frase más despacio. Su voz transpiraba desesperación porque ella lo creyera.

Jared Whiteman se levantó de su silla y se acercó al ventanal. De pie, junto a la mujer que amaba, apoyó su cuerpo contra la repisa inferior, de espaldas al cristal, con las manos en los bolsillos. Emma sintió su cuerpo tensarse al tenerlo cerca. No quiso mirarlo y siguió con sus ojos fijos en los edificios del otro lado de la calle.

– Ya. Bonita anécdota – susurró – Tu contrato no se corresponde con esa inquebrantable integridad.

– Emma: ese contrato era duro a propósito. Tenía que asegurarme de que no te casabas conmigo solo por las ventajas. Había que incomodarte con eso, con la lista de prácticas sexuales, con la falta de libertad. Solo trataba de protegernos a Maddie y a mí. Yo también estaba abriéndole la puerta de mi vida a una extraña.

– Entenderás que me resulte imposible creerte habiendo visto a esa mujer desnuda en tu habitación

– le recriminó, exhalando una carcajada de desprecio. En sus ojos había tristeza.

Jared asintió, inhalando despacio.

– Lo entiendo. El problema es que no me has dado ni siquiera la oportunidad de explicarte lo que pasó – él volvió la cabeza y se quedó mirándola.

Emma arrugó la frente de nuevo, agitando su cabeza en una sostenida negativa, indicando que prefería no escuchar excusas, que no tenía sentido que se esforzara en explicar lo evidente.

– No se me ocurre ninguna razón lógica por la que Rachel Parker pudiese estar desnuda y mojada en tu suite, mientras tú estabas en la ducha. Sobre todo después de haber visto ese chat de la noche anterior – a este punto Emma giró el cuello y le clavó sus pupilas verde azules.

Jared le sostuvo la mirada:

– Los chats... Sterling me recomendó que la dejase seguir molestándome a través del chat. Puedes preguntarle. Le he estado mandando capturas de pantalla desde que empezó – explicaba con laconismo. No parecía importarle que ella los hubiese leído – Y explícame dónde exactamente da la impresión de que me estaba acostando con ella. Le dije varias veces que no o la ignoré. Llegué a bloquearla – le recordó Jared.

Emma volvió a reírse.

– Jared, te mandó una foto desnuda. Dijo que quería acostarse contigo “otra vez”... En el último que vi le dijiste que fuese a tu habitación... – se le empezaron a aguar los ojos.

– Y me alegro de que enviase esa foto. Me va a proteger ante la injuriosa demanda de acoso que ha anunciado va a interponer. No es un secreto que en el pasado me acostaba con ella: antes de que tú y yo nos casáramos. Y sí, le dije que viniera a la habitación: a grabar una conversación con ella. También puedes pedírsela a Sterling – hizo una pausa, detenido en el dolor que podía ver reflejado en los ojos de Emma Reed – Lo intentó. Le dije que no iba a pasar nada. Eso fue lo que pasó.

A Emma se le cayeron las lágrimas de los párpados, pero siguió con la mirada fija en el vacío de la calle.

– Qué estrambótica explicación tienes para que estuviese desnuda al día siguiente. ¿También le dijiste que se fuera entonces? – bromeó con tristeza.

Jared deseaba abrazarla y darle un beso, sanarla con su amor, pero se contuvo. Era importante ser transparente. Hablar.

– Vino a editar un documento que teníamos que enviar antes de la cena. Faltaba poco para la hora, así que le dije que lo acabase ella y me fui a la ducha. Liam me envió un mensaje diciendo que subías, y ella debió ver la notificación. La verdad es que no sé exactamente, Emma. Ya no estaba allí cuando yo salí del baño, así que no... – se le perdió la vista un momento en el vacío, sintiéndose un idiota por haberle dado la oportunidad a Rachel de hacer una crueldad así – Supongo que lo preparó todo para causar esto... nuestra ruptura.

Emma deshizo el nudo de sus brazos. Emitió una risa cáustica, cargada de ironía, todavía llorando.

– ¿Esperas que me crea eso? – dijo, volviéndose para mirarlo – ¿Te das cuenta de lo... de lo extraño y poco creíble que suena?

– Sí... – admitió él, asintiendo – Lo sé, pero es lo que pasó. Y tú estás dispuesta a divorciarte por una infidelidad que yo no he cometido.

Se imaginó a Rachel quitándose la ropa, arrojándola por la habitación. Quizás usando la ducha de Maddie. Emma agitó su cabeza mostrando su aturdimiento ante esas extrañas imágenes. Descansó sus manos sobre sus caderas, en jarras. Estaba inquieta y azorada. Lo cierto es que Jared pareció desconcertado cuando hablaron por teléfono estando ella en el aeropuerto. Aún así, no negó sus acusaciones. Pellizcándose sus labios con las yemas de sus dedos, meditabunda, mirándose la punta de sus zapatos de tacón, Emma estaba tratando de analizar todo lo que había pasado desde esa otra perspectiva, desesperada por encajar todas las piezas o por descubrir las inconsistencias de su historia.

– Uno de los fines de semana que fui a Washington, ella me abordó en el baño del restaurante y sugirió que seguías con ella – recordó, esgrimiéndolo como un arma contra Jared.

– Bueno, parece evidente que también te mintió entonces – dijo él, calmado, y volvió a repetir: – No me he acostado con ella.

No podía apartar sus ojos marrones de los de su esposa y, en ellos, Emma solo parecía encontrar

franqueza. Suspensa, aturdida, desorientada. Así se sentía, como si estuviese girando en una vertiginosa espiral. Ya no sabía qué creer. Se presionó los dedos sobre el entrecejo, exhalando con frustración. Seguía esforzándose por encontrar el fallo en aquel disparate, y Jared Whiteman esperó, paciente, dándole tiempo para decidirse.

– No sé cómo decirte que te quiero – murmuró él, apenas audible, viéndola debatirse en sus dudas

– Te quiero. Quiero que estés conmigo y que seamos una familia.

Emma Reed exhaló, en pánico, dando un paso atrás, poniéndose a la defensiva de nuevo.

– No, no, no... – murmuraba Emma.

Él se mesó el pelo con una mano, resoplando de frustración. Tenía la boca seca y empezaba a faltarle el aire.

– Es que no... no puedo. Con ese maldito contrato no puedo más – balbuceó Emma, limpiándose las lágrimas, intentando recomponer su coraje.

Jared se enderezó y acortó la distancia entre ellos. Se quedó parado muy cerca de Emma Reed, mirándola desde su altura.

– Sin contrato – propuso él, con firmeza, mirándola a los ojos; y después corrigió – Sin contratos. Solo tú, Maddie, yo y ese niño que tienes en tu vientre.

Ella no parecía poder reaccionar, aún atascada en la información que él le había dado, en todas las razones que tenía para no creer ni una palabra de lo que le había dicho. Y sin embargo, sus ojos parecían tan traslúcidos... En ellos solo había verdad. A Emma se le entrecortaba la respiración.

– No prometas lo que no vas a cumplir: nosotras siempre vamos a estar por detrás de tu empresa en tu lista de prioridades...

– Dime lo que quieres que haga para que te quedes y lo haré – susurró Jared, ronco por su exasperación.

Ella resopló, tratando de ser firme y no ceder. Se estremeció cuando sintió sus manos rodearle la cintura. Su cuerpo se tensó de miedo. Los dedos de Emma se aferraron a las muñecas de él, en una sutil forma de rechazo involuntario.

– El contrato matrimonial...

– Bien – accedió él, serio, sin dejarla terminar.

Emma Reed le apartó las manos de su cintura y dio un paso atrás.

– Necesito distancia... Si vuelvo a la casa necesito mi propio espacio – demandó, mirándolo a los ojos – No confío en ti. Es que... – Emma cerró los ojos y se acarició la frente, con un gemido de confusión – Tengo que pensar y encajar todo esto.

Él contuvo el aliento, y asintió, aunque su mandíbula, tensa, delató lo mucho que aquella desconfianza le dolía.

– Se acabó trabajar hasta tarde... esos viajes interminables de negocios... los fines de semana pegado a tu pantalla... A la menor muestra de que no estás comprometido con nuestra familia me iré – le advirtió.

Había una determinación sólida, densa, como de metal, en sus ojos verde azules. Jared soltó una sonrisa de alivio, rápida, que iluminó su compungida cara por un segundo.

– Vale – le aseguró en un susurro.

Emma aún agitó su cabeza una vez más, incapaz de aclarar su mente:

– Esto no es... no es una victoria para ti – le advirtió – Solo estoy aplazando mi decisión por Maddie y por...

– Lo sé – se adelantó Jared, en un susurro suave, tranquilizador.

En una mirada rápida, apenas un parpadeo, los ojos de Jared Whiteman se posaron en el vientre

de su esposa, entendiendo cómo acababa su frase. Las mejillas de Emma se sonrojaron, al notar la forma en que la miró, con una protectora ternura. Se aclaró la garganta, nerviosa, sin saber qué más exigir. Cada vez se sentía menos fuerte ante él, así que resolvió:

– Déjame hablar con Pat. Después, llévame al hotel a recoger mis cosas.

Jared asintió. Estaba desesperado por rodearla en sus brazos y besarla.

Capítulo 44

A Rachel Parker, siempre solícita y poco exigente con Jared, empezó a molestarle su impracticabilidad. Su dura negativa. La forma cruel y ácida en que rechazaba sus insinuaciones. El poco efecto que tenían en él sus minifaldas de escándalo, sus tops apretados. Sus miradas caníbales al otro lado de la mesa de juntas cuando estaban solos.

No obstante, esa noche él le había dicho que fuera a su suite. Había discutido con su esposa. Todos rumoreaban lo intratable que había estado ese fin de semana, y en el último plan de mesas de la cena del lunes no había un espacio reservado para Emma Whiteman. “Ven aquí”, le había escrito esa noche. Ella sonrió triunfal. Se puso un vestido ajustado, color perla, profesional pero sexy, y se repasó los labios antes de salir de su habitación.

Jared le abrió la puerta, con su móvil al oído. Estaba al teléfono con uno de los programadores que aún estaba despierto. Jared la invitó a sentarse, separándole una silla de la mesa, con deferencia, mientras él terminaba su breve conversación. Se cruzó de piernas, sensual y se dedicó a devorarlo con sus ojos. Lo deseaba. Solo estar con él a solas le hacía sudar. Tenía las bragas húmedas. Se acarició los muslos con sus manos, despacio, para calmar el estremecimiento de su piel. Al cortar la llamada, Jared Whiteman se entretuvo con el móvil unos segundos, atento a su pantalla.

– Al fin me admites. Me estaba preguntando hasta cuándo jugarías a ser fiel. ¿Quieres me arrodille bajo la mesa? ¿O nos vamos directos a la cama? – susurró ella.

Jared la rodeó y se sentó en su silla, en el lado de la mesa que corría a noventa grados del suyo, dejando su móvil sobre la superficie.

– Tenemos que hablar sobre esos estúpidos mensajes – le dijo Jared, severo, mirándola a los ojos. Rachel sonrió, traviesa, y se inclinó, extendiendo su mano para acariciarle el muslo.

– ¿Prefieres que te lo diga cara a cara entonces? – le dijo.

Sintió los dedos de Jared agarrarla con fuerza por su muñeca. Arrugó el ceño al decirle:

– Qué coño haces. Te expliqué hace ya más de dos meses que lo nuestro se había acabado – le empujó la mano con desprecio.

Ella hizo un gesto de dolor, aunque reía.

– Si eres la mujer inteligente que creo, sabrás que en cuanto acabemos con este proyecto, voy a despedirte – le anunció él, con calma.

– Oh... – dejó escapar Rachel, melodramatizando una fingida sorpresa, apretando sus carnosos labios en una coqueta “O” – Va a ser divertido escuchar por qué.

Jared soltó una carcajada cínica:

– Digamos que por usar el chat de la empresa de forma poco profesional.

– Ya – observó Rachel, asintiendo – Bueno, si eres el hombre que creo, tú también sabrás que te pondré una demanda por acoso. Estoy deseando escuchar cómo le explicas al juez y, sobre todo, a los asesores del Presidente por qué obligabas a una de tus subordinadas a follar contigo en el Marriott.

Jared sonrió, sorprendido por su franqueza, aunque divertido por sus conspiraciones.

– ¿Obligaba? – repitió Jared, inclinando la cabeza a un lado.

– Sí... me obligabas – dijo ella juguetona, y empezó a fingir como si fuese una actriz barata – “Yo no quería chupársela, Sr. Juez, pero él amenazó con despedirme...”, “Me obligaba a ponerme de rodillas y me forzaba... una y otra vez...”, “Me pedía que le enviara mensajes guarros”. Puedo ser muy convincente, Jared.

Él la observó, brillándole los ojos con malicia y soltó una carcajada:

– Cualquiera que te conozca sabe lo fácil que resulta que tú consentas a todo eso sin tener que forzarte, por eso me iba contigo al Marriott – la insultó él – Además, será tu palabra contra la mía. No, déjame explicarlo como lo hará Sterling: la de una exdirectora de marketing despechada y vengativa, que ha tenido... cuántos... seis... siete amantes en lo que va de año... contra la de un millonario hombre de negocios, recién casado, con una preciosa mujer y una hija. Visto de esta forma no suenas muy creíble, ¿no te parece?

– Olvidas un pequeño detalle. Hay reservas registradas en el Marriott a tu nombre desde hace años, cuando le ponías los cuernos a Nora conmigo. Eso va a ser un duro golpe a tu supuesta integridad moral.

Jared se rió.

– Supongo que no sabes que Nora y yo nos casamos por conveniencia, para proteger sus acciones. Firmamos un contrato matrimonial y en él... digamos que se estipulaban ciertas licencias a ese respecto, beneficiosas para mí. Ella estaba enferma. Nunca exigió que yo fuese un amante y enamorado marido, así que ese argumento no te va a servir. Se lo puedes ir comunicando a tu abogado.

Él tenía los brazos entrelazados sobre la mesa, observándola con cierta arrogancia, con una media sonrisa, triunfal. Rachel Parker arrugó la nariz, juguetona.

– Vamos a follar y dejémonos de tonterías, Jared – propuso, inclinándose también sobre la mesa, con la barbilla apoyada en una de sus manos. Extendió la otra para acariciarle con sus uñas la línea de su pelo, en las sienas.

Él se dejó hacer.

– ¿Estamos hablando de sexo consentido? Porque ahora ya no sé...

– Muy... muy consentido, Jared – susurró – Lo que realmente odio es que la hayas elegido a ella, después de lo mucho que siempre he demostrado desearte. Puedes tenernos a las dos. Yo solo quiero tener una parte de ti... – sonrió sensual – Esa parte dura, palpitante, espléndidamente viril... que me hace chillar de placer. Juega a ser el perfecto marido con ella, no me importa. Jared inhaló aire y se retiró de sus caricias, reclinándose en el respaldo de su sillón.

– Esto empieza a parecerse mucho a una obsesión enfermiza, Rachel. Quizás deberías ver a un psiquiatra – bromeó, aunque estaba serio – Creo que lo mejor es que dejes de... acosarme. Rachel se echó a reír.

– Tú y yo somos de ese tipo de personas que siempre consigue lo que quiere – en su mirada refulgía la competitividad.

– Ya. Esta vez me temo que alguien aquí no va a conseguir lo que quiere – resolvió él.

– Habrá guerra entonces – le advirtió Rachel.

– No lo creo – dijo Jared, y alargó la mano para coger su móvil. Miró la pantalla un segundo y después observó: – ¿Sabes? Es una afortunada coincidencia que estemos en Washington.

Rachel pareció aturdida, con sus ojos azules atlánticos fijos en él. Todavía brillaba en sus labios una suave sonrisa.

– ¿Ah, sí? ¿Por qué?

– La ley sobre la grabación de conversaciones es más laxa que en Boston. Aquí solo se requiere que una parte interesada consienta a la grabación, y yo consiento – tenía el móvil en la mano, y le mostró que estaba en modo grabadora.

Sus labios se extendieron en una rápida sonrisa, complaciente. Rachel Parker dio un salto de su silla.

– Eres un hijo de puta – farfulló, con el ceño fruncido.

Sin inmutarse, Jared la vio salir hecha una furia. Paró la grabación después del portazo.

Capítulo 45

Emma Reed se mordía el dedo índice, escuchando la grabación dentro de su baño. Se había encerrado allí para estar sola, dejando a Maddie a cargo de Eloísa. Sterling se la había enviado esa mañana, pero ella se resistió a escucharla hasta tres horas después. Lo último que necesitaba era una nueva herida. Llevaba solo tres días en la casa, durmiendo en una habitación de invitados. Manteniendo una segura distancia. Intentando averiguar de nuevo quién era Jared Whiteman. Se llenó los pulmones de aire y exhaló una sonrisa, con la boca abierta, asombrada. Resulta que al final aquella estafalaria historia que su marido le había contado era... (soltó el móvil sobre la encimera) verdad. Se quedó mirando el aparato con la frente arrugada, y se sonrió como una idiota, presionándose las manos sobre sus mejillas. Estaba acalorada por la sorpresa. Le costaba respirar y tenía el pulso acelerado de la emoción.

No se permitió sobre-excitarse. Después de todo, aquella grabación solo constituía una coartada para el chat. Nunca podría saber si lo que vio al día siguiente era una mentira de Rachel. Tal vez fuese una mentira de Jared. Así que no era buena idea arrojarle en sus brazos y abandonar la sensatez. La imagen de Rachel Parker, envuelta en la toalla, acudió de nuevo a su mente. Sintió vértigo. Se había propuesto ir despacio. Curarse.

Él estaba cumpliendo sus promesas. Llegaba a las cinco y media. Apagaba su móvil. Pasaba toda la tarde con Maddie. Incluso alguna de esas noches se ocupó de prepararla para la cama, como solía hacer antes de casarse. Respetó los límites de aquel círculo imaginario que Emma Reed había trazado a su alrededor. No la besó, a pesar de que sus ojos no cesaban de revelar lo mucho que necesitaba hacerlo. Ni siquiera esa semana, cuando él, de pie junto a ella en la cocina, mientras Emma untaba crema de cacahuete sobre una rebanada de pan para Maddie, él se atrevió a observar:

– No estás yendo al museo.

Lo hizo en un susurro, con suavidad, mostrándole que no era un reproche, sino más bien una pregunta acerca de sus planes.

– No. Ya no... no iré más – titubeó ella, sin mirarlo.

– Pensé que querías solicitar el puesto – insistió él.

Ella apartó sus ojos del pan y le dirigió una mirada rápida, con una sonrisa nerviosa.

– No tiene sentido que lo haga. En unos meses tendría que dejar de ir de todas formas... – negó con la cabeza y la frente arrugada.

Aún no lo habían anunciado, ni siquiera a Maddie. Jared asintió, sin dejar de mirarla. Quería preguntarle por Gabriel, si seguía comunicándose con él. Emma lo entendió sin que él tuviese que formular sus preguntas.

– Tenías razón con Gabriel – susurró ella, inhalando, con incomodidad.

Escuchó salir un pequeño gruñido de la garganta de Jared. Lo único que dijo fue:

– ¿Te... molestó? ¿Tengo que ir a romperle las narices? – había ladeado la cabeza.

Estaba tranquilo, y sus ojos brillaban, entendiendo que ella lo había rechazado.

Emma Reed soltó una carcajada y sonrió, aún concentrada en el sándwich de Maddie. Cuando se ponía así de protector, temblaba.

– No – dijo ella, levantando sus ojos y encontrándose con los marrones de Jared Whiteman.

– Vale – dijo él en voz baja, sonriéndole.

Muchas veces después, Emma Reed lo encontraba mirándola, pensativo, mientras ella hablaba y se reía con Maddie. No estaba acostumbrado a ser paciente y le dolía estar obligado a serlo. El

momento más duro del día eran los últimos minutos, cuando Jared apagaba la luz del cuarto de Maddie y se paraba en el pasillo, observando a la preciosa Emma Reed entrecerrar la puerta. Sus ojos le suplicaban en silencio que se fuera a la cama con él. Ella siempre fingía no entender su invitación. Se daba la vuelta y caminaba despacio hacia la habitación de invitados, cerrando su puerta.

Capítulo 46

No fue hasta julio, cerca ya del cumpleaños de Maddie, cuando Emma empezó a ceder. Él la empujó con cuidado, rompiendo las normas en Bridgeport, en una de las visitas a la casa familiar. Compartir la cama era un suplicio para ambos. Había entre ellos una tensión erótica densa, asfixiante, que ocupaba el espacio entre sus cuerpos. Aquella mañana, él estaba cepillándose los dientes cuando Emma entró apresurada en el baño y se arrodilló junto al inodoro para vomitar. Jared se enjuagó rápido, preocupado por ella, y se agachó junto a su esposa, apartándole el pelo de las sienes. Cerrando los ojos, Emma se presionó la palma de su mano sobre la frente, con un gemido.

– No es nada – dijo ella en un murmullo – Esta fase está a punto de terminar.

Él la ayudó a levantarse. Se quedó mirándola con la frente arrugada.

– ¿Seguro? – preguntó.

Ella sonrió, asintiendo. La enternecía que estuviese tan preocupado, así que lo dejó abrazarla unos segundos, con sus tibios labios sobre la línea de su pelo. A Jared le afligía que aquella fuese la primera vez que la había visto vomitar.

Aquella noche de mediados de julio, él la observaba meterse bajo las sábanas, tímida. Reparó en su vientre. Empezaba a notársele el embarazo bajo la camiseta. Emma apagó la luz y se tendió de lado, de espaldas a él. Escuchó a Jared volver la cabeza sobre la almohada y exhalar un suspiro de fatiga. Su mirada parecía acariciarle la piel. Unos segundos después lo sintió revolverse en la cama, arrastrándose hasta presionar su duro cuerpo contra el suyo. A Emma se le entrecortó la respiración. Tensándose, hizo el amago de resistirse cuando él puso su mano sobre su vientre, besándola muy cerca de su oído.

– No puedo soportar más que me apartes así de esto. Me estoy perdiendo tu embarazo. Ni siquiera sabía que vomitabas por las mañanas. Esta es la maldita primera vez que acaricio a mi hijo. No tienes por qué estar sola, esto no es como con Maddie, ni yo soy aquel idiota. Emma... déjame cuidar de ti – le suplicó él, exasperado.

Ella tenía su mano sobre la de él, resistiéndose sutilmente a sus caricias, pero Jared no cedió, sino que rebuscó hasta encontrar el borde de la camiseta y escurrió la mano dentro, presionándosela sobre el aún apenas notable bulto del feto. Se le encogió el corazón al sentirlo emocionado, tembloroso. Sobrecogido por la sensación de tocar a una pequeña persona que les pertenecía a los dos.

– Te quiero – le susurraba, enternecido, mientras Emma se atrevía a entrelazar sus dedos a los de Jared, sobre su vientre.

Durmieron así toda la noche, como dos enamorados aprendiendo a quererse por primera vez. Sin embargo, de vuelta en Boston, Emma volvió a encerrarse de nuevo en el cuarto de invitados tras acostar a Maddie. Jared se fue a su habitación y se quedó a oscuras, resoplando con dolor. Dando unos pasos nerviosos mientras se mesaba el pelo. Estaba considerando traer a Emma a rastras a su cama. Venciendo esta tentación, se metió entre las sábanas. No iba a poder dormir. En su habitación, Emma dejó escapar unas lágrimas en silencio, recordando sus palabras de la noche anterior. Lo cierto es que Jared mostraba una serenidad admirable. Se comportaba con pulcritud. Ni siquiera un desliz. Respetando sus decisiones, sus reticencias, con una paciencia poco propia de él. Y ella seguía atascada. Muerta de miedo. Incapaz de superar el episodio de Rachel Parker, su sonrisa cruel al recoger su ropa. No podía evitar castigar a Jared, incluso si empezaba a sentir que no lo merecía. Tenía miedo de confiar, de volver a entregarle su corazón. Y

entonces recordó la embargante sensación de sus brazos, protectores, sobre ella. El olor de su masculino cuerpo y la tibieza de sus manos sobre su vientre. La tristeza de sus ojos al rechazarlo solo unos minutos antes, en el pasillo.

Jared se sobresaltó al escuchar el pomo de su puerta, la hoja abriéndose. Levantó la cabeza de la almohada:

– Qué ocurre... ¿te encuentras mal? – le preguntó, en voz baja, para no romper el silencio de la noche.

La escuchó sonreírse, a oscuras, y vio su sombra aproximarse a la cama, abrir las sábanas y tenderse junto a él. Jared estaba suspenso, sin acabar de creer aquel prodigio. La acogió entre sus brazos, como la noche anterior, abrazándola con orgullo. Estrechándola. Ella volvió la cabeza y le acarició los labios con los suyos, en unos tímidos besos que él correspondió con ternura.

Perdieron la noción del tiempo besándose, acariciándose, sin decir una palabra.

Capítulo 47

– ¿Va todo bien entre vosotros? – le había preguntado su madre por la mañana, antes de volver a Boston.

Jared bebió un sorbo de su café, posponiendo la respuesta a aquella pregunta. Claire Sanders ni siquiera lo estaba mirando, ocupada poniéndose dos cucharadas de azúcar en su taza. Notó en seguida que algo no iba bien: Jared apenas se acercaba a su mujer, aunque la miraba a todas horas, como un pequeño animal, vulnerable, sediento por volver a encontrar el brillo de su pasión en las claras pupilas de Emma Reed. Por su parte, Emma se esforzaba por permanecer ajena a él, concentrada siempre en Maddie, huyendo cuando él se aproximaba con la excusa de atender a la niña.

– Mamá, no seas fisgona. Aquí no tienes que ejercer de periodista – le recriminó Jared.

Claire levantó sus ojos azules y sonrió a su hijo, con cierta docta suspicacia. Se rió por lo bajo mientras movía su café, aún esperando una respuesta. La taza de Jared dio una aguda campanada sobre el platillo.

– Estaremos bien muy pronto... Esas semanas en Washington... fueron – inhaló incómodo al recordar las peores escenas, frente a los abogados en su sala de juntas – difíciles.

Claire Sanders gruñó, mientras bebía.

– Más te vale que no hayas hecho ninguna calaverada, Jared Whiteman – le advirtió Claire – Sobre todo en este momento tan delicado, cuando tienes que cuidar de tu esposa.

Jared movió sus piernas bajo la mesa, flexionando sus pies. Se rió, avergonzado, apartando su mirada de su madre, llenándose los pulmones de aire mientras se preguntaba cómo era posible que lo supiese. Solo él que conocía bien las curvas del cuerpo de Emma Reed era capaz de ver los sutiles cambios en su figura. La actitud de Jared fue una fehaciente confirmación de sus sospechas.

– ¿Cuándo pensáis anunciarlo? – susurró Claire, con una sonrisa de orgullo.

– En el cumpleaños de Maddie – concedió Jared, acorralado.

Claire Sanders dio un agudo chillido, excitada, con una amplia sonrisa.

– Guarda el secreto, por favor. Aún no se lo hemos dicho a la niña – le pidió Jared, vigilando que Maddie no escuchase aquella conversación.

Faltaban apenas unos días para la fiesta de cumpleaños. Emma volvía a sonreír. Había regresado a su cama, a su habitación, aunque él no quiso presionarla para hacer el amor. La deseaba. Su cuerpo reaccionaba rápido: se le erizaba la piel y empezaba a sudar con solo tenerla cerca. Había aprendido a controlarse y esos últimos días Emma Reed parecía ir cada vez más lejos con él, besándole el cuello y acariciándole la espalda, sonriéndole cuando él resoplaba excitado y gruñía sus quejas ante sus coquetas crueldades. Ella empezaba otra vez a despedirlo con un beso a la puerta del garaje y a recibirlo con el resplandor de su sonrisa y un abrazo luminoso, envuelto en un transparente cariño, cada vez más seguro y más claro. Faltaba poco, muy poco, para reconstruirse. Para olvidar. Una tirita que cubriese la tenue cicatriz que aún persistía.

Fue Maddie quien actuó de artífice en ese último paso. Estaba dibujando sobre la mesa baja de la sala, en la biblioteca. Jared enviaba un rápido email, con las piernas extendidas sobre el sofá, casi a escondidas, mientras Emma charlaba con Diane al teléfono.

– Mira mi dibujo – le dijo la niña, sosteniendo el papel con torpeza entre sus manos.

Jared sonrió al ver tres monigotes difícilmente reconocibles. A él le parecieron las más encantadoras obras de arte que jamás había visto.

– Ah, y quiénes son – le dijo su padre.

– Este eres tú – decía. Jared rió – Y esta yo... y esta es mamá.
– Ya... no sé... mamá tenía el pelo rubio, debiste usar el amarillo – le dijo él, arrugando la nariz.
– ¡No! ¡Es mamá Emma! De este color – se defendió Maddie, sosteniendo entre sus dedos una cera marrón.

Jared sintió su corazón saltarle dentro de la caja del pecho.

– Mamá Emma, ¿eh? – sonrió, embelesado con su niña – Anda, ven aquí.

Se inclinó para poner su portátil en la mesa y ayudó a la pequeña a levantarse del suelo, aún con el papel en la mano. La sentó en su regazo y empezó a besarla. Ella se dejó, aunque distraída por su dibujo.

– Sí... mamá Emma – se reía ella, entre sus besos.

– ¿Y se lo vas a enseñar?

Maddie estaba cohibida, dándose cuenta de que le estaba dando a Emma Reed un lugar especial en su mundo. Asintió, sonrojada, escondiéndose en el cuello de su padre. Ajena a su conversación, Emma cortó la llamada y los observó. Empezaba a ser feliz.

– Qué está pasando hoy aquí – se rió al verlos haciéndose confianzas.

– ¿Se lo contamos? – le preguntó Jared a la niña, con complicidad.

Ella dudó, balanceándose entre sus brazos, riendo traviesa.

– Vale – concluyó ella, con un enérgico movimiento de su cabecita.

Jared apartó sus piernas del sofá para hacerle espacio cuando Emma se acercó a ellos. Sentándose sobre una de sus piernas, Emma se inclinó sobre Maddie y le acarició la cara, antes de plantarle un beso en la frente.

– Maddie ha hecho un dibujo que seguro que te interesa – anunció Jared.

De rodillas sobre el sofá, Maddie le enseñó el papel a Emma, señalando con uno de sus deditos:

– Esta soy yo, y esta eres tú y este es papá.

Emma inclinó su cabeza y fingió admiración:

– Vaya... – dijo Emma, volviendo a besar a su niña.

– No, así no... se lo tienes que explicar como me lo dijiste a mí – se quejó Jared.

Maddie se rió, tímida.

– Vale, esta es mamá Emma – dijo, señalando uno de los garabatos con su dedo regordete.

Jared observaba a su mujer, acariciándose sus labios con sus nudillos, atento a su reacción. Ella no tardó en emocionarse. Abrió la boca, con sorpresa, sin saber qué decir. Parpadeó, tragando aire. Una lágrima se le suicidó en uno de sus párpados, precipitándose sobre su mejilla. Le temblaban los brazos cuando recibió a su hija, estrechándola en un abrazo. Miró a Jared, en pánico, mientras presionaba su húmeda mejilla contra la de Maddie, incapaz de articular ni tan siquiera una palabra.

– Bueno, es que... te voy a contar un secreto, cariño – dijo Jared, sin dejar de mirar a Emma a los ojos.

Sus pupilas parecieron gritarle que no estaba lista para lo que iba a decirle a Maddie, pero él no cejó.

– ¿Recuerdas que te conté que Nora y yo te trajimos a casa porque tu mamá no podía cuidar de ti?

– le preguntó a Maddie – Pues resulta que Emma es tu mamá de verdad. La busqué para ti, qué te parece – sus labios se extendieron en una pequeña sonrisa, dándole confianza a Emma.

– ¿De verdad? – preguntó Maddie, mirando a su papá de soslayo, con la cabeza apoyada en la base del cuello de Emma.

– De verdad – le aseguró Jared, acariciándole el pelo con sus dedos – Así que... a mí me parece que lo mejor es que la llares “mami” a partir de ahora – le sugirió.

No pudo aguantar más y se inclinó sobre una de sus rodillas para besar a Emma en la boca. Le dio dos... tres besos apresurados, acariciándole el pelo. Con sus ojos le decía: “No hay vuelta atrás aquí. Vamos a ser una familia”. Emma se echó a sollozar, paralizada por la llameante felicidad que le ardía en el pecho. Tenía un nudo en la garganta, y dejó que Jared lo deshiciera con sus besos.

– No llores, mami – le dijo Maddie, abrazándose a su madre.

Emma sintió que iba a explotar de felicidad. Esa fue la primera vez que su hija la llamó así, con generosidad, sin reproches ni preguntas. Muchas veces, Emma Reed se había preguntado cómo reaccionaría esa niña al enterarse de que ella la había abandonado apenas al nacer. Cómo podría siquiera intentar responder a sus reproches y a sus difíciles preguntas. Jamás imaginó que aquella conversación sería así de simple. Cálida y curativa. Sintió un peso liberarse, como si se hubiese librado al fin de un cadáver que había cargado a sus espaldas durante cinco años: la culpa. Jared Whiteman lo entendió al ver sus ojos, su sonrisa superpuesta a aquel llanto medicinal, liberador. La guió calmado, ofreciéndole su protección, destruyendo las mentiras y los secretos que los separaban:

– Y otra cosa, niña fea... – añadió él, arrugando la nariz – En ese dibujo vas a tener que hacer espacio para tu hermanito.

– ¿Cómo? – chilló Maddie, mirando entre uno y otro.

– Pues que mamá tiene un bebé dentro de su barriga.

– Y eso... – dijo Maddie, con el ceño graciosamente fruncido, revolviéndose en su regazo para mirarle el vientre – ¿Eso cómo puede ser?

Jared no pudo evitar echarse a reír, volviendo a besar a su deliciosa mujer, mientras decía:

– Vale... eso te lo explicaremos en unos... veinte años. Año arriba o año abajo.

Capítulo 48

– Soy feliz – susurró Emma, en la oscuridad del cuarto de Maddie, escuchando su pausada respiración.

Jared la abrazaba desde atrás, y apretó sus brazos alrededor de ella, besándola con ternura en la mandíbula, cerca de su oreja. Sin verlo, supo que sonreía, orgulloso.

Emma Reed jamás imaginó que respirar, sentir el aire llenar sus pulmones, sin tropezarse con las culpas y los miedos del pasado, fuera tan deleitable, tan tibio. Se habían acabado las mentiras, las medias verdades, los fingimientos. En la fiesta de cumpleaños de Maddie, Jared había desvelado todos los secretos ante su familia: que Emma Reed era en realidad la madre biológica de Maddie, que un segundo hijo venía en camino. Que la amaba. Sus pies tocaban el suelo por primera vez en muchos años, pensaba Emma, sintiendo la realidad bajo las suelas.

Se escurrió entre sus brazos para abrazarlo de frente, con su cuerpo pegado al del hombre de negocios que la había traído hasta aquí. Lo besó despacio. Algo en ella brillaba como la luna, en la serenidad de la noche. Él la alzó en sus brazos y la llevó así, con lentitud, besándola por todo el pasillo. Sintiendo que el corazón iba a estallarle. De pie, junto a la cama, con las manos sobre la cintura de Emma, se estremeció al sentir sus pequeños y suaves dedos desabotonando su camisa, y sus labios besándole el pecho, con una ternura llana y transparente. Desvestirla aquella noche fue como hacerla nacer en sus brazos. A otra Emma Reed que confiaba, sin miedo a entregarse y amar. Sus pieles se besaban como si fuese la primera vez, descubriéndose otra vez. Sin prisa por agotar el deseo.

Realmente, pensó Jared Whiteman, esa era la primera vez en que iban a hacer el amor con sus propios cuerpos, el de una mujer y su marido, sin las cláusulas de un estúpido contrato. Emma se le entregaba por fin.

Sobre la cama, él la condujo con sus viriles manos, invitándola a yacer junto a él, de lado, mostrándole su espalda, que le besó despacio, con ternura, mientras le bajaba las braguitas con una de sus manos. Lo suficiente para que al flexionar una de sus piernas, sujetándosela así con su firme muslo contra el de ella, pudiese presionar su ingle sobre las sedosas curvas de sus nalgas, quemándola con su erección. Con una mano, dirigió su falo hasta aquel blando punto donde ella se abría para él, y se empujó dentro, atravesándola con su dureza sin prisa, haciéndose espacio en ella. Emma Reed se estremeció de placer, y soltó un resuello, acariciándole la mano que Jared Whiteman tenía plantada sobre su vientre, sobre su embarazo. La tela tirante de las bragas sobre su muslo añadía un extraño placer a las suaves acometidas de Jared, que alimentaba su deseo besando la delicada línea de su hombro, jadeando sobre su fina piel. Con qué ternura la trataba, como si fuese frágil y no quisiese herirla.

En aquella postura, Jared la acariciaba por todo el cuerpo, despacio, haciéndola suya. Sentía sus testículos presionar contra los labios de su sexo, su ingle firmemente pegada al jugoso trasero de su esposa. Apenas se retiraba, sino más bien se empujaba con ternura dentro de su cuerpo, ocupándola por completo. Emma volvía la cara hacia él, se le hacía difícil respirar, y susurraba contra sus labios que lo quería. Entonces él la besaba, sonriéndole en la oscuridad, enternecido, estremeciéndose con aquella extraña intimidad que compartían por primera vez.

Disfrutó espaciándose, jugando con ella, llevándola casi al espasmo, para después pausar el ritmo y calmarla en una suerte de montaña rusa. Sabía bien interpretar sus gemidos y le excitaba conducirla a su antojo por aquella carretera sinuosa del deseo, hasta el borde de un abismo en el que se arrojarían los dos juntos. Y cuando ya no pudo apurar más su apetito, alargó una mano para

tocar con sus dedos el clítoris de Emma, obligándola a delirar entre sus brazos. El vello se le erizó cuando la escuchó, jadeante, entregarse al éxtasis. Temblaba entre sus brazos. Jared aguantó todo lo que pudo, alargando aquel lento placer, que se escurría por el cuerpo de su deliciosa mujer como la seda sobre la piel de una virgen.

Cuando los espasmos de su tibio y húmedo sexo, que amorosamente apretaban su verga, empezaban a consumirse, Jared aumentó la cadencia de sus empujones, hasta que acabó explotando dentro de ella, liberando su ardiente hilo de esperma entre jadeos y gemidos de éxtasis. Tardó en retirarse. Se quedó unos minutos más besándola, mientras la tensión de su palpitante falo cedía. Con su mano, protectora, territorial, sobre el abultado vientre de la mujer a la que amaba.

Estaba conmovido, extasiado de amor. Jared Whiteman entendió que había caído la última cerca de alambre, el último muro, la última trinchera de Emma Reed. Habían llegado al final de aquel tortuoso camino en el que se habían estado buscando a ciegas durante demasiado tiempo. Se acabaron los temores. Ya no se perderían más el uno al otro.

Fin.



Por favor, apoya a los escritores noveles escribiendo una valoración en Amazon. ¡Muchas gracias!